



v o c e e 1 6



Miriam Celaya (1) *Hacer nada*
 Michel Suárez (5) *Disidencia y verdades de Perogrullo*
 Verónica Pérez Konina (7) *Moriré en París con aguacero*
 Regina Coyula (14) *Entrevista a Miguel Coyula*

Índice:

Iliana Álvarez (17) *Noches blancas del emigrante*
 Gerardo Muñoz (19) *Un pueblo en potencia*
 Yoani Sánchez (21) *La esperanza del todavía*
 Antonio José Ponte (23) *Villa Marista en plata (fragmento)*
 Zurelys López (32) *8 Poemas*
 Octavio Armand (34) *Horizontes de juguete*
 Ena Lucía Portela (40) *Envuelta en llamas (fragmento)*
 Francis Sánchez (44) *Con permiso del viejo enterrador de la comarca*
 Lia Villares (48) *Medio minuto de silencio occidental*
 Jorge Enrique Lage (51) *Diez momentos V*
 Rafael León Rodríguez (54) *La transferencia dinástica*

#0ZT

Dagoberto Valdés (56) *Ofrenda de redención*
 Miguel Iturria (58) *El cuerpo como resistencia e insubordinación*
 Luis Felipe Rojas (60) *La metáfora del cuerpo como resistencia*
 Orlando Luis Pardo Lazo (64) *El otro Orlando*

la habana, febrero 2011



Diseño de Índice y Contraportada: Rolando Pulido

www.vocescuba.com
www.vocescuba.com

vocesvocesvoces@gmail.com
vocesvocesvoces@gmail.com

A **TENOR** con los levantamientos que se vienen produciendo en países del norte africano y del Golfo Pérsico, muchas miradas parecen converger en Cuba. La pregunta recurrente —¿por qué no se rebelan los cubanos?— salta ante cada conversación con periodistas o amigos extranjeros, mientras que entre muchos cubanos que viven fuera de la Isla una ciber-rebelión parece haberse convertido en la más prometedora esperanza. Pocos consiguen explicarse cómo la fórmula aplicada en aquella región no habría de funcionar para Cuba, simplificando todo el fenómeno en una ecuación tan elemental como imaginaria: gobierno dictatorial + redes sociales + descontento popular = levantamiento masivo; todo lo cual implicaría, por sí solo, la libertad y el milagroso advenimiento de la democracia.

Sería suficiente mirar por segunda vez la propuesta para detectar algunas insuficiencias. Digamos, en primer lugar, que nuestra escualidez de redes sociales desbalancea la ecuación. En tal caso, para lograr el resultado habría que multiplicar los componentes por voluntad cívica de los cubanos, otra gran carencia. Pasemos por alto detalles adicionales que también concurren y será fácil calcular el resultado. Obviamente, las matemáticas no funcionan para explicar el comportamiento de las sociedades humanas.

La coyuntura de liberación desatada en el Magreb, por otra parte, se ha convertido para un gran número de exiliados cubanos en la fuente que alimenta la nueva manzana de la discordia al poner sobre el candelero las posiciones más radicales, estimulando enconos y descalificaciones que impiden racionalizar los hechos. Una vez más se evidencia la proverbial incapacidad de los criollos para discrepar sin ofendernos mutuamente: una de las causas principales de nuestros eternos fracasos. Como “pesimistas” —e incluso, como “agentes de Castro”— son clasificados aquellos que consideran poco probable el éxito de un levantamiento inmediato en Cuba, convocado a través de Facebook o Twitter; en tanto son etiquetados como “optimistas” los que creen rotundamente en el fin de la dictadura, llegado por la poderosa magia de los bytes.

Lo que resulta innegable, sin embargo, es que un creciente y significativo sector de cubanos de todas partes estamos de acuerdo en la necesidad imperiosa de los cambios para nuestro país. Sobre ese elemental consenso habría que dirigir el debate.

¿Por qué no en Cuba?

Es un hecho que —más allá de la tecnología, de la eficacia o insuficiencia de su alcance y de los deseos que tengamos de liberarnos de una dictadura que supera el medio siglo— son los hombres quienes

impulsan los cambios; es así que no se puede apostar a una trama ignorando a los actores. La Historia no responde a casualidades, como tampoco las transiciones se desarrollan al margen de las realidades de los escenarios en que discurren. Tampoco los hechos que provocan transformaciones sociopolíticas radicales suelen tener la espontaneidad que en ocasiones se les atribuye. Las revoluciones son antecedidas por factores múltiples, de los cuales los actores sociales de los cambios son una pieza fundamental. La historia, la cultura, las tradiciones, la idiosincrasia de los pueblos, son elementos que tienen un peso fundamental en los procesos de transformaciones, por lo que no se pueden trasladar miméticamente los acontecimientos de una región a otra esperando que surtan el mismo efecto.

En torno a la controvertida convocatoria lanzada a las magras redes sociales cubanas para un levantamiento “pacífico” en la Isla, protagonizado mayoritariamente por jóvenes que se congregarían en un determinado punto de la capital el 21 de febrero, mucho se ha especulado. Para cuando salga a la luz este artículo, esa fecha pertenecerá al pasado y la manifestación —de haberse producido— también lo será. Sin embargo, los ciber-debates que la han antecedido y los que, con seguridad le seguirán, tendrán vigencia por un período más prolongado porque han sido útiles para colocarnos de cara a la posibilidad, no inmediata, pero sí lógica, de un proceso de cambios en Cuba, para medir las potencialidades reales de esas transformaciones y para plantearnos en qué forma y hasta qué punto podríamos hacerlas realidad.

Mi postura ante la convocatoria de referencia ha sido escéptica, lo que algunas personas han catalogado como “pesimismo” o falta de voluntad. No es ni lo uno ni lo otro. Solo ocurre que prefiero librar batallas donde existan mejores posibilidades de éxito. Si como respuesta a la tan discutida invitación al alzamiento ocurriera el milagro de una concentración de al menos 200 individuos en Cuba (claro, sin contar en ese número a la policía política y al infaltable “pueblo indignado”), sería la primera en reconocer mi error. No obstante, no creo en acciones inmediatas ni improvisadas como solución a los males seculares de Cuba. El daño sufrido por la nación ha sido tan colosal que una libertad de emergencia sería insuficiente para consolidar los derechos. Lo más aventurado e incierto hoy en la Isla sería una revuelta —utópicamente pacífica— a la que seguiría... ¿qué?, ¿una intervención?, ¿un grupo de gobierno interino?, ¿formado por quiénes?, ¿una negociación con el ejército? Una vez más estamos frente a una coyuntura imaginada de la cual nadie parece conocer la continuidad. Las propuestas de sublevación no han llegado de la ma-

no de esa otra adicional, pero imprescindible, que es un plan de orden social que suceda al alzamiento una vez logrado el derrocamiento del régimen. No me parece serio.

Pero mi falta de fe —dictada por el sentido común y el conocimiento de lo que aquí vivo a diario— no ha impedido que siga meditando sobre el particular. Intentando buscar un equilibrio entre las posiciones extremas se me ocurre hacer la pregunta a la inversa. El punto no sería, entonces, esclarecer el porqué no se ha producido un alzamiento en Cuba. Para mí es un hecho que si existieran todas las condiciones para la rebelión no sería necesario siquiera acudir a las redes sociales: bastaría que cada joven o cada cubano descontento convocara personalmente a sus amigos y familiares más confiables que compartieran su inconformidad con el estado de cosas y orquestaran entre todos un carcerolazo. ¿Por qué no hacerlo? A fin de cuentas las sociedades humanas han protagonizado alzamientos en todos los tiempos, con o sin tecnologías. En este caso la pregunta más acertada quizás podría ser si sería preciso convocar a los escasos cubanos que tienen acceso a alguna red social para una manifestación en un país donde —no es un secreto para nadie— el régimen controla tanto al ejército como a los cuerpos represivos y mantiene el monopolio sobre los medios de difusión y, en consecuencia, el hecho podría desatar una ola de violencia que no beneficiaría a nadie.

Adecuándonos a la realidad de la Isla, y como ya han sugerido otros muchos cubanos, sería más efectivo apelar a la posibilidad de la resistencia mediante la *no manifestación*. Un lector habitual del blog que administro (SinEVAción) convocaba a esto a través de una frase sui generis: en Cuba “lo que hay que hacer es nada”; es decir, no hacer guardias de CDR, no asistir a las reuniones, no acudir a las Rendiciones de Cuentas, a las elecciones, a las marchas oficiales, coordinar a una huelga silenciosa en un día laborable, etc. Es la propuesta de “una lucha silenciosa dentro de la isla”. ¿Cuál podría ser el costo de esta rebelión pasiva? Ninguno, si nos atenemos a la legalidad; mínimo, comparado con la señal que estaríamos emitiendo a otros cubanos, al gobierno y al mundo.

A ese “hacer nada” se le podría añadir una lista casi infinita de convocatorias de la más variada naturaleza y de diversos matices. Pongamos por ejemplo, que los jóvenes dispuestos a “manifestarse” de esta manera decidieran no asistir a los conciertos oficiales que les preparan en la escalinata universitaria o en el “protestódromo”; o no acudieran durante sus vacaciones a las llamadas Brigadas Universitarias de Trabajo; o sencillamente vistieran con algunas prendas negras el día 23 de

febrero en memoria de Orlando Zapata Tamayo, un cubano digno que al morir en prisión como consecuencia de una huelga de hambre defendiendo sus derechos —y así también los nuestros— concitó a la dignidad de muchos y desató toda una serie de sucesos que obligaron al gobierno a iniciar el proceso de liberación de los prisioneros políticos. Sería una manera eficaz de poner nuestra habitual inacción al servicio de la libertad y de los derechos; darle utilidad a lo que hasta ahora ha resultado un estorbo. ¿Bajo qué cargos podría reprimirse a alguien en tales circunstancias?

La llamada “doble moral” de los cubanos que asisten a una reunión cederista o a una marcha mientras preparan secretamente el artefacto flotante con el que se arrojan a las peligrosas aguas del Estrecho de La Florida, o que simplemente finguen aprobar el sistema y acatan las reglas del juego impuesto por el régimen para conservar un mísero salario o alguna ridícula prebenda, es una de las armas más eficaces con que el gobierno mantiene sometida la voluntad popular. ¿Acaso no resultaría mejor ser consecuentes con nuestros sentimientos de inconformidad y atacar al mal en sus propias raíces?

Internet, las redes sociales, las nuevas tecnologías en su conjunto, son sin duda una poderosa herramienta. Este es un aserto tan real que podríamos afirmar que en los últimos años ninguna de las batallas libradas dentro de la Isla por los derechos humanos hubiesen sido posibles sin el uso de esas tecnologías. Ellas nos han permitido proyectarnos hacia el mundo, quebrar la impunidad del gobierno y de sus cuerpos represivos y poner en la palestra pública muchas de las manchas hasta entonces ocultas de la dictadura. Sin embargo, por sí solas las tecnologías no podrán traernos la democracia y los derechos. Es preciso antes despertar en la gente la voluntad de los cambios.

Quizás una convocatoria muy propicia sería aquella que nos hiciera romper de una buena vez la maldición histórica de tender siempre a convertirnos en “los últimos”, a contrapelo de querer parecer siempre “los primeros” en todo. Fuimos ayer los últimos en sacudirnos el yugo colonial y —después de muchos avatares y buenas intenciones truncas— parecemos destinados a ser los últimos en librarnos de una dictadura que se dilata hasta lo imposible. Podríamos convocar también a desterrar definitivamente de nosotros el espíritu mesiánico que nos invade, la apatía, los rencores que nos corroen, las pasiones que nos separan, la desconfianza que nos han sembrado, la incapacidad de atisbar un futuro sin caudillos, la cobardía. Para cuando lleguen estas convocatorias, desde cualquier parte y por cualquier vía, cuenten conmigo. [•]

No hay que olvidar que durante medio siglo la oposición ha sufrido cárcel, muerte, destierro y exclusión social, y que subsistir a todo ello ha sido titánico. Desde los años 60, el movimiento ha transitado por diferentes fases. En todas ha debido reinventarse para sobrevivir a la atomización generada por las mejores armas de destrucción masiva del castrismo: la prisión y el exilio.

Que algunos se alistan en sus filas para conseguir unos dólares o un visado a Estados Unidos, es una situación inocultable pero al mismo tiempo marginal. Esta "lucha" se diferencia poco de la del resto de los cubanos que nunca militamos en la disidencia, porque la Isla vive una catástrofe moral, dentro y fuera. Pese a ello, el saldo de la oposición ha sido positivo. Sin su inmolación (luchar contra el totalitarismo casi lo es), todo hubiese sido peor.

Es cierto que los disidentes apenas han logrado trasladar el mensaje del cambio al resto de la ciudadanía. Claro que hay limitaciones propias entre las causas, pero el monopolio del régimen sobre los medios de comunicación y la virulencia policial contra reuniones, congresos y cualquier otro intento de incidir en el espacio público, no han sido cosa de juego. En estas condiciones, prácticamente es "normal" que los ciudadanos apenas hayan oído hablar de Oswaldo Payá, Martha Beatriz Roque o Manuel Cuesta Morúa.

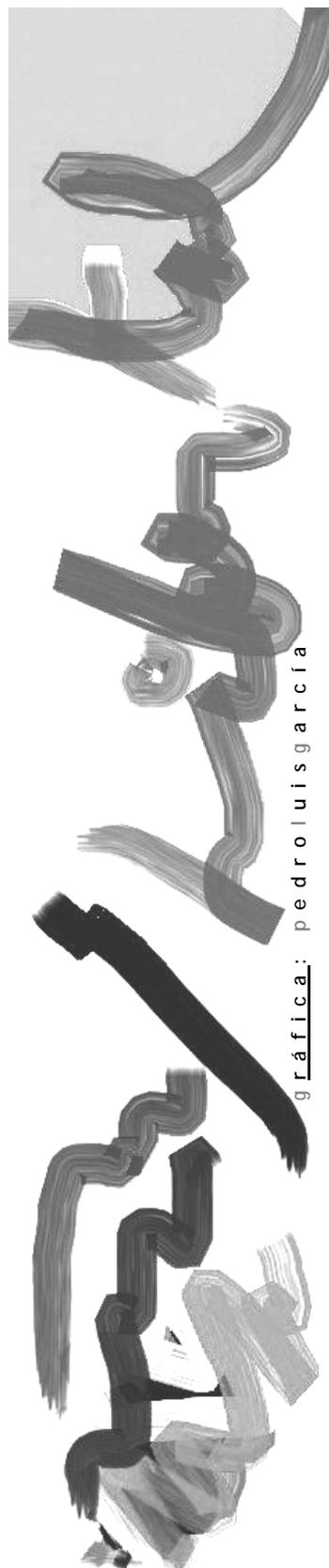
¿Y qué ha hecho la comunidad internacional por ellos?

La mayoría de las embajadas afincadas en La Habana no les invitan a las recepciones oficiales. Tampoco les apoyan en el acceso a la prensa internacional ni a internet. Y son ninguneados por los altos cargos internacionales que visitan la Isla.

La disidencia cubana es, sobre todo, un sector sufrido. Con sus errores y particularidades, veteranos y blogueros, políticos tradicionales y jóvenes-al-margen-de-todo han desempeñado su papel lo mejor que han podido, a contrapelo.

En 1971, la crítica de Sartre y De Beauvoir por el encarcelamiento del poeta Heberto Padilla abrió los ojos de unos pocos intelectuales. En 2003, el fusilamiento de los autores de un secuestro incruento y el encarcelamiento de opositores colocaron contra las cuerdas la imagen del castrismo. En 2010, el martirio del albañil negro Orlando Zapata Tamayo, muerto tras larga huelga de hambre, corroboró lo que un par de años antes había advertido Oswaldo Payá: el mundo debe solidarizarse con los cubanos para evitar que corra la sangre.

Ciertamente, estos y otros hechos han esfumado el halo mágico de la Revolución castrista; pero, ¿se han traducido en un apoyo más comprometido de los gobiernos con esa disidencia a la que acusan de dividida y fatigada? Desde luego que no. [●]



v e r ó n i c a p é r e z k o n i n a

moriré en París con agua cero

SIEMPRE me he preguntado cómo lo nacional influye en la persona y en qué consiste eso que llaman “nacionalidad”. Si no me gusta bailar salsa, ¿se me puede considerar cubana? ¿Puedo ser rusa y detestar el vodka? ¿Y por qué no puedo ser simplemente terrícola, sin pertenecer a ningún país concreto?

Hay dos países y dos culturas que han determinado mi carácter y mi vida y me han marcado profundamente. Estos dos países, además, son completamente diferentes: los dos polos opuestos que he tenido que ensamblar en mi mundo interior. Uno de ellos es frío y muy grande, el más grande del mundo y, para colmo, el más frío. El otro es pequeño, es una isla en el trópico, “el país del eterno verano”. El primero es Rusia, donde nací en 1968, y el otro es Cuba, donde viví más de 20 años y que abandoné en 1989.

En cuanto a la forma de ser, no hay personas que se parezcan menos que los habitantes de estos países. Los cubanos son alegres, abiertos, vivos; les gusta divertirse, bailar. Los rusos son muy cerrados, cuando no conocen a una persona son incapaces de hablarle, son poco predecibles en sus acciones, tienen cambios muy repentinos de humor, pueden pasar rápidamente de la tristeza más infinita a la alegría sin aparente causa, y son dados a la depresión. Dicen que el clima determina el carácter de la gente y por eso los del sur son más comunicativos y alegres que los del norte. Para mí, que tengo ambas culturas en la sangre, resulta verdaderamente problemático combinar el carácter cerrado de los rusos con la jovialidad de los cubanos. Por eso soy alegre, pero muy tímida. Cuando vivía en Cuba, me gustaba bailar, pero me daba vergüenza que me miraran. Siento simpatía por la gente que me rodea, pero me resulta difícil hablar con un desconocido, y durante muchos años no tuve amigos.

Como viví la primera parte de mi vida en Cuba, hasta los 21 años, prácticamente no conocía la Rusia real, pero me consideraba una rusa (no de físico, pues soy morena, pero sí de carácter). Nada más alejado de la realidad: el carácter de los rusos es como lo describe Dostoyevski, son como Raskolnikov y Sonia Marmeladova a la vez. Venir a Rusia significó para mí descubrir que en realidad era cubana.



En mi infancia, las pocas veces que vine de vacaciones, no me permitieron conocer a la gente ni ver el país; iba por uno o dos meses a casa de mi abuela, veía a mis tíos, a mis primos, visitaba la Plaza Roja, algún teatro, y ya. Tenía una imagen de Rusia idealizada y muy literaria, la conocía a través de la literatura del siglo XIX y de inicios del siglo XX. ¡Tanto más grande fue el choque con la vida real de ésta, mi segunda patria!

La primera experiencia desagradable sucedió a los 14 años, cuando decidí quedarme un año para conocer por fin Rusia. No me afectaría en mis estudios, pues en Cuba estaba estudiando en una escuela rusa, y podía vivir con una hermana de mi madre que estaba soltera y con mi abuelo. Mi madre siempre estuvo en contra de ese plan, no sólo porque no quería dejarme sola, sino además porque la adolescencia es de por sí un período difícil, no es el momento más apropiado para vivir sin los padres en un país desconocido, pero mi padre insistió. Él pensaba que un año de vida en Rusia me bastaría para no querer nunca vivir en ese país. Mi padre era psicólogo y creo que el hecho de tener un psicólogo en casa complica mucho las cosas, pues dentro de su propia familia nunca se es buen psicólogo.

Sin embargo, mi padre casi logró quitarme las ganas de vivir en Rusia, ya que mi vida durante ese año fue muy difícil. Para empezar, mi madre no era de Moscú, era de la periferia, y en la Unión Soviética las ciudades de provincia estaban muy abandonadas (y lo siguen estando hoy en día). El abastecimiento era pésimo, los edificios en malas condiciones. En la escuela donde estudié, en mi grupo, había niños que ya eran alcohólicos (¡de 14 años!) y dos niñas eran prostitutas. Cuando me enfermé y me ingresaron en el hospital infantil de esa ciudad, descubrí que aquel lugar era como una filial de la cárcel: los niños estaban ingresados sin los padres, no los dejaban salir a pasear y ¡los obligaban a limpiar el piso!

A mí aquello me pareció increíble, que a los pacientes, a los niños, los obligaran a limpiar y me negué. Entonces me prohibieron verme con mi tía (que venía todas las tardes al hospital y me traía de comer) y recibir comida de afuera. Fueron tan ruines que me quitaban lo que ella traía y me llamaban en mi cara “judía” y “armenia” (como soy morena, no les parecía suficientemente rusa y trataban de ofenderme de esa forma).

Fue un año muy difícil, el año en que además murió Brezhnev, en 1982. Realmente puede ver con mis 14 años qué terrible era aquel sistema, para mí la Unión Soviética se convirtió también en el “imperio del mal”. Después de esas experiencias dejé de creer en el socialismo y en todas las ideas que intentaban meternos en la cabeza en la escuela rusa y luego en la Universidad de la Habana. Descubrí que el socialismo era un sistema de cárceles: la escuela era una cárcel, el hospital era otra, el ejército era una cárcel con un régimen a veces peor que en una cárcel real, y el grado de libertad dependía del lugar donde te encontraras, pero la única libertad permitida era la libertad interna.

Ahora aquí en Rusia las cosas han cambiado bastante. Precisamente la posibilidad de cambios y de decir lo que pensaba fue lo que me hizo volver a este país, a pesar de la impresión que me había llevado cuando era niña. Mi padre no pudo prever los cambios que ocurrieron en el mundo: la “perestroika”, la caída del Muro de Berlín, y mucho menos que él mismo se vería obligado a venir a Rusia y quedarse en ella para siempre...

La vida en Rusia fue y sigue siendo para mí un reto, es una vida complicada, dura, pero que te hace crecer y madurar. Por eso puedo dividir mi vida en dos partes, y a cada una de ellas va a corresponder un país. Mi infancia y adolescencia pasaron en Cuba, y Cuba es para mí el maravilloso país de la niñez, ese país al que todos quisiéramos volver un día. El País de Nunca-Jamás, el de Peter Pan. Rusia es la madurez y es siempre un examen, es el inexplicable mundo de *Las almas muertas* de Gogol; cada año al finalizar el invierno piensas: ¡he sobrevivido un año más!, y a la vez te sientes orgullosa de haberlo logrado.

Mis primeros años de vida fueron muy felices. Soy de esas personas que aman profundamente la naturaleza y pueden sentirse maravilladas ante un paisaje o una flor, y viví en un barrio que era un inmenso jardín. Es el barrio Cubanacán, uno de los barrios residenciales de La Habana, donde antes de 1959 vivía la gente rica y ahora es habitado por los profesores y científicos y la “nueva” gente rica —los funcionarios y los diplomáticos. En ese barrio se encuentra el Instituto Médico “Victoria de Girón”, donde trabajaba mi padre, y por eso fue que nos dieron casa en un lugar tan privilegiado.

La casa era muy grande, color rosa, y la compartíamos con otra familia de profesores. Delante de la casa crecía un enorme árbol de flamboyán, sus ramas cubrían toda la parte derecha del tejado y sus flores rojas eran como llamas de fuego. Me resultaba muy intrigante el hecho de que en cada flor hubiera, además de los pétalos rojos, un pétalo multicolor, de fondo blanco, con franjas de todos los colores del arco iris. Para mí era un pétalo mágico, un pétalo que se puede lanzar al viento y pedir un deseo, como en un cuento ruso que había leído una vez: “La flor de los siete pétalos”. Aunque el flamboyán tuviera sólo un pétalo mágico en cada flor, en esa época había suficientes flores en mi árbol para que se cumplieran mis deseos.

Había otro árbol con flores al final del jardín. Eran flores blancas, grandes y tenían muy buen olor. Las llamábamos margaritas, pero creo que deben de tener otro nombre, no estoy muy segura. Ese era el árbol donde jugábamos a las casas, y yo era como el personaje de Pedro Luis Ferrer en su “Romance de la niña mala”: la niña que trepaba a los árboles, a los tejados, que tiraba piedras y se peleaba con otros niños.

En los árboles vivían los animales que más me gustaban después de los perros y los gatos que vi en mi casa durante toda esa época, y eran los lagartos. Todo mi tiempo libre lo dedicaba a cazarlos y tenía mucha destreza. No pasaba un día sin que cazara uno. Me gustaban los verdes, los que podían cambiar de color; los que eran grises no cambiaban y ya no me gustaban tanto. Los cazaba para llevarlos a mi casa, siempre quisiera que viviera uno conmigo, en mi cuarto. Además, como ellos a su vez cazaban mosquitos, me parecía que un lagarto en mi habitación podría estar siempre bien alimentado y a la vez habría menos insectos (había una cantidad bastante grande, luego hubo cada vez menos por la lucha contra el dengue, enfermedad que se transmitía a través de sus picadas, y junto con los mosquitos desaparecieron también las mariposas y las libélulas).

También venían a nuestro jardín de vez en cuando los zunzunes, unos pájaros muy pequeños y hermosos que se llaman también colibríes. El zunzún es el pájaro más pequeño del mundo, se alimenta del néctar de las flores como una mariposa. Además, cuando vuela, mueve tan rápido las alas que éstas no se ven, sólo se ve un cuerpecito verde y brillante suspendido en el aire, y un pico muy largo que se sumerge en las flores por un instante y luego el pájaro desaparece como por arte de magia.

En el mundo de mi infancia casi no habitaban personas, las personas mayores existían en una dimensión paralela, y los otros niños, al parecer, no tenían mucha entrada en ese jardín multicolor. Tampoco recuerdo que jugara a las muñecas, nunca me gustaron mucho. Los juegos con otros niños los descubrí años más tarde, cuando empecé a ir a la escuela y mi visión del mundo ya había cambiado. Todo a mi alrededor seguía siendo armonioso y limpio, pero yo era otra. Me sentía fuera de la naturaleza. Una vez, al atardecer, mirando las nubes blancas que pasaban encima de mí, pensé que quería ser como ellas, blanca, limpia, y sentí para mis adentros que aquello era imposible. ¿Y por qué no puedo ser limpia como una de esas nubes blancas, si no he hecho nada malo?, pensé para mis adentros.

No encontraba la respuesta. Fue un sentimiento de asombro que recuerdo hasta hoy, como de haber descubierto una verdad que es imposible explicar, pero que presientes como muy importante. Años más tarde, cuando estudié un poco la Biblia, el pecado original, eso me explicó por qué me sentía sucia y no podía ser blanca como una nube, pero el recuerdo de aquella tarde quedó para siempre grabado en mi mente como el descubrimiento de un mundo interior que no dependía de la naturaleza que me rodeaba.

Los niños de mi barrio me trataban como si fuera diferente a ellos. Nuestra amistad era muy superficial, creo que porque yo era bastante seria y además era la única niña que había estado fuera de Cuba, que había hecho un viaje en avión, que había visto el mundo. Un poco para molestarme, me preguntaban: “¿pero has visto la nieve?”, y sí que la había visto, de pequeña, a los 4 años, cuando viví en Rusia un año entero. Y eso les daba envidia porque en Cuba todos sueñan con ver la nieve y jugar con ella. Les parece que la nieve es una maravilla. En cambio aquí en Rusia, cuando estás casi 6 meses rodeada de nieve, realmente quisieras un poco de sol y calor.

A mí más que la nieve siempre me ha gustado el mar, el mar cálido que también formaba parte de mi mundo infantil. Los primeros meses en Moscú me resultaba difícil concebir que no tuviera mar, cuando iba en un coche me daba cuenta de que había estado buscándolo con la mirada y me parecía que debía estar cerca, que sólo bastaba con subir por aquella calle para que se abriera el horizonte a las olas y el olor salobre me invadiera, pero todo era en vano. Era raro no tener el mar al alcance de la mirada. Una ciudad sin mar es para mí una ciudad cerrada, como un laberinto sin salida.

Mis primeros años en Cuba habían pasado en un barrio de la costa habanera, en Mayanima, y esa sensación de espacio enorme, de libertad que te da la visión del océano, es la visión de felicidad que tengo hasta el día de hoy. El mar es la felicidad y cuando puedo pasarme una temporada en la playa, lo hago sin falta. He estado muchas veces en el Mar Negro, en el Báltico, en el Mar Rojo (en Egipto) y en el mar Mediterráneo (en España).

En la playa de Mayanima viví casi un año, y recuerdo que había cientos de cangrejos que por las tardes salían a pasear y a buscar alimento, así que la arena parecía desplazarse junto a ellos. Era la playa de los cangrejos. Después dejó de serlo, creo que se los comieron todos durante los años 70. Había un cangrejo que era fumador, pues se robaba las colillas de mi padre y se las llevaba a su cueva, y una mariposa borracha que se posaba en su vaso de cerveza y se bebía los restos. Era una mariposa nocturna, enorme, negra, de esas que miden más de 10 centímetros, y me parecía completamente natural que se bebiera hasta un vaso entero. (Claro que era mi padre el que se había bebido el vaso, pero le gustaba bromear y yo me lo creía).

En esa época empezaron las preguntas tontas de las personas mayores. Siempre me resultó muy difícil responder a preguntas tontas. Hay gente que hace preguntas porque no sabe cómo hablar con un niño. La pregunta más tonta era la de mi nacionalidad: ¿Tú eres rusa o cubana? Como si eso dependiera de mí. Como si de eso dependiera algo. Si digo que soy rusa o que soy cubana, eso no cambia nada dentro de mí. Normalmente la gente pregunta estas cosas como si la respuesta fuera evidente. Es como cuando a un niño le preguntan a quién quiere más, a su mamá o a su papá. Es un jueguito de las personas mayores para ver sufrir a los niños, pues si alguien debe decidir entre dos seres tan importantes como lo son los padres, realmente se ve en un apuro.

Igualmente es a la hora de escoger a qué nación pertenecer si tus padres provienen de países diferentes. No sabría por cuál decidirme, más cuando se trata de dos culturas tan singulares como la rusa y la cubana. ¿Qué prefiero, la literatura rusa del siglo XIX o los carnavales en los pueblos pequeños de Oriente, donde todo el mundo sale a bailar a las calles? Pues me quedo con los dos, porque los dos me gustan. Elegir entre Rusia y Cuba sería como elegir entre mi padre y mi madre, entre mi padre cubano y mi madre rusa. Escoger a uno sería traicionar al otro, por eso prefiero decir que soy las dos cosas a la vez. Soy mitad rusa y mitad cubana, como aquellos animales míticos que eran hombre y animal a la vez, soy "polovina", como se les llama en Cuba a los descendientes de rusos y cubanos, soy "mitad", mitad persona y mitad animal. Claro que me gustaría ser la mitad de un animal más o menos simpático, un perro o un caballo, por ejemplo, o de un león o una leona, y no de una serpiente...

En Mayanima vivimos "prestados" en casa de un colega de mi padre hasta que cumplí los cuatro años, y los recuerdos de la mariposa y el cangrejo son anteriores a esa edad. Al principio mi madre no trabajaba. La recuerdo lavando a mano en un lavadero y yo metida en un cubo de agua donde cabía completa, así que era bien pequeña. Cuando paseábamos por nuestro barrio, situado bastante cerca del mar, la gente nos miraba con mucha curiosidad y hacía comentarios en voz alta. Como mi madre no hablaba todavía español, podían decir lo que quisieran. Pero yo sí que los entendía. Los niños que vivían allí me gritaban casi siempre "la rusita", "allí va la rusita", aunque físicamente de rusa no tengo nada, como he dicho ya. A mí me molestaba mucho que me llamaran así, por eso se me ocurrió la siguiente respuesta: "Yo no soy ninguna rusita. ¡Me llamo Verónica Pérez Cubana!"

En realidad me llamo Verónica Pérez Konina y mi segundo apellido, "Konina", a la edad de cuatro años me sonaba casi igual a "cubana". Era curioso que precisamente se tratara de mi apellido ruso, el apellido de mi madre.

Cuando vivía en Cuba nunca me gustó sentirme rusa entre cubanos, a diferencia de mi madre que nunca quiso dejar de ser "extranjera". Siempre me he sentido atraída por la gente "de a pie", por la gente de la calle, a pesar de ser de una familia de profesores universitarios. Tal vez porque la vivienda que nos dieron se encontraba en un barrio residencial de antiguos "burgueses", y en mi barrio sólo vivían profesores, deseaba salir de ese oasis "pequeño burgués" de Cubanacán y enterarme de cómo vivía la gente "normal", sentía mucha curiosidad por saber cómo vivían los que no tenían padres universitarios.

Mi padre era de la parte oriental de la isla, de un pueblo muy pequeño llamado Palmarito de Cauto, cerca de Santiago, y como había estudiado Psicología en Rusia, en su pueblo no tenía nada que hacer, ni siquiera tenían un hospital, mucho menos una consulta psiquiátrica... Por eso tuvo que buscar trabajo en la capital. Así que mis padres también eran en la Habana personas venidas de fuera. Mi madre con su estatus de extranjera, a la que todos envidiaban por tener más posibilidades de "conseguir" alimentos, sobre todo, en un país donde la comida siempre fue y sigue siendo un problema. Mi padre, "oriental", de esos que habían venido a conquistar la capital, fue una persona que se formó gracias a la Revolución, pues pudo ir a estudiar gratis una carrera universitaria a otro país, pudo obtener una vivienda en La Habana, realizarse como pro-

fesional. Nada de eso hubiera podido hacer sin la Revolución, ya que su padre era un simple obrero azucarero y lo más que soñaba para su hijo es que fuera un tecnólogo del Central. El hecho de que personas como mi padre se hayan visto obligadas a dejar su país demuestra que algo anda mal. Si no fuera por el "período especial", él nunca se hubiera ido. ¡Y qué duro es emigrar con 50 años, cuando ya has vivido la mayor parte de tu vida!

Así que siempre he sido una persona venida de fuera. En Rusia porque vine de Cuba, y en Cuba por mi madre rusa y mi padre oriental. He sido una emigrante interna, porque he tenido mi propia visión de las cosas. Puedo decir que siempre me he sentido un poco extranjera, "demasiado rusa para ser cubana y demasiado cubana para ser rusa", parafraseando a una poeta norteamericana de origen cubano. Pero he tratado también de traspasar esa frontera, de ser como todos. Mi lema ha sido como en la canción de Celia Cruz: "Ay, no hay que llorar, que la vida es un carnaval, y las penas se van cantando..."

En cada cultura hay algo importante que aporta ese país a la cultura universal, y en Cuba es precisamente ese júbilo, esa capacidad de alegrarse en cualquier circunstancia. En Rusia la gente no tiene esa capacidad de alegrarse, son personas más amargadas, más amargas. Pero tienen una mentalidad más universal, más filosófica. Puedo decir que viviendo en Cuba siempre añoré Rusia, y en Rusia vivo añorando mi Cuba. Una vez vi en la televisión rusa una entrevista con Andy García, actor norteamericano de origen cubano, que dijo que para él su padre había sido ese pedacito de patria que había sacado de Cuba. No recuerdo exactamente sus palabras, ese era el sentido general, pero para mí aquello sonó como si lo hubiera dicho yo misma.

Yo también tuve la suerte de poder sacar de Cuba a mi padre, que vivió en Moscú casi 10 años, y cuando murió, en el año 2004, sentí como si hubiera perdido ese pedazo de patria que él representaba para mí. Fue algo repentino, nadie se lo esperaba, y en aquel entonces me dolía tanto pensar que se quedaría para siempre en esta tierra tan fría e inhóspita, que hubiera dado mucho por poder trasladar su cuerpo a la tierra donde había nacido. Él siempre quiso volver a Cuba, aunque fuera de visita, y nunca quiso estar enterrado en Rusia, quedar aquí para siempre.

El día que lo enterramos era un día lluvioso de marzo, el cielo estaba gris y caía una nieve dura como de escarcha, la fosa estaba llena de agua helada y sucia. Los enterradores habían disimulado un poco el charco en el fondo de la fosa con ramas de pino, las únicas ramas verdes en esa temporada, pero me resultaba tan doloroso ver ese hueco negro en la tierra que me daban ganas de gritar.

Por eso no pude ver el momento en que bajaron el féretro y empezaron a tirarle la tierra encima. Sólo miré cuando estaba ya formada una loma bastante grande de tierra húmeda. Era esa humedad tan típica de Moscú que te cala hasta los huesos. Todos estábamos congelados ya, y qué angustioso me resultaba pensar que sus huesos se quedarían para siempre en ese lugar tan frío. ¿O es que después de muerto eso ya no le importaba?

"Moriré en París con aguacero, un día del que tengo ya el recuerdo..." Vallejo fue el poeta preferido de mi padre, y ese poema siempre le gustó recitarlo de memoria. Fue en Rusia, con una lluvia helada, con escarcha. En mayo, cuando se secó todo y los árboles se vistieron de verde, fuimos con mi madre y mis hijos a visitar su tumba por primera vez después del entierro. Es que en primavera hay tanto barro que hubiera sido imposible llegar hasta su tumba. En realidad, no sabíamos muy bien qué hacer allí. Limpiar un poco ese montículo de tierra, tirar a la basura los restos de los ramos y coronas, y sentarnos allí en un banco fue lo poco que pudimos hacer en su memoria.

No teníamos experiencia de visitar a alguien en el cementerio. Llevábamos unas velas que enterramos en la tierra y encendimos. El viento trataba de apagarlas y nos parecía muy alentador que saliera un lagarto y se quedara largo rato tomando el sol en la tumba, sin notar nuestra presencia. Eso nos pareció una buena señal, como un mensaje del más allá, pero más alentador todavía nos resultó ¡descubrir no muy lejos un monumento con un nombre español! Por supuesto que aquel nombre estaba escrito con caracteres cirílicos, pero no cabía la menor duda, había un tal Antonio Ruiz enterrado muy cerca de mi padre.

El hombre había muerto hacía unos 20 años y, según las fechas grabadas en el monumento, podría tratarse de uno de esos “niños de la guerra” españoles que fueron evacuados a Rusia a finales de los años 30 y luego no pudieron volver a su tierra. Y si no era un “niño de la guerra”, qué más da, era alguien de origen hispano. Mi padre ya no estaría tan solo, había alguien más de su misma lengua y de su misma cultura que estaba allí enterrado. Fue una gran alegría para mi madre y para mí hacer ese descubrimiento.

Como dijo María Zambrano: “mi patria es el idioma”, y mi padre tendría allí su pedazo de patria, como lo es para mí ahora en Moscú el Instituto Cervantes, donde trabajo hace casi cuatro años, ese pedazo de patria hispana que me ayuda a sobrevivir.

Lo más difícil como emigrante no es tanto el idioma, pues el idioma ruso es como mi segunda lengua y a veces, incluso la primera, sino el hecho de no poder entender a la gente. Si no has vivido en ese país, no has visto las mismas películas que han visto todos, no has escuchado las mismas canciones, no has ido a la misma guardería y a la misma escuela, no tienes mucho en común con la gente y no la entiendes. En Cuba yo podía leer en los rostros de la gente, no hacían falta las palabras para saber qué tipo de personas eran, de qué estrato social, incluso de qué barrio de La Habana. La forma de vestir, el peinado, los gestos: todo formaba parte de un código completamente descifrable.

En Rusia no es así. No comprendo el comportamiento de mi propio marido, que es ruso, y a quien conozco hace ya 17 años. Muchas veces no sé qué esperar de quienes me rodean, no puedo saber a simple vista si vale la pena tratar o no con una persona. Por eso el emigrante es casi siempre una persona solitaria, como es mi caso. La familia y el trabajo son mis dos únicos consuelos.

Rusia, a pesar de ser un país desarrollado, en cuanto a las relaciones humanas se ha quedado en el medioevo. Los moscovitas todavía pasan como civilizados, están un poco “cepillados” por la cultura general, pero la gente de la periferia, los de mi residencia estudiantil, por ejemplo, eran realmente gente poco civilizada.

Cuando vine en 1989 como estudiante cubana al Instituto Gorki de Literatura, tuve mi segundo choque. No voy a hablar de la higiene, pues cada pueblo tiene sus propias normas y los cubanos somos super-higiénicos, pero aquellos servicios colectivos en los pasillos se parecían a los de una película de terror. Y eso que era la residencia estudiantil del Instituto de Literatura y quien dice literatura, dice cultura... De vez en cuando los limpiaba una brigada de alcohólicos ex-presidarios con muy poca experiencia en ese tipo de trabajo, y la cocina creo que no la limpiaban nunca, había manadas de cucarachas y todo estaba siempre enlodado.

Pero fue precisamente la cultura alcohólica rusa, o la falta de cultura, la que más choque me provocó. En Cuba la gente bebe muy poco, no hay comparación, y son incapaces de beber agua de colonia o alguna medicina que contenga alcohol sólo para emborracharse... En Cuba se bebe para luego bailar, divertirse; la bebida es un medio y no un fin. En Rusia se bebe para olvidarse del mundo. Los escritores rusos, además, piensan que el talento puede medirse por la capacidad de beber vodka. Son agresivos, mal-educados, muchas veces ignorantes. Claro, que no puedo hablar de todos los escritores, pero por lo menos los que salían de mi instituto.

En los talleres literarios te podían insultar de la manera más baja y eso le parecía a la gente lo más natural del mundo. El tutor de mi taller, Bitov, siempre decía: “Verónica es una persona occidental”, yo no entendía qué quería decirme con eso. Ahora entiendo que en realidad yo era la única que no comprendía que los rusos pueden insultarse y luego seguir tan frescos como una lechuga. En Rusia la gente es menos hipócrita que en Cuba, prefiere decirte la verdad en la cara, pero casi siempre es una verdad que no quisieras oír. Se empeñan en decirte cosas desagradables, nunca te dirán nada bueno.

El taller era un sufrimiento para mí. Además, todo lo que presentaba allí tenía que traducirlo al ruso o escribirlo directamente en ruso y no me sentía bien escribiendo en ese idioma. Traté de escribir algunos cuentos en ruso, pero no resultaron muy relevantes. Así fue como mi carrera literaria se vio interrumpida por casi 15 años, hasta el momento en que pude volver a hablar en español, a pensar en español y a escribir en español, o sea, cuando empecé a trabajar de profesora de Español en el Instituto Cervantes y volví a escribir cosas en español.

A veces los estudiantes del Cervantes me hacen preguntas sobre Cuba que siempre trato de evadir. En mi vida cotidiana no hay nada que pueda recordarme mi país y es algo premeditado, pues trato de evitar los recuerdos. Hablar de Cuba me hace sufrir. Sólo los sueños son aquello que no puedo controlar. Veo mi país cuando duermo y luego me despierto muy triste. Por suerte, esto ocurre con poca frecuencia.

Hablo de Cuba con los alumnos cuando no me queda más remedio. Entre la gente mayor rusa hay muchos que todavía simpatizan con Fidel y la Revolución, y si se enteran de que soy cubana, expresan su simpatía por Cuba y por su curso político. Una de estas alumnas ya un poco mayores me contó un día que había visto de lejos a Fidel durante su última visita a Rusia y me confesó su admiración por él. Además, empezó a comparar la situación en Rusia, donde, en su opinión, todo estaba mal, con Cuba, donde todo estaba bien.

“Los chinos tienen un refrán que dice que lo peor para una persona es vivir en un país en época de cambios”, me dijo. “Y Rusia hace muchos años que está en período de cambios, parece que los cambios nunca van a terminar. Por eso estamos tan mal. Afortunados los cubanos, que han podido evitar los cambios”.

Entonces yo no pude contenerme más y le dije: “Los cubanos tenemos muchas esperanzas de llegar a ver también esos cambios y vivirlos en carne propia. Por lo menos yo espero poder ver esos cambios con mis propios ojos. Si mi padre no pudo llegar a verlos, por lo menos yo los veré por él”.

Espero que ese día todos los cubanos de Cuba, de fuera y los “mitad” cubanos estemos juntos y hagamos todo lo posible por tener un futuro feliz. [•]

u e r ó n i c a
p é r e z
k o n i n a

moriré en p arís con a g u a c e r o



DE LA MISMA forma en que los buenos coleccionistas husmean en minúsculas tiendas con ojo experto, a Miguel Coyula lo persiguen los cinéfilos del cine de arte. Con numerosos premios dentro de un trabajo riguroso y siempre en ascenso, Miguel nos deslumbra ahora con *Memorias del Desarrollo*. De ser esta una entrevista formal, yo habría buscado en la extensa bibliografía que ya acumula el trabajo de Miguel, hubiera hecho referencia a los premios recibidos. Pero no me meto en terreno de especialistas, además aquí el protagonista es el primo, que con sus 33 años exhibe una sólida carrera. Y lo mejor está por venir. Ser parientes es pura coincidencia.

De pequeño tenías gran predisposición para la literatura. ¿Crees que has conciliado esa inquietud con la elaboración de tus guiones o lo ves como dos expresiones independientes?

Sí, pienso que la literatura era por falta de otra cosa, creo que si hubiera tenido una cámara desde el principio tal vez hubiera sido eso directamente. Pero sí creo que cualquier obra literaria es adaptable de una manera u otra al cine. Si conoces bien todas las herramientas del lenguaje cinematográfico y estás dispuesto a experimentar con ellas, cualquier adaptación es posible. O sea, siempre he visto todas las manifestaciones artísticas con vistas al cine. Y me gusta mucho escribir. De hecho, si ahora de pronto me quedara ciego y no pudiera filmar más, seguro escribiría de nuevo.

Empezaste a hacer cine de manera informal en la adolescencia temprana. ¿Ya desde entonces te planteaste que eso era lo que querías?

Fue después de mi primer mediometraje, *Pirámide* (1996), que me di cuenta que no podría hacer otra cosa que me diera más placer. A partir de ese momento no hubo duda alguna. Era mi única posibilidad de construir un universo diferente, completamente a mi antojo.

¿Qué proyecto consideras que marcó tu "mayoría de edad"?

Esa es una pregunta difícil. Por ejemplo, antes de entrar a la Escuela de Cine hice dos cortos, *Pirámide* y *Válvula de Luz*, que a pesar de las imperfecciones los considero mucho mejores que todo lo que hice en la escuela. Cuando los hice estaba en un estado de

intuición puro. En la escuela, por más que te resistas, de forma involuntaria tiendes a estructurarlo todo, y a mí el cine que me interesa hacer se pudiera describir como un vómito del subconsciente. Después de salir de la escuela afortunadamente me recobré enseguida, y quizás por eso hago películas fuera de cualquier institución. Mi primer largo, *Red Cockroaches*, es —a nivel de puesta en escena— la primera película donde logré una atmósfera deseada, controlando las herramientas del lenguaje para lograrlo, ahí está sin duda mi lenguaje visual ya formado. Sin embargo, la estructura de la historia es demasiado lineal para mi gusto. Es en *Memorias del Desarrollo* donde ya tengo un lenguaje mucho más afín con la manera en que pienso. De hecho, el lenguaje de la película es como meterse en la cabeza del personaje, donde confluyen todo tipo de ideas, recuerdos, ficción, ensoñaciones, documental, animación, todo enlazado con un montaje de asociaciones.

m i g u e l c o y u l a

entrevistado por

r e g i n a c o y u l a

Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños. ¿Cuál es el balance positivo y el negativo que dejó la escuela en ti?

Aprendí a utilizar muchos equipos que de otra manera no hubiera podido acceder a ellos. Y aprendí sobre todo que no me interesaba trabajar en equipo, que no tengo otra opción que hacer la cámara y la edición de mis películas para poder controlar cada detalle al máximo, que no quiero nunca filmar en 35mm, y que jamás entraré a estudiar en otra institución. Por supuesto, hablo sólo por mí y por los que piensan como yo. Sin embargo, pienso que para gran parte de los alumnos la EICTV es muy útil.

Director, guionista, director de fotografía, editor, musicalizador... ¿Obligado por el presupuesto o como una decisión de mantener bajo control la producción?

Las dos cosas. O sea, si tuviera dinero quizás tendría más asistentes, pero lo que es la fotografía, edición y diseño sonoro, no podría cederlos nunca. Claro que no puedes tener asistentes si no les pagas, quizás sea algo bueno... Quizás si tuviera más dinero sería todo un dictador con mi equipo, pues al fin y al cabo nos viene de cerca a los cubanos. Es una suerte que yo no sirva para la política.

¿Qué colaboración has recibido del ICAIC en tu carrera?

Aparte de mostrar mis películas en las muestras, nunca he trabajado en el ICAIC ni me han financiado nunca una película.

Memorias del Desarrollo: ¿No temes quedar en el limbo de haber hecho una película muy "extranjera" para el público cubano; y para los extranjeros, muy cubana?

Es muy cierto eso, pero inevitable. Hay cineastas que hacen películas para ganar dinero y otros que las hacen para ser programadas en los festivales. Yo las hago porque no tengo más remedio, tengo que sacármelas de adentro. Anteriormente a *Memorias...*, todo mi cine podría suceder en cualquier parte del mundo, no estaba atado a una realidad o contexto político o social. Con *Memorias...* tuve la oportunidad y la necesidad de hablar un poco de mis orígenes, pues es la única película donde probablemente tenga la oportunidad de hacerlo. De hecho, la película puede resultar cubana para un público extranjero, pero no es la Cuba de Tropicana, mojitos, chistes, playa y Cohibas que ellos quieren ver. No es entretenimiento. Es un análisis serio de los efectos de un régimen político sobre un individuo en los últimos 50 años y a mucha gente esto no les interesa. Es una película políticamente incorrecta para cualquiera, independientemente de su posición política, contra todas las banderas, contra la política (de izquierda y derecha), la religión y el consumismo. Y la gente es muy poco tolerante para este tipo de cine hoy en día.

c o y u l a c o y u l a c o
y u l a c o y u l a c o y u
l a c o y u l a c o y u l a
c o y u l a c o y u l a c o
y u l a c o y u l a c o y u
l a c o y u l a c o y u l a
c o y u l a c o y u l a c o

versus

c o y u l a c o y u l a c o
y u l a c o y u l a c o y u
l a c o y u l a c o y u l a
c o y u l a c o y u l a c o
y u l a c o y u l a c o y u
l a c o y u l a c o y u l a
c o y u l a c o y u l a c o

Memorias del Desarrollo: *¿Cuáles son las posibilidades de participar en Festivales y de insertarse dentro de la distribución?*

Festivales hay unos cuantos. Este año voy a estar viajando bastante. De distribución aún no hay nada, pero no tengo grandes esperanzas, desde el principio sabía que no era una película fácil, ya veremos como evoluciona eso.

¿Cuál sería la película que te gustaría hacer?

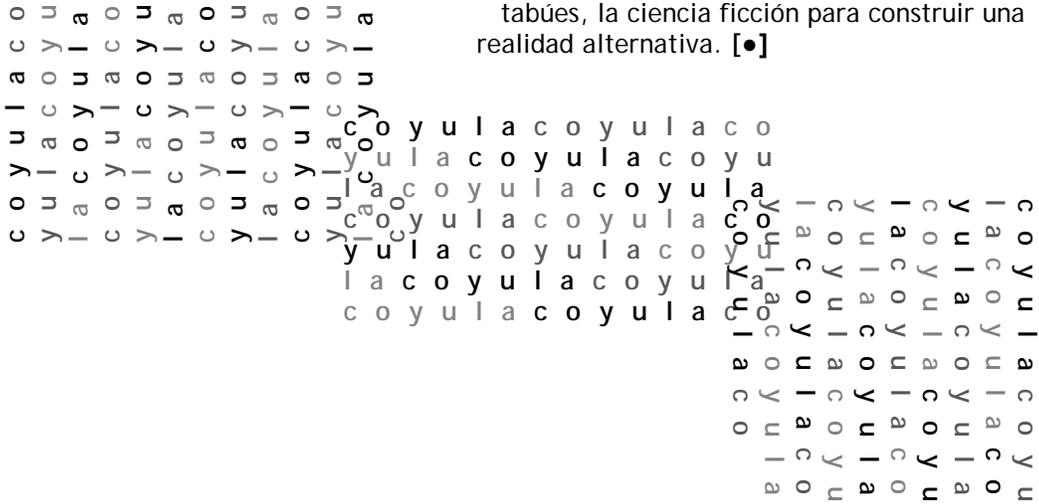
Un cine sin fronteras, me interesan historias sobre individuos que no encajan en la sociedad, pero con conflictos universales. Me interesa mucho el misterio. Para mí es esencial hacer una película con "cabos sueltos", porque lo necesito como creador, necesito tener dudas sobre el universo que estoy creando. Si no, pierdo el interés, y el cine que me interesa hacer es el cine que continúa aún después de acabada la película. Yo creo que ser un cineasta verdaderamente independiente es una responsabilidad para hacer algo distinto sin interferencia de nada ni nadie.

¿Aceptarías trabajar en un proyecto comercial?

Aceptaría trabajar en un proyecto donde tenga luz verde para cambiarlo todo a mi antojo. Lo cual es prácticamente imposible dentro de una estructura tradicional.

¿Tu próximo proyecto?

Blue Road, una película sobre el tema de la clonación, y segunda de la trilogía que empieza con *Red Cockroaches*. Con ella regreso de nuevo al tema de los tabúes, la ciencia ficción para construir una realidad alternativa. [●]



arrastras un cuerpo por
siglos macerado
en la humedad de la
provincia
que nace como estación de
paso:
alzas el rostro sobre la
costumbre:
a la distancia de un cantío
como un raíl de tren se
tiende la llanura:
volteas el rostro y te ves a ti
misma:
una niña tenue, con el
asombro en flor
que pretende aspirar la
inmensidad que la rodea:
te ves a ti misma huyendo
del gajo quebrado
en la penumbra del hogar:
sientes los huesos doblarse
bajo un almendro,
bajo el rojo y el verde
intenso de sus frutos:
el rojo y el verde que te
signan el albor:

arrastras un cuerpo violado
por los demonios que lo
habitan:
en las noches blancas no
encuentras el letargo de la
clemencia:
deslizas el alma por los
atajos de la reminiscencia:
un columpio se mece en el
abandono:
el dolor regresa:
y ya el dolor no es bruma:
nada es igual:
en la verja oxidada, tu
madre,
remolcando su pierna
izquierda, su corazón,
ha puesto a secar la ropa con
musgo de los que partieron:
pero pueden más los
zarzazos que se le pegan al
caer el sol:
la sal puede más:

sobre el sillón en que
dormían los abuelos de tu
abuelo:
embadurnas los ojos con el
fango de los antepasados:
son los espíritus que velan
los estigmas de la ausencia
cuyos puntos infinitos cosen
tus días, los ladrillos del
sueño,
las torres y los sótanos
tatuados bajo la piel:
el vientre de la ceiba por
donde te sumergiste
hacia el mundo invertido de
los sueños:

dibujas una miniatura
medieval
entre las manos del que todo
ha visto:
aquí, al centro del país, tu
centro:
el espejo cóncavo donde
armonizas
espantos y ternuras que en ti
florecen:
pedra mínima donde
vislumbres todo abismo:
cumbres del imposible:
allá el norte de la
esperanza:
el misterio que no te es
dable develar:
sur perdido de la candidez,
árbol rancio,
y el sabor de la almendra
inagotable entre labios hoy
resecos:
el este y el oeste, miedo que
dibuja la cruz,
la salvación:

arrastras un cuerpo por siglos macerado en la humedad de la provincia que nace como estación de paso. alzas el rostro sobre la costumbre: a la distancia de un cantío como un raíl de tren se tiende la llanura. volteas el rostro y te ves a ti misma: una niña tenue, con el asombro en flor que pretende aspirar la inmensidad que la rodea. te ves a ti misma huyendo del gajo quebrado en la penumbra del hogar. sientes los huesos doblarse bajo un almendro, bajo el rojo y el verde intenso de sus frutos. el rojo y el verde que te signan el albor.

arrastras un cuerpo violado por los demonios que lo habitan, en las noches blancas no encuentras el letargo de la clemencia. deslizas el alma por los atajos de la reminiscencia: un columpio se mece en el abandono. el dolor regresa. y ya el dolor no es bruma. nada es igual. en la verja oxidada, tu madre, remolcando su pierna izquierda, su corazón, ha puesto a secar la ropa con musgo de los que partieron: pero pueden más los zarzazos que se le pegan al caer el sol. la sal puede más.

sobre el sillón en que dormían los abuelos de tu abuelo, embadurnas los ojos con el fango de los antepasados. son los espíritus que velan los estigmas de la ausencia cuyos puntos infinitos cosen tus días, los ladrillos del sueño, las torres y los sótanos tatuados bajo la piel, el vientre de la ceiba por donde te sumergiste hacia el mundo invertido de los sueños.

dibujas una miniatura medieval entre las manos del que todo ha visto. aquí, al centro del país, tu centro, el espejo cóncavo donde armonizas espantos y ternuras que en ti florecen, piedra mínima donde vislumbres todo abismo, cumbres del imposible. allá el norte de la esperanza, el misterio que no te es dable develar; sur perdido de la candidez, árbol rancio, y el sabor de la almendra inagotable entre labios hoy resecos; el este y el oeste, miedo que dibuja la cruz, la salvación.

1. e
r
a
n
t
i
o
s
e
n
t
e
m
i
g
o
s
e
l
a
b
o
r
e
n
l
a
h
u
m
e
d
a
d
e
l
a
p
r
o
v
i
n
c
i
a
q
u
e
n
a
c
e
c
o
m
o
e
s
t
a
c
i
o
n
d
e
p
a
s
o
:
a
l
z
a
s
e
l
r
o
s
t
r
o
s
o
b
r
e
l
a
c
o
s
t
u
m
b
r
e
:
a
l
a
d
i
s
t
a
n
c
i
a
d
e
u
n
c
a
n
t
i
o
c
o
m
o
u
n
r
a
í
l
d
e
t
r
e
n
s
e
t
i
e
n
d
e
l
a
l
l
a
n
u
r
a
:
v
o
l
t
e
a
s
e
l
r
o
s
t
r
o
y
t
e
v
e
s
a
t
i
m
i
s
m
a
:
u
n
a
ñ
i
ñ
a
t
e
n
u
e
,
c
o
n
e
l
a
s
o
m
b
r
o
e
n
f
l
o
r
q
u
e
p
r
e
t
e
n
d
e
a
s
p
i
r
a
r
l
a
i
n
m
e
n
s
i
d
a
d
q
u
e
l
a
r
o
d
e
a
:
t
e
v
e
s
a
t
i
m
i
s
m
a
h
u
y
e
n
d
o
d
e
l
g
a
j
o
q
u
e
b
r
a
d
o
e
n
l
a
p
e
n
u
m
b
r
a
d
e
l
h
o
g
a
r
:
s
i
e
n
t
e
l
o
s
h
u
e
s
o
s
d
o
b
l
a
r
s
e
b
a
j
o
u
n
a
l
m
e
n
d
r
o
,
b
a
j
o
e
l
r
o
j
o
y
e
l
v
e
r
d
e
i
n
t
e
n
s
o
d
e
s
u
s
f
r
u
t
o
s
:
e
l
r
o
j
o
y
e
l
v
e
r
d
e
q
u
e
t
e
s
i
g
n
a
n
e
l
a
l
b
o
r
:
2. e
l
d
o
l
o
r
r
e
g
r
e
s
a
:
y
y
a
e
l
d
o
l
o
r
n
o
e
s
b
r
u
m
a
:
n
a
d
a
e
s
i
g
u
a
l
:
e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
3. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
4. e
l
d
o
l
o
r
r
e
g
r
e
s
a
:
y
y
a
e
l
d
o
l
o
r
n
o
e
s
b
r
u
m
a
:
n
a
d
a
e
s
i
g
u
a
l
:
e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
5. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
6. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
7. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
8. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
9. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
10. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
11. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
12. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
13. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
14. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
15. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
16. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
17. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
18. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
19. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a
,
t
u
m
a
d
r
e
,
r
e
m
o
l
c
a
n
d
o
s
u
p
i
e
r
n
a
i
z
q
u
i
e
r
d
a
,
s
u
c
o
r
a
z
ó
n
,
h
a
p
u
e
s
t
o
a
s
e
c
a
r
l
a
r
o
p
a
c
o
n
m
u
s
g
o
d
e
l
o
s
q
u
e
p
a
r
t
i
e
r
o
n
:
p
e
r
o
p
u
e
d
e
n
m
á
s
l
o
s
z
a
r
z
a
z
o
s
q
u
e
s
e
l
e
p
e
g
a
n
a
l
c
a
e
r
e
l
s
o
l
:
l
a
s
a
l
p
u
e
d
e
m
á
s
:
20. e
n
l
a
v
e
r
j
a
o
x
i
d
a
d
a

e e e e e

t t t t t

a a a a a

r r r r r

g g g g g

i i i i i

m m m m m

e e e e e

d d d d d

s s s s s

a a a a a

n n n n n

b b b b b

s s s s s

e e e e e

n n n n n

c c c c c

o o o o o

n n n n n

n n n n n

n n n n n

n n n n n

n n n n n

n n n n n

n n n n n

n n n n n

n n n n n

luego el viaje,
los muertos en el morral hacinando límites,
los recintos que achicaron tus ojos,
la rosa sobre el estanque
y la rana sobre la rosa que se desfleca ante el peso de la armonía,
que bebe el aliento de la adolescente fea y anhelante.
la partida
y las noches espesadas en el silencio
donde ocultas el marasmo de la duda, los juramentos,
las emanaciones del miedo,
las promesas ante una virgen de cartón
que ya nadie mira.

la incertidumbre
y los muertos descansando sobre tu médula,
tornados costra en tus huesos,
ya por sí ensombrecidos en el néctar de la tradición.
la interrogante, ¿la respuesta?
y los muertos, sus propias tentaciones
que se acurrucan en el pecho como un disparo de 35 mm.
ausencias que descubren la ciénaga del corazón,
el dolor adentro que te empuja y protege
de la espina mayor de no sentirlo:
del olvido.

tendida sobre la tez brumosa de una ciudad ajena
procuras reunir los fragmentos de carne desperdigada
en el smog de la indiferencia, las gotas de saliva
que aún te quedan tras dar de beber
a los que te patearon con ganas el aliento.
acuciada bajo la noche alba sientes la desazón del infinito,
el alivio de la esferas.
bajo tanto prodigio, nadie te sabe.
te deslizas como una lombriz sobre el pantano.
ahora te yergues y tus ojos miran el después de la aurora
y es como saborear soledades distintas, más humanas.
algo late en el fondo de ti,
en los subterráneos de tu ciudad interior:
horizontes de insospechadas transparencias,
territorios donde acoger el asombro de una estrella,
la redondez de la fruta entre tus labios,
las pupilas de una niña
moldeada con el barro de tu carne.

más allá de los agujeros,
otro almendro germina.
más allá despiertas tú.
sobre el agujijón,
creces tú,
de nuevo.

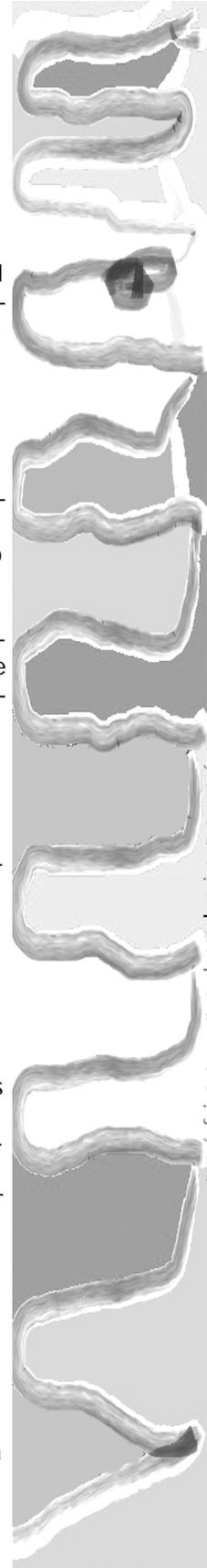
5. i
6. e
7. a
8. n
a
v
a
r
e
z

ES DIFÍCIL profetizar lo que vendrá tras el acontecimiento revolucionario de estas últimas semanas en Egipto. Antes que nada, porque un acontecimiento revolucionario solo puede serlo en tanto a su fidelidad retrospectiva consigo mismo. De ahí que una revolución solo pueda tomar su derrotero sobre el curso de su marcha hacia la emancipación. No me adelantaría a unirme a celebraciones o júbilos de una primera impresión. Solo ahora queda el espacio para dar otros pasos y hacer de la imaginación del pueblo un momento político. Solo basta con decir, a la manera de Mao, que las cosas pintan interesantes, y el deber es hacer de ello algo nuestro.

Egipto, sin embargo, en más de una forma, deja su huella y encierra una tendencia en un mundo que, tras varias décadas del pleonasma liberal, se había antojado en fabricar la historia de los pueblos como basureros comunes. Del arte de dejar huellas en la política algo sabemos. Primero, que siempre que hablamos de huellas debemos entender repetición. Y segundo que toda repetición indica, por secuencia, una participación de lo Universal. De ahí que Egipto no sea una excepción, un momento en que un pueblo ha aprovechado las condiciones específicas de su nación, sino la prueba global que alerta sobre una salida posible de ese presente que continuamente se entiende como homólogo de la catástrofe.

Las loas de hoy en Tahrir dan voz a una potencia factible para y por la comunidad en tanto imagine nuestro próximo futuro. El que vendrá. Ahí también estuvieron Grecia, Túnez, las revueltas en los suburbios de París, el aguante de la revolución verde en Irán: la línea se puede trazar hacia una insurrección que hace del cadáver de la política, la resurrección del vivir en común. La importancia de Egipto traspasa, de este modo, la encrucijada ideológica que se nos vaticinaba a lo largo de estos años: totalitarismo del pasado o capitalismo democrático como único futuro.

La lección es clara: Egipto ha conseguido, a través del apoyo de las masas, no esa "tercera vía" (ideología probadamente falsa del Blairismo), sino la instancia en lo universal propiamente de una revolución que se divisa como promesa.



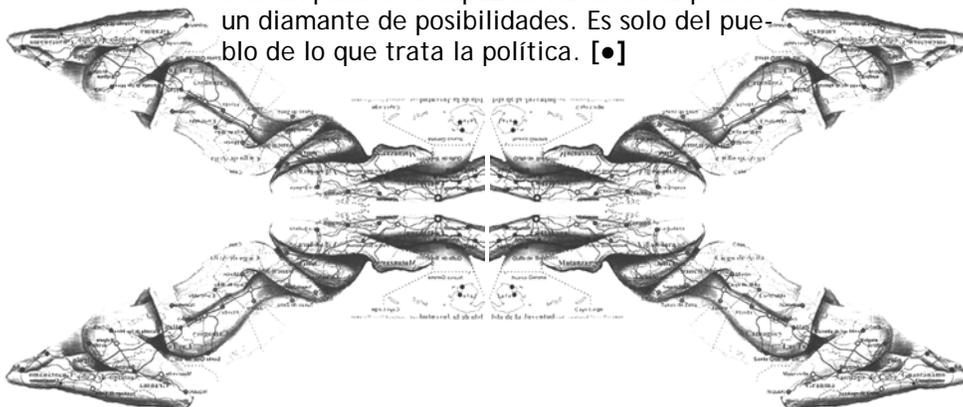
gráfica: pedroluisgarcia

Hacia el final de su libro *La Comunidad que viene* (1990), publicado a raíz de la Unión Europea, Giorgio Agamben llamaba a pensar el futuro desde la potencia y la vida. Aquel último fragmento que figura en el libro con el título de *Tiananmen* ha culminado en la lucha que hoy ha estremecido a Egipto: la insurrección del futuro tendrá la forma de una revolución sin fines, y la singularidad de un sujeto cualquiera.

El hilo conductor que se puede trazar entre la plaza de Tiananmen y esta otra plaza de Tahrir, es la manera en que se actúa la potencia desde la política. Solo la singularidad de cada ser, como átomo del pueblo, tiene hoy el poder de hacer (o de no hacer) una revolución. Aun cuando el capitalismo ha tomado su morfología de Imperio y su fragmentación sobre el globo, queda el amor de los cuerpos ante la libertad. Entre el vacío que van dejando las dictaduras de un solo hombre, como es el caso de Mubarak, o las democracias débiles del presente, podemos cotejar una fuerza que poco a poco se condensa y se expande hasta culminar en su momento de implosión.

Prescindimos de una fórmula, y aun así, contamos con la imagen de lo posible. Carecemos de una estrategia y de las coordenadas de la visibilidad de un horizonte, y no obstante, ahí están los cuerpos, uno frente al otro, en la misma plaza, cubriendo el espacio que alguna vez materializó el poder o la policía.

La lección que nos ha deparado Egipto no puede ser menos rudimentaria, y no menos vital: solo un pueblo es capaz de hacer de la política un diamante de posibilidades. Es solo del pueblo de lo que trata la política. [●]



El chavismo como problema de Teodoro Petkoff me mostró el recorrido —zigzagueante por momentos— de ese gobernante enfundado en rojo que ha ido ganando presencia en nuestras vidas. Un acercamiento a Hugo Chávez y al proceso que él mismo ha dado en llamar la Revolución Bolivariana parecería una tarea complicada, en especial por tratarse de un fenómeno actuante y en permanente evolución. Sin embargo, el análisis de los orígenes del chavismo, así como la explicación de los factores que contribuyeron a su entronización y permanencia, mantienen plena vigencia. Lo que ha ocurrido y ocurrirá en esa nación capta especialmente el interés de muchos cubanos que esperan encontrar las claves de su futuro tratando de descifrar la situación de otros.

Entre profusos datos estadísticos, referencias históricas inevitables y teoría política pura en las que “el afán de precisión no es mero preciosismo intelectual sino muy concreta necesidad política”, prevalece en las páginas de este libro el espíritu de un optimista “todavía”. Para Petkoff el régimen conducido por Hugo Chávez *todavía* es una *cuasi* dictadura, es autocrático y autoritario, pero *todavía* no llega a ser totalitario. *Todavía* sobrevive la oposición y no ha sido posible eliminar ciertas libertades de expresión ni una estructura democrática que, de demolerse finalmente, podría terminar por convertir a Venezuela en “un despojo económico, político, institucional y moral mucho mayor de lo que ya es”.

Luego de desmentir versiones surgidas de la teoría de la conspiración que justifican el origen del chavismo, el autor explica la manera en que Chávez secuestró plataformas ajenas y las envolvió con populistas métodos electorales para presentarse como alternativa de la política tradicional; de qué forma simuló respeto por las normas democráticas para pervertirlas y cómo luego agudizó las contradicciones para crear una polarización. Denota también el “hallazgo” del otrora teniente-coronel al mostrarse como un término medio entre el proceso democrático de Salvador Allende y el totalitario de Fidel Castro.

Petkoff desmonta el mito del carácter anti-neoliberal que supuestamente tuvo el “caracazo” y ofrece detalles de la evolución del anti-imperialismo en Hugo Chávez, quien supo aprovechar el afecto familiar con el que los venezolanos se han relacionado siempre con Simón Bolívar, para convertirlo en un mito propio del que se erigió como heredero.

A FINALES de 2010 un libro aleccionador cayó en mis manos, un texto subyugante sobre el origen y desarrollo de esa figura política que cada día inunda nuestros noticiarios y apunta al actual sistema cubano desde su Palacio de Miraflores.

la esperanza del todavía

El uso del petróleo como arma diplomática, el monopolio creciente en los medios de difusión, la paulatina estatización de la economía, y la implantación de un nuevo tipo de capitalismo de Estado en un Estado autocrático y personalista, son las peculiaridades mejor delineadas en este ensayo, donde también se critica a la oposición, especialmente al golpismo y a la abstención en las elecciones parlamentarias.

Casi ningún elemento falta en este rompecabezas: la formación del partido unido, la creación del ALBA, la revitalización de la OPEP, las relaciones internacionales, el afán integracionista en busca de un liderazgo regional y el estilo con que se proyecta el culto a la personalidad.

De gran importancia resulta el análisis acerca del referéndum sobre la Reforma Constitucional que perdió Chávez en 2007 y la posterior puesta en marcha de muchos de sus propósitos contra la voluntad popular. Se nos muestra en este libro que la aparición del desencanto no ha sido obra de un truco del enemigo, sino fruto del desgaste previsible de un régimen que, aunque conserva aun parte del apoyo popular, ha perdido la gracia carismática con que subyugó no solo a los venezolanos sino a una parte de la izquierda europea,

deseosa siempre de encontrar un líder auténtico. Precisamente, en la búsqueda de una definición "topográfica" del chavismo, el autor nos regala una magnífica reflexión sobre qué son las izquierdas y las derechas en la época post-soviética y cómo encajan esas definiciones en este modelo que se ha dado en llamar el socialismo del siglo XXI.

Muchas son las lecturas de *El chavismo como problema*. Puedo imaginar la utilidad para cualquier venezolano preocupado por el destino de su país, especialmente porque este ensayo, desprovisto de una voluntad descalificadora, se esmera en arrojar luz sobre todo el espectro, incluyendo los logros del modelo. Quizás sea esa moderación el principal mérito de este estudio, aunque es fácil adivinar que los fundamentalistas del lado oficial solo tendrán insultos para responder su lucidez.

Los latinoamericanos que conservan alguna de las frágiles e imperfectas democracias en ejercicio, encontrarán aquí una advertencia para estar prevenidos ante caudillos redentores, portadores de soluciones que solo ellos pueden protagonizar, siempre que se les acepte la presencia en el poder de forma vitalicia. Para los otros que encuentren algún parecido entre el experimento chavista y lo que esté pasando en su país también hay un mensaje dirigido a sonar las alarmas, si es que están a tiempo.

Lamentablemente este será un libro de difícil adquisición en Cuba. Leerlo aquí sería una inquietante experiencia. Algo así como asomarse a un espejo mágico donde a veces nos reflejamos con la forma que teníamos cuando éramos niños, o como habríamos sido si las cosas hubieran ocurrido de otra forma. Para bien o para mal, la historia, en su infinita creatividad, nunca repite las escenas entre una y otra obra, aunque en ocasiones tengamos la impresión de que se ha cometido plagio.

La crítica literaria se esmera en descubrir los hallazgos estilísticos, el manejo del lenguaje, los recursos más o menos novedosos con los que los escritores colocan al lector en sintonía con su mundo interior. La crítica social se ocupa de develar la oculta arquitectura de la historia, ilumina el entramado, a veces sutil, a veces evidente del tejido social; describe el escenario donde descansa la base material y enjuicia la actuación de los protagonistas. En las buenas obras de ficción la trama nos atrapa y al final nos quedamos deseando que el libro nunca hubiera terminado. Los ensayos políticos sobre realidades del presente, si son efectivos, nos invitan a prestar más atención al objeto de estudio del autor. En este caso, ese objeto es una nación de incalculables riquezas naturales y humanas: esa Venezuela soñadora y violenta donde ahora mismo están ocurriendo acontecimientos que nadie pudo prever, pero que de una u otra manera son también fruto de lo que en este ensayo se vislumbra. Esa Venezuela quizás aun dueña de un *todavía* de esperanza. [●][●][●][●][●][●]

. 1 .

EL 31 DE julio de 2006, Fidel Castro dio a conocer el "Mensaje del Comandante en Jefe al pueblo de Cuba y a los amigos del mundo", donde anunciaba su delegación del poder en un equipo de altos dirigentes encabezados por su hermano Raúl.

Él andaba mal de salud y no podía seguir gobernando. Como todos los años, había dado su discurso en conmemoración del Asalto al Cuartel Moncada. Fueron dos discursos ese año. El primero, a las siete de la mañana, en Bayamo. El segundo en Holguín, en la inauguración del mayor sistema de grupos electrógenos del país. Y, al cerrar éste, no bajó del podio con paso muy seguro.

El "Mensaje del Comandante en Jefe al pueblo de Cuba y a los amigos del mundo" avisaba de una operación quirúrgica que lo obligaba a mantener reposo por varias semanas. No obstante, se permitía la sugerencia de que estaría completamente recuperado el 2 de diciembre, Día de las Fuerzas Armadas. Para entonces volvería a la tribuna, tomaría el hilo de sus discursos. Entretanto, su salud se convertía en secreto de Estado.

"En la situación específica de Cuba, debido a los planes del Imperio, mi estado de salud se convierte en un secreto de Estado que no puede estar divulgándose constantemente; y los compatriotas deben comprender eso".

Llegado diciembre, no pudo ser cumplida su promesa de restablecimiento. La operación inicial se había complicado, se había agravado su estado de salud. El equipo médico que siempre lo atendía fue relevado de sus tareas, y un cirujano español viajó a La Habana para supervisar el tratamiento. El secreto de su salud sólo era roto por algunas indiscreciones de Hugo Chávez que hablaban de lenta recuperación y de conversaciones telefónicas en las que el enfermo demostraba su lucidez de siempre.

villa marista en plata

. 2 .

La noche del miércoles 13 de diciembre de 2006, el programa de televisión "La Diferencia", conducido por el baladista y compositor de baladas Alfreddito Rodríguez, recibió como invitado al comandante Jorge "Papito" Serguera.

"La Diferencia" buscaba repetir el éxito de espacios anteriores en los que una figura popular conversaba de lo humano y lo divino con sus invitados, y colocaba aquí y allá algunos momentos musicales. La distinción a la que el título apelaba consistía en desmarcarse del resto de una programación en la que escaseaban las entrevistas que no fueran políticas, y donde cada vez resultaba más raro hallar orquestas y cantantes.

Pese a no encontrarse ya en su mejor momento, Alfreddito Rodríguez había sido sumamente popular. Le quedaba todavía el favor de un público femenino que sobrepasaba los cincuenta años. Y en ciertas zonas rurales, una fama bastante intacta. Era reconocida su muy particular imagen. Su insistencia en vestir traje y corbata podía hacerlo el perfecto anfitrión para un espacio televisivo con pretensiones de refinamiento.

El invitado principal de esa noche había tenido diversas ocupaciones: abogado, diplomático, comandante, dirigente de la cultura. Se había arriesgado a defender a un grupo de activistas revolucionarios en los tribunales de urgencia del régimen de Fulgencio Batista. Había sido capaz de interceder ante los jefes militares por el cadáver de Frank País, bajo las órdenes del cual había conspirado. Y, sumado a la tropa de Raúl Castro en la Sierra Maestra y triunfante la guerrilla, recibió el grado de comandante.

Vuelto a la abogacía en los primeros tiempos del nuevo régimen, dio sobradas muestras de celo en los tribunales revolucionarios. Por entonces acababa de establecerse la pena de muerte. Se habían suspendido el derecho de *habeas corpus* y otras garantías constitucionales. A él le correspondió dictar sentencias de muerte y largas condenas. De esas jornadas pueden consultarse las imágenes que tomara Joseph Scherschel, fotógrafo de la revista *Life*. Joven y barbudo de pie ante una mesa llena de micrófonos, Serguera funge como fiscal en el juicio del capitán Jesús Sosa Blanco, celebrado en la Ciudad Deportiva. Gesticula entre las gradas llenas de espectadores, como si se tratara de un partido deportivo. El juicio era televisado, devenía en espectáculo.

Fue jefe militar de la provincia de Matanzas. Embajador en Argelia, donde sirvió como pieza necesaria en los planes de exportar la revolución a todo el continente africano. Fue, según se estimara entonces, el embajador más joven de cualquier cuerpo diplomático. Hasta que la deposición del presidente argelino Ben Bella y, al parecer, una mayúscula torpeza diplomática cometida por él, lo devolvieron a La Habana, donde pasó a ocuparse de la dirección del Instituto Cubano de Radiodifusión.

Su desempeño en este nuevo puesto incluyó cierres de programas, prohibiciones de figuras conocidas, persecución a homosexuales, condena de la música extranjera... Una mención elogiosa de *The Beatles* hecha por Silvio Rodríguez le valió a éste la cancelación del programa que hasta entonces conducía. Jorge "Papito" Serguera fue el principal responsable de la censura en la televisión y la radio nacionales hasta 1973, fecha en que fue destituido.

Su vida desde entonces resultaba bastante recogida. Rentaba parte de su casa a turistas extranjeros a los que solía narrarles pedazos de su odisea. Porque a una existencia rica en episodios le había sucedido una larga temporada de tiempo libre para la rumia. Y llegó a escribir un libro acerca de sus años africanos, que publicó una editorial española sin merecer edición dentro de Cuba: *Che Guevara: la clave africana. Memorias de un comandante cubano, embajador en la Argelia postcolonial*.

Y tantos años después, el comandante Serguera, que aseguraba no haber pisado los estudios de televisión desde que lo retiraran de su jefatura allí, regresaba a ponerse ante las cámaras, a ser entrevistado en horario estelar por Alfredito Rodríguez.

El nombre del programa apareció escrito en la misma caligrafía que utilizan los reposteros y las invitaciones de fiestas de quince. Hileras de velones encendidos rodeaban al anfitrión y a su invitado. Los dos hablaron del pasado de modo general. Alfredito agradeció a Serguera que le hubiera pagado su primer sueldo de artista. A la pregunta de si estaba arrepentido de alguna decisión tomada, el invitado contestó que no.

En una entrevista de cinco años antes, había pedido disculpas por cualquier error cometido. Reconocía haber censurado a Silvio Rodríguez a propósito de su elogio de *The Beatles*, y admitía que él escuchaba al cuarteto inglés aún cuando estuviera prohibida su música. Tanto tiempo después, todavía los es-

cuchaba. Pero siempre que le preguntaran por una de sus prohibiciones podría achacarla al peligro de los tiempos que corrían, a los superiores que exigían el cumplimiento de tales medidas.

Era la Guerra Fría. Era la convicción en muchos comunistas de que el rock podía disminuir la fortaleza para entablar aquella guerra.

Antes que meterse en los laberintos de las responsabilidades, el conductor de "La Diferencia" prefirió preguntarle a su invitado por algunos gustos personales. Los boleros, reconoció el comandante Serguera. Le gustaban los boleros y Elvis Presley. Le gustaban las canciones de Paul McCartney. Le chiflaba el caviar. Sus gustos estaban a la altura del programa. Alfredito Rodríguez le pidió que cantara y el invitado le cumplió el deseo. Esa noche habían tenido en el estudio a todo un personaje.

El año terminó y, a los cinco días de correr enero, el espacio televisivo "Impronta" tuvo como protagonista a Luis Pavón. Fueron unos pocos minutos los que duraba el programa. "Impronta" se ocupaba de acercar a los televidentes a una figura de la cultura, el deporte, la educación, las ciencias. Los Premios Nacionales de Literatura ocupaban preferentemente aquel espacio.

Luis Pavón contaba con setenta y seis años y una obra literaria irrelevante. Según rezaba en la solapa de su primer libro de poemas, publicado en 1967, había sido tenedor de libros, maestro, vendedor ambulante, oficinista, mozo de limpieza, profesor de literatura, periodista y miembro de la Juventud Socialista. Nacido en Holguín, había sufrido detenciones durante la dictadura de Fulgencio Batista, contra la cual luchara clandestinamente.

En 1955 se graduó de abogado. Alcanzó el grado de teniente en el ejército revolucionario. Lo mismo que el comandante Serguera, aunque no en papel tan señero, participó en los tribunales de los primeros tiempos. A mediados de 1959 comenzó a trabajar como jefe de redacción de la revista *Verde Olivo*, publicación oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Llegó a dirigir esa revista, impartió clases de periodismo a militares. La publicación en las páginas de *Verde Olivo* de varios artículos firmados con el seudónimo de Leopoldo Ávila propiciaron el Caso Padilla. El seudónimo solía adjudicársele. Pudo no haber sido él, aunque con toda seguridad le correspondió la tarea de aprobar los artículos y conocía la identidad del verdadero autor.

Celebrado el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura en 1971, alcanzó a ser nombrado presidente del Consejo Nacional de Cultura. Sus decisiones llegaron a pesar tanto durante la primera mitad de los años setenta que, para referir esa época, fue acuñado el término *pavonato*.

Destituido en 1976, actuó como secretario de relaciones internacionales de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba durante algunos años. Continuó con su trabajo periodístico, sobre todo en la radio. Le premiaron un libro de poemas y una novela policial en certámenes de poca importancia, convocados por las Fuerzas Armadas. Y, pese a ese par de títulos publicados, se mantuvo en la sombra. De la que ahora venían a sacarlo cinco minutos de televisión dedicados a celebrar su carrera literaria, a festejar su importancia dentro de la cultura nacional.

En las pantallas de todos los televisores del país aparecieron fotografías suyas con los más altos dirigentes revolucionarios. Una voz en *off* leyó la dedicatoria que Ernesto "Che" Guevara le escribiera en un ejemplar de *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Y la cámara recorrió la portada de sus pocos libros publicados, las medallas y órdenes oficiales recibidas. La cámara se deleitó en su panoplia de comisario político.

Cualquier televidente avisado de quienes habían sido Luis Pavón y Jorge "Papito" Serguera pudo empezar a preguntarse si se trataba de una simple casualidad. En menos de un mes, luego de mucho tiempo de silencio, reaparecían en televisión dos comisarios políticos de los peores años. Se ponían ante las cámaras para hacer un recuento, para recordar la importancia de cuánto habían hecho. Serguera no tenía aún un libro publicado, pero Pavón hablaba de su trabajo de escritor.

Y a este par de entrevistas pudo sumarse una anterior, la de Armando Quesada en el programa "Diálogo abierto", en noviembre de 2006. Director de *El Caimán Barbudo* durante diez números de su segunda época, Quesada había trabajado en el Consejo Nacional de Cultura a las órdenes de Luis Pavón. Había sido el encargado de implantar purgas y censuras en el campo teatral. Y ninguna otra disciplina artística sufrió embestida mayor. Resultaban escalofriantes los testimonios de algunos viejos actores acerca de las noches de función en que decían sus papeles con el oído puesto en el silbato del cartero, a la espera del telegrama que terminaría con sus carreras.

No era entonces extraño pensar que la suma de aquellos tres programas de televisión arrojara una amenaza. Las mareas cambiantes que habían impuesto y cesado a esos comisarios políticos podían intentar un reflujó. Sus reparaciones coincidían con el apartamiento de Fidel Castro, en medio de las peores sospechas y pronósticos sobre su salud.

Jorge "Papito" Serguera había combatido en el Segundo Frente Oriental a las órdenes de Raúl Castro. Le había sido encomendada a él la misión de traer al campamento a Vilma Espín, con quien su jefe terminaría casándose. Y, en tanto director de la revista oficial de las Fuerzas Armadas, Luis Pavón respondía directamente a Raúl Castro. Ahora que éste tenía las riendas en sus manos, ¿le sacarían brillo a los viejos organigramas?

Muchos de los que miraban aterrados o incrédulos las pantallas de sus televisores habían logrado salir del castigo y retomar, mal que bien, sus vidas profesionales. Algunos ostentaban el mayor galardón artístico estatal, el Premio Nacional de sus respectivas disciplinas. La vida pública que volvieron a gozar, las reediciones y los premios, significaban para ellos una vuelta de página, el olvido imprescindible.

Les agradaba suponer que el daño estaba felizmente reparado. Se deslizaban por una vejez llena de honores públicos y de cariño estatal. Sus miedos se habían reducido a los de no alcanzar igual celebración que el resto de los colegas, eran los temores de la envidia. Pero los despertaba aún el sueño repetido de que venían a buscarlos. Tenían incorporado, sin podérselo borrar, el reflejo de encogerse ante cada movimiento brusco de los alrededores, una reacción propia de los perros que han sido apaleados.

Y ahí estaban, en un programa de televisión tras otro, los responsables. Ahí estaban quienes no habían sido castigados nunca, quienes no recibieron sanción, y regresaban indemnes, dispuestos a alardear de cuánto hicieron, empecinados en sus equivocaciones. Capaces de contestar, si les hubiese sido hecha la pregunta, que habrían procedido otra vez del mismo modo. Ahora que gobernaba el país su jefe de siempre, su comandante de tropa, venían a reclamar sus viejos puestos en la administración cultural. Tocaba el turno a los buenos subordinados, volvían a por el premio.

Estaba por romperse la frágil justicia donde las víctimas recibían los más altos galardones y nada trascendía de los ex-comisarios. Si aquella coincidencia de un programa y

de otro era orquestada y anunciaba los cambios venideros, habría que contrarrestarla de algún modo. Si, por el contrario, era pura espontaneidad en la que cada uno de ellos obra a su aire, o los tres en concilio sin respaldo oficial, quería decir entonces que se habían cansado de cumplir sus papeles de chivos expiatorios. Los antiguos comisarios políticos rompían el silencio convenido con ellos, se enorgullecían en televisión de sus currículos, y no pararían hasta poner en crisis la leyenda que culpaba a un puñado de funcionarios de la política de toda una época.



. 3 .

La aparición televisiva de Luis Pavón fue el detonador para que circularan entre escritores y artistas una serie de mensajes electrónicos con visos de polémica. La intranet proporcionada por las instituciones oficiales, una red cuidadosamente acotada, sirvió de vehículo para la crítica política. Se prestaron a ella incluso los escritores más laureados, quienes alardeaban de pertenecer al séquito del ministro de Cultura en los actos oficiales.

Muchas víctimas de esos años tenían a bien aceptar que gente como Pavón, Serguera y Quesada eran los responsables. No aspiraban a buscar responsabilidades más arriba. Se hacían creer que había sido una etapa excepcional que nunca volvería a repetirse. Y la destitución de los tres comisarios políticos y el olvido en que cayeron abonaban esa versión.

Los antiguos parametrados y censurados y detenidos habían establecido un pacto con la nueva administración de la cultura, gente demasiado joven como para haber estado comprometida en las malas políticas de antaño. Era un pacto no escrito, no dicho. Las antiguas víctimas recibían condecoraciones, premios, temporadas de vacaciones, viajes, mensualidades, aguinaldos, dignidad de maestros. El buen tratamiento oficial permitía olvidar las vejaciones, y permitía la fe en el sistema a quien fuera capaz de sostenerla todavía.

Sin embargo, la reaparición en la escena pública de esos antiguos comisarios, y nada menos que en el más extensivo medio, permitía sospechar que los malos tiempos no habían sido clausurados del todo. El asombro debió hacer que, en lugar de marcar un teléfono institucional, los antiguos afectados se comunicaran entre sí y recurrieran a los mensajes electrónicos dentro del gremio. Ese impulso pudo deberse a la estupefacción, a la necesidad de que les fuera confirmado lo insólito, a la investigación de si también en otros televisores se había visto lo mismo.

La manada amenazada se apretó, flanco con flanco. El tejido instantáneo creado por las comunicaciones no incluyó en un primer momento a dirigentes, por amigos que éstos fueran o se mostraran. El asunto atañía solamente a quienes corrían peligro. La velocidad del correo electrónico, su capacidad de trifurcaciones y cuatrifurcaciones, se avenía con el aturdimiento de la situación. El toque a rebato hallaba vehículo propicio.

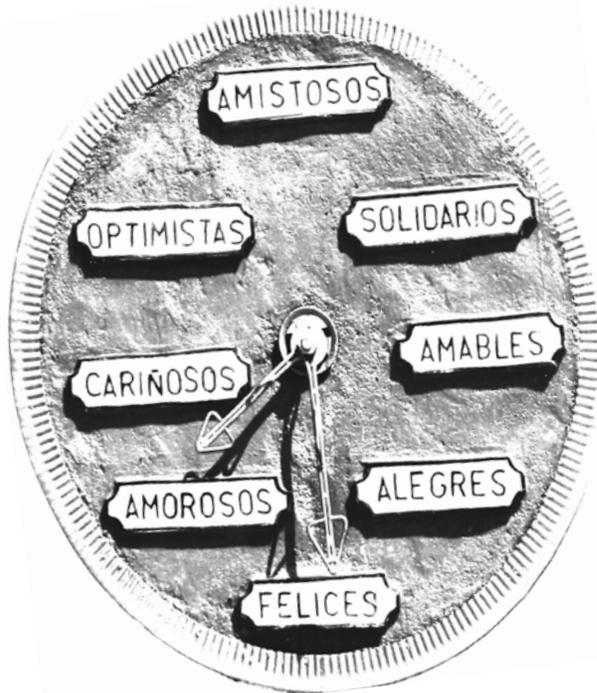
Los mensajes electrónicos conformaron un torbellino que giró y giró. Los listados de direcciones crecían exponencialmente. Lo que

empezara como un gesto de asombro compartido logró abrirse descontroladamente hasta dejar atrás los límites de la conveniencia. Saltaron las alarmas de una red relativamente calma. El flujo de opiniones exigió una aclaración oficial, pidió explicaciones. Dejó de atravesar los canales usuales, fundó una nueva manera.

La protesta constituía un reto para las autoridades. Se había amotinado la asamblea y no quedaba claro dónde poner la mesa desde donde dirigirla. Eran tantas las cuestiones planteadas, tan en racimo aparecían, que ni remotamente podrían contentarlas ninguna declaración oficial.

"Lo que realmente ha ocurrido", diagnosticó Reinaldo Escobar, "no es que un día se haya mencionado a alguien que merecía estar sepultado en el silencio, sino todo lo contrario; es que se ha callado demasiado, durante un tiempo desmedido y no solamente en el sector de la cultura". Quienes estudiaron luego el episodio hablarían de una "agenda de debate postergada".

Pronto los mensajes cruzados rebasaron el escándalo por la resurrección de unos esbirros para examinar las distintas modulaciones de ese escándalo. La discusión discutió sobre sí misma, se hizo crítica de la crítica. Y se ocupó de definir hasta dónde podía extenderse, de cuánta acción política era capaz.



"Él acostumbra a salir como los muertos fantasmales de vez en cuando, en lugares importantes para después desaparecer", avisó Ramiro Guerra de los hábitos de Luis Pavón.

Ramiro Guerra había tenido como maestros a Martha Graham, a Doris Humphrey, a José Limón, a la mexicana Elena Noriega, a Nina Verchínina, bailarina de los Ballets Rusos residente en La Habana. Verchínina le había enseñado, además de los rigores de la danza clásica, la libertad de los ejercicios en el suelo, de las clases sin barras. Guerra alcanzó a presentarse como bailarín de la compañía del coronel Basil en funciones en Río de Janeiro y New York. Su encuentro con Martha Graham resultó decisivo para su formación como bailarín moderno. Y, de regreso en Cuba, integró el Ballet de Alicia Alonso como coreógrafo y profesor. Se dedicó a estudiar la obra etnográfica de Fernando Ortiz y los ritos religiosos afrocubanos, a cuyas ceremonias solía asistir.

En 1959 creó la compañía Danza Moderna. Durante los sesenta floreció su trabajo como coreógrafo, que se vio interrumpido por los años en que Pavón y Quesada gobernaron la cultura. Entonces fue suspendida una obra suya en la que trabajara durante todo un año, *El Decálogo del Apocalipsis*.

El estreno estaba fijado para el 15 de abril de 1971. Las invitaciones habían sido impresas en un hermoso rojo vivo. Habían incurrido en enormes gastos de vestuario y de escenografía. Él y sus bailarines calculaban que la obra marcaría un hito en la danza contemporánea cubana. Durante dos horas el público seguiría el espectáculo a lo largo de todo el Teatro Nacional. La danza se apropiaría de múltiples espacios, incluidos los exteriores del teatro, frente a la Plaza de la Revolución. Los bailarines cantarían y declamarían textos. Lo sexual aparecería carnavalizado. Los vecinos de los alrededores del teatro, por esa época gente muy humilde, asistían con verdadera curiosidad a los preparativos.

Se conservaban fotografías del último ensayo. A partir del estreno suspendido, Ramiro Guerra tuvo prohibido bailar y crear coreografías. No podía visitar el Teatro Nacional. Maurice Béjart, que había asistido a una de sus sesiones de entrenamientos de bailarines y le sugirió que hiciera una obra a partir de ella, quedó espantado al conocer su caída en desgracia. En 1980, al aparecer el *Diccionario de la Literatura Cubana*, faltaba allí su nombre. No había mención de sus libros publicados sobre danza.

Su suerte, sin embargo, no fue tan adversa. Al menos a él continuaron pagándole, fue uno de los pocos a los que le correspondió presentarse cada mes en una fantasmagórica oficina del Consejo Nacional de Cultura que Pavón presidía. En los años ochenta volvieron a ofrecerle empleo como coreógrafo en el Conjunto Folclórico Nacional. Alcanzó a montar un espectáculo con música de Stravinsky para el Ballet de Camagüey. Lo hicieron Premio Nacional de la Danza, Premio Nacional de Enseñanza Artística, Premio Nacional de Investigaciones Culturales.

Un nuevo libro suyo, *Eros baila*, recibió el Premio Alejo Carpentier de Ensayo. Él aceptó presidir el Centro de Desarrollo de la Danza y dirigió la revista de dicha institución. Recibió el título de Doctor Honoris Causa en Danza. Casi veinte años después del estreno fallido de *El Decálogo del Apocalipsis*, dispuso a un grupo de bailarines en sillas de ruedas sobre un escenario en cuyo fondo aparecían proyectadas las únicas imágenes que sobrevivieran de aquel montaje, fotografías tomadas en el ensayo general. *De la memoria fragmentada*, dio como título a la pieza. Y, según testimonio de quienes asistieron a las funciones, no se desprendía de ella demasiada venganza. Tampoco nostalgia por las oportunidades perdidas.

Ramiro Guerra recordó una ocasión en la que se tropezara con Luis Pavón en los pasillos de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Fue seguramente en los años de Pavón como secretario de relaciones internacionales de la institución. El coreógrafo había recibido ya el perdón oficial, y buscó a la presidenta de la sección de Danza, la ballerina Aurora Bosch, para notificarle que no volvería a pisar esa sede mientras aquel ex-comisario político campeara por allí. Un buen día, Aurora Bosch le avisó que había pasado ya el peligro. Y ahora lo tenían ahí, burlándose de todos desde millones de pantallas.

Lo mismo que Ramiro Guerra, Sigfredo Ariel recurrió a las historias de fantasmas. "¿De verdad que alguien ha convocado en televisión, de cuerpo presente, al fantasma de Luis Pavón, mano verduga del peor período que ha atravesado la cultura de este país?"

La noticia no le habría extrañado en caso de ocurrir el día de los Santos Inocentes. Abelardo Estorino vio en pantalla la imagen de un anciano de cara agriada a quien, en primera instancia, no reconoció. El locutor mencionó su nombre y él se quedó sorprendido. "No sabía si existía o había muerto, hacía mucho

tiempo que nadie pronunciaba su nombre, todos lo habíamos olvidado".

Gran parte de los primeros mensajes electrónicos cruzados insistieron en la naturaleza de muertos vivientes de Pavón, Serguera y Quesada. Gente de disciplinas y generaciones distintas como Belkis Vega, Norge Espinosa y Esteban Morales los trataron de cadáveres resurrectos. Morales, que había sido decano de la Facultad de Humanidades, advirtió: "debemos estar alertas, porque son precisamente los momentos que por estos meses estamos viviendo, los que se prestan para las revanchas, el desempolvo de cadáveres y la apertura de tumbas".

Desde la ciudad alemana de Colonia, Jorge Luis Arzola envió unas líneas. "Está claro que los Pavones y los Sergueras, como los zombies, son bestias fáciles de resucitar porque nunca fueron enterradas". Puesto a explicar la situación en clave de novela gótica, continuó: "como los vampiros, pertenecen a un vampiro mayor o al mismísimo Señor de las Tinieblas, que es en definitiva quien manda o quien hace que corra la sangre de los inocentes".

Zenaida Romeu calificó de fósil a Armando Quesada. Antón Arrufat compuso una dramática descripción de Luis Pavón. "Allí estaba, sin duda, quien durante cinco largos y estériles años, presidió la institución rectora de nuestra cultura, desde su alta torre del Palacio del Segundo Cabo, frente a la Plaza de Armas". "Allí estaba hablando como si nada hubiera ocurrido, lavado por arte del ocultamiento de toda responsabilidad con su conducta de aquellos años. Ni el texto encomiástico que un locutor leía, en el que las víctimas televisivas se enteraron por primera vez de su importancia como poeta, ni las incoherencias musitadas del entrevistado realizaron alguna referencia, ni por un segundo, al pasado ominoso de quien presidió durante esos cinco años el Consejo Nacional de Cultura".

Arrufat había sido una de esas víctimas televisivas. Le debía a Pavón, autor o editor, los furibundos ataques contra su pieza teatral *Los siete contra Tebas*, que contribuyeron decisivamente a su ostracismo. Su nombre fue tachado en redacciones y editoriales, desaparecieron sus volúmenes publicados. Lo mandaron a una biblioteca municipal a hacer labores de limpieza y de carga. Le tocó comprobar la fragilidad de algunas amistades. Y cuarenta años después, *Los siete contra Tebas* seguía sin estrenarse, pese a la reedición del texto.

Su castigo duró hasta 1981. Merecedor del Premio Nacional de Literatura en 2000, en

su discurso de agradecimiento aludió a los años de ostracismo. El orgullo por el galardón, la confianza de que al fin se hacía justicia con él, lograron que no se demorara en aquel punto. Pero dejó claro que esas reparaciones habían sido posibles gracias a un relevo de la dirigencia, gracias a que los malvados habían sido apartados de las oficinas.

"Allí estaba", prosiguió su retrato de Pavón, "vestido de blanco, el gran parametrador de importantes artistas, [...] el que los persiguió y expulsó de sus trabajos, el que los llevó ante los tribunales laborales, los despojó de sus salarios y de sus puestos, quien los condenó al ostracismo y al vilipendio social, quien pobló sus sueños con las más atroces pesadillas, el que anuló la danza nacional, mutiló funciones del Guiñol, quien llevó al exilio a artistas dispuestos a trabajar en su país y dentro de su cultura, quien persiguió a pintores y escultores despojándolos de sus cátedras y de la posibilidad de exponer sus obras, el gran censor de músicos y trovadores, allí estaba quien enseñó a los artistas cubanos un ejercicio apenas practicado en nuestra historia, el de la autocensura, inventor y propiciador de la mediocridad que llenó todo su período con obras que hoy felizmente a nadie le interesa recordar". Impronta, en una de sus acepciones, era el proceso de aprendizaje de reacciones en los animales jóvenes. A juicio de Arrufat, Luis Pavón había enseñado a artistas y escritores a censurarse a sí mismos.

Desiderio Navarro tuvo a bien preguntarse por la impronta de Pavón en la cultura nacional. ¿Acaso era la que habían querido reafirmar en el programa televisivo? "¿O es otra, que dañó irreversiblemente las vidas de grandes y menos grandes creadores de la cultura cubana, *parametrados* de uno u otro modo, que impidió la creación de muchos espectáculos artísticos y la divulgación de muchas obras literarias y plásticas en Cuba y en el extranjero, que nos privó para siempre de innumerables obras a causa de la casi inevitable autocensura forzada que siguió a los ubérrimos 60, que llenó todo un período con una pésima producción literaria y artística nacional, hoy justamente olvidada hasta por sus propios ensalzadores y premiadores de antaño, que nos inundó con lo peor de las culturas contemporáneas de los países de la Europa del Este, privándonos del conocimiento de lo más creativo y profundo de éstas, que a la corta o a la larga condicionó el resentimiento y hasta la emigración de muchos de aquellos creadores no revolucionarios, pero no contrarrevolucionarios,

cuya alarma había tratado de disipar Fidel en *Palabras a los intelectuales*?, que creó e inculcó estilos y mecanismos de dirección y trabajo cultural neozhdanovianos que ha costado décadas erradicar, de tan *normales* que llegaron a hacerse? ¿Acaso somos realmente un país de tan poca memoria que no recordamos ya la penosa situación a la que fueron reducidas nuestras instituciones culturales por obra del Consejo Nacional de Cultura, situación que el humor cubano captó por entonces en aquel trío de refranes parodiados: 'El que no oye al Consejo, no llega a viejo', 'En la Unión no está la fuerza' y 'En Casa de las Américas, cuchillo de palo'?"

Ocupado como estaba en la filmación de una película, a Enrique Pineda Barnet le llegaron noticias de esos programas televisivos. "He vuelto a tener insomnios", confesó. "Estoy entre pesadillas de amigos vapuleados, del Guignol asesinado, de los perseguidos, los huidos, los aterrados, de los teléfonos con frases entrecortadas, documentos inocentes quemados u ocultados, poemas perdidos y sueños mutilados. Reaparecen palabras, signos, como quemaduras marcadas en la piel: parametración, UMAP, censura, condena, Consejo, brujas, Pavón, Quesada, y sus herencias en los mítines de repudio o sus consecuencias, congresos... y etcéteras".

Regresaban los viejos episodios. Emilio Hernández Valdés recordó a la actriz del Guiñol Carucha Camejo, sentada en el portal de su casa de Fontanar, casi perdida la razón por su carrera terminada, por los títeres enviados al basurero de Cayo Cruz. Recordó la angustia y el miedo de la pianista Ivette Hernández, con quien Armando Quesada se ensañara especialmente.

Los mensajes cruzados podían pasar de las quejas y las lamentaciones a una revisión razonada de aquellos años. Esther Suárez Durán avisó de un estudio hecho por ella a fines de los ochenta, todavía inédito, que rastreaba la frecuencia y el ritmo de terminación de textos entre los dramaturgos. En esa investigación había detectado una zona de silencio que iba del año 1965 hasta el 1976, en la cual sus entrevistados no conseguían declarar escritura de texto nuevo o representación de obra suya. Once años de silencio para mucha gente.

"No podremos saber qué hubiera sido la escena del setenta, heredera del estallido de audacia, innovación, originalidad de los sesenta, si su orgánico desarrollo no hubiera sido cercenado en sus albores, del mismo modo que nos perdimos la obra futura que se anun-

ciaba en las creaciones de Estorino, Tomás González, René Santana o José Milián hasta el inicio de los setenta, entre tantos otros donde puedo sumar, no sólo escritores teatrales sino también, diseñadores y músicos de teatro, directores y actores".

La reaparición de los ex-comisarios rompía el acuerdo de silencio establecido, dentro del cual las víctimas no se dignaban a publicar sus listas de daños y perjuicios. El regreso de los responsables más visibles de aquellas atrocidades, concertado desde arriba o no, inclinaba a los recuentos callados hasta entonces.

Gerardo Fullea León justificó esa ola de confesionalidad. "No es hora de temor, o de silencio sino de unidad para evitar cualquier intento de retrotraer los tiempos y que la historia intente repetirse. La caja de Pandora la abrieron ellos y son quienes deben temer a nuestro dolor, excusarse ante nuestras cicatrices y callar".



Así contó su caso Ivette Vian: "Yo tenía 23 años. Y estuve 12 parametrada, congelada. Me quitaron mi carnet de la UNEAC y de la UPEC. Trabajé 4 años como asistente en el círculo infantil Káster y 8 años en la construcción. En ambos lugares conocí gente formidable, aprendí mucho y encontré la felicidad, a pesar de todo. Nunca pensé que podría publicar nada más, pero me inquietaba la idea. No entendía bien qué me había pasado ni qué pasaba en el gobierno de mi país. Pero no guardaba rencor (aunque nunca pude volver a saludar a Ricardo García Pampín, ni pude volver a ser amiga de David García Gonce, ambos altos traidores) y siempre estuve y estoy dispuesta al perdón".

Le horrorizaba la posibilidad de que fueran a volver aquellos tiempos. Se preguntaba si, luego de cuarenta años, todavía les faltaba atravesar mayores pruebas. "Me quedé en Cuba por amor. Toda mi familia se ha ido. Los he perdido a casi todos. Sobre todo por esta razón me uno a los que quieren impedir un regreso a la sombra".

Zenaida Romeu habló de sus años de estudiante durante las purgas. "Los jóvenes no podíamos estar en grupo en una esquina. Ni hablar de las sayas, con las directoras en las puertas con las tijeras, los pelados a los varones que usaban cerquillo, la 'fiana' en la puerta si nos veían con una placa conseguida de los Beatles. Mucho Mozambique... porque el Jazz, era la música del enemigo".

Peinados, longitud de la saya, música a escuchar, reuniones: todo estaba parametrado. Vivencias muy parecidas contaba Belkis Vega. "No olvidaré jamás la impresión de casi conspiración que una sentía cuando leía a Lezama o a Dulce María, el recuerdo triste de encontrar a Cintio Vitier y a Fina García Marruz cumpliendo horarios en un cubículo de la Biblioteca Nacional, el exponerte a que te encasillaran como diversionista ideológica porque te gustaran los Beatles y no el Casino o el Mozambique, la posibilidad de que a tus amigos les cortaran el pelo en medio de la calle o a ti te bajaran el dobladillo de la saya para poder entrar en la escuela".

Ahora, pasadas varias décadas, los parametradores quedaban a tiro de sus antiguas víctimas. Podían ser descritos, enjuiciados. Antón Arrufat se ocupó de juzgar la poca desenvoltura de Luis Pavón ante las cámaras, su falta de determinación. "Con voz casi inaudible y manos vacilantes, el televidente creyó oír que 'asesoraba' no supo bien qué institución o qué editorial".

Arrufat insistió en su escasa voz de mando. "Allí estaba alguien que, con una voccecita en apariencia inofensiva, creó e inculcó en el trabajo cultural, como observa con justicia Desiderio Navarro: estilos y mecanismos de dirección que ha costado décadas erradicar".

El temible parametrador Luis Pavón era incapaz de pasar la prueba de unos sencillos parámetros. También Reynaldo González hizo notar lo débil de su voz. "Yo solamente vi un desfile de condecoraciones y cartulinas, que constituyen su herencia. Inmediatamente él, que hablaba con una voz de vieja fatigada". Y comparó al televisado Pavón con la protagonista de la pieza teatral de James M. Barrie, *La vieja dama muestra sus medallas*.

Abilio Estévez, que había acompañado a Virgilio Piñera en su ostracismo, condenó a los antiguos comisarios desde Barcelona. "En mi ingenuidad, pensé que esas fantasma (no por tristes menos peligrosas) no reaparecían nunca más". Los homófobos de ayer eran tratados como fantasmas maricones.

Arrufat valoró a Luis Pavón como "uno de los personajes más execrables, incluidos los tiempos coloniales y neocoloniales, de la historia de la cultura cubana". Sin abandonar ciertos énfasis de su literatura, denunció "la inmensa ciudad de sus víctimas". Según él, cientos de ellas habían corrido al teléfono una vez terminado el programa, para contarse el horror. "Quizás para un filósofo determinista, Pavón no es responsable absoluto de sus acciones al frente del Consejo", teorizó. "Es en cierta y oscura medida una víctima posterior del pavonato, que él mismo instrumentó. En tal observación se encuentra una parte de verdad. Como en la teología católica las estrellas inclinan pero no fuerzan el albedrío, en las modernas doctrinas sociales las circunstancias, el complicado tejido de la sociedad de una época, inclinan también, como nuevas estrellas terrenales, pero no fuerzan el albedrío. De acuerdo con la libertad humana, aún en las condiciones más férreas, puede el hombre negarse, discutir, proponer soluciones diversas, influir, o al menos no excederse en la violencia. Tal vez el hecho de que Pavón se excediera, propicia en sus víctimas explicaciones ya de carácter psicológico. Hay deseos, placeres, fobias, envidias que contaminan cualquier decisión en apariencia imposible de no cumplir".

Quienes siguieron cada palabra y movimiento del entrevistado, aquellos que sabían de qué trataba en verdad aquella entrevista, no sólo pedían explicaciones, sino que las buscaban por su cuenta. Teología, determinismo,

teorías sociales, psicologismos: habría que recurrir a diversas disciplinas. Tres décadas antes, aquellos hombres los habían negado a ellos, televidentes al borde de sus asientos. Ahora era el turno de ocuparse de esos tres individuos, pero con muy distinta negación a la que los viejos parametradores prodigarán. Pues, en tanto intelectuales, deberían hacer por comprenderlos. Por comprender qué había pasado.

Los amagos de explicación propuestos por Antón Arrufat consideraban la hipótesis de que Pavón había sido víctima del pavonato, de las propias instrucciones impuestas por él en tanto presidente del Consejo Nacional de Cultura. Tal hipótesis suponía una maquinaria en marcha pese a la destitución de su artífice principal. Y, de tomarla a pie juntillas, no valía la pena exculpar aquellos años como si de un período de excepción se tratara. Porque no constituían salvedad alguna. Aquello que achacaban a unos cuantos aberrados era el normal funcionamiento de un sistema. El propio sistema era la aberración.

Una anécdota contada por Arrufat habla de la creencia de los comisarios políticos en sus restauraciones. "Cuando comenzó la rehabilitación de los artistas y escritores que Luis Pavón Tamayo intentó aniquilar para siempre, y la política cultural entró en el período de las revolucionarias rectificaciones, y las víctimas del pavonato fueron reconocidas en su valor como creadores, el viejo ex-presidente se acercó a uno de sus amigos para advertirle, con parecidas palabras a éstas: *no te comprometas demasiado con esos que ahora son Premios Nacionales, pronto a todo esto se le dará marcha atrás*".

"Extraño pensamiento en un marxista declarado", dedujo Antón Arrufat, "concebir el tiempo histórico como un eterno retorno".

Un atisbo de ese mismo raro pensamiento debió tener Enrique Colina, en un mensaje posterior, al explicar los ritmos de prohibiciones y liberalizaciones como "ciclos de rectificación oficial de políticas también oficiales".

Entendida de este modo, la política cultural revolucionaria incluía lo mismo el nombramiento de figuras represoras que sus destituciones. Lo mismo la censura que los galardones. Y no valía la pena diferenciarla en equivocaciones y en aciertos. Pues ningún acto, aún el más terrible, quedaba fuera de ella. {V}

Fragmentos del libro: *Villa Marista en plata. Artes, política, nuevas tecnologías* (Colibrí, Madrid, 2010).

N N N N

E E E E

P P P P

Ó Ó Ó Ó

El obrero

No seré hormiga muerta en la arena de mi calle, donde los obreros luchan la madera de su casa. La arena será la mezcla del hotel o de la casa que lucha el obrero. No seré la hormiga muerta por un ciclista. El ciclista será un asesino que nunca cumplirá su condena. Irá entretenido pensando en la casa que ve construir. Que sería bueno si fuera su casa la casa del obrero. Pisa a la hormiga. Yo. Y no quedo en su goma vieja de *bicicle* abandonada. Quedo en la arena de playa como una hormiga insignificante. Podré ser una hormiga muerta. Estaré en una de las paredes que el obrero luchó para su casa. Pero no quiero ser hormiga muerta en la pared del obrero.

N N N N

U U U U

R R R R

Ə Ə Ə Ə

I I I I

S S S S

Y Y Y Y

I I I I

E E E E

Denegados

Viajes, remesas familiares. Eso tiene un nombre apócrifo o narcótico. Pasaporte. Seguro de vida. Sello de diez pesos convertibles. Agencia DHL si olvidas los papeles necesarios. Fotocopias recientes de las páginas uno y dos. Cuños sin discurso del por qué se viaja a otro minuto de vida. Perfume y cascarilla debajo del zapato. Flores amarillas y azules para cruzar el mar. Cruz en la espalda por si ese día coges el virus de la demencia. Demencia no es viajar sin seguro de vida hacia lo desconocido. Demencia es vivir sin viajar con seguro de vida hacia lo desconocido. Viajes, remesas familiares. No se tira la muchacha debajo del camión con papeles que dicen *Denegado*. Se tira en una balsa hecha de corcho y cámaras del camión. Luego aparece su rostro en los arrecifes. Muchacha que sueña con viajes y remesas familiares. Hoy yace con mordiscos de peces salvajes en la bahía.

I I I I

Y Y Y Y

S S S S

I I I I

Q Q Q Q

El Faro

Ayer fuimos amantes apacibles. Tiernos amantes apacibles como ninguno en esta época. Vuelvo de entre las esquirlas de mi cuerpo, del mar y su ventisca que insiste en atrapar mi duelo hacia la noche. Pude fabricarle al niño un barco de papel que se desmorona con la lluvia. Pero insisto y el barco de papel no se hunde. La arena soporta todo el tiempo mi espera. Cuerpo lastimado e indemne. Vuelvo desde las monedas que alguien guarda. En mi isla han puesto nuevas estatuas que roen el devenir, el credo y la distancia de alguien que huye, el tiempo miserable que pasa.

R R R R

U U U U

N N N N

P P P P

Ə Ə Ə Ə

N N N N



Seguiremos siendo los amantes apacibles de toda una ciudad. Alguien hace estatuas por placer. Sentada en la arena me despido de los amigos que no han llegado. Por esa forma de disecar sus cuerpos, de desnutrirlo todo es que me confundo. Me escondo y miro sus tatuajes de los ochenta. Amigos míos. Cada noche que escapas de la isla viene siendo la misma en Nueva York o La Habana. No a las estatuas. No al mar que come de tus piernas. Seguiremos sentados sobre el muro. Seguiremos siendo los amantes apacibles. Tus besos han renovado mis escamas y pude fabricarle al niño un barco de papel. Barco de papel que se desmorona con la lluvia. Pero insisto y el barco de papel no se hunde.



La mesa

Uno percibe el grano de maíz sobre la mesa. Percibe la cebolla que impulsa lágrimas de cocodrilo sobre la mesa. La carne de comer sobre la mesa se vuelve flaca en la sartén. Carne traída del buey muerto entre los rieles. Pasa un leñador. Ha muerto un buey en una de las curvas. Uno percibe el grano de maíz sobre la mesa. Percibe la cebolla que impulsa lágrimas de cocodrilo sobre la mesa. No ha muerto nadie. La carne de comer sobre la mesa desaparece.



Máscaras

A la puerta de los arrecifes puntiagudos está la ciudad. Yo sentada en los arrecifes puntiagudos pensando cómo hacer con esta máscara pensante mientras el polvo se sube a los muebles comiéndoles el brillo. Odio el polvo. Las máscaras pensantes son pocas. A las puertas de los arrecifes puntiagudos está la ciudad. Yo sentada con la máscara puesta. No hay otra salida. El polvo entra por doquier.



Dicen

Algunos dicen que el pozo está sediento. Que alguien forzado de cerebro vocifera sacrificios por la tierra del ángel. No se evaporen los manteles bordados por mi abuela en el ayer. Una banderita bordea la bahía en la mano de un niño. Algunos dicen que el pozo está sediento y que alguien forzado de cerebro irá recogiendo tumbas marcadas. No se evaporen los manteles bordados por mi abuela en el ayer. Estamos en el pozo.



1

De repente desaparecían. Seguramente adivinaban la desmenuzada blancura de la nieve y la compacta transparencia del hielo. Acaso se escondían de los copos refractivos y de la avasallante luz atrapada en la congelación. Abandonaban los árboles, las torres, los campanarios, el cielo. Una ausencia no por repetida menos inexplicable. Así durante siglos. Durante milenios. Las golondrinas y otras avecillas invernanaban en el fondo de los estanques, arrojándose en el limo informe o bajo la corteza de los árboles. Eso según Aristóteles. Otros sabios diferían, desde luego. No se trataba de una prolongada hibernación sino de una súbita y a veces sutil metamorfosis: la corneja era el grajo arisco a las nevadas; el azor, por su vuelo y su plumaje, tan similares, apenas disimulaba al cuclillo disfrazado para el intenso frío. Más empíreo que empírico, Gereford opinaba que las aves de paso cumplían el invierno en la luna. A pesar de su desastrosa hipótesis, Gereford no era lunático sino obispo: el supuesto refugio acercaba su imaginación a la esfera de los ángeles, no al asilo de los locos (1).

No deben extrañar tales hipótesis. Las teorías de los ignorantes, por lo general osadas y lógicamente comparadas con mayor vehemencia que las de los sabios, sumarían aún más desconcertantes apuestas. La ausencia, como los sueños, suele provocar diversas y a veces insólitas interpretaciones. El esplendor de algún acierto también merece asombro. Sabemos cómo Uccello suplía la carencia de los pajaritos que tanto amaba y no podía comprar. Debe su nombre precisamente a las

numerosas imágenes con que engañaba —casi enjaulaba— esa carencia. Pero en La batalla de San Romano, tal vez su obra más célebre, este obsesivo retratista de pájaros no incluyó ninguno. Esa doble ausencia —la del ave, la de su imagen— tiene según Calvino una sola explicación: el estrépito de las armas.

O h o r i z o n t e s
 C t a v i o a r m a n d e
 p j u g u e t e

2

Freud se atrevió a hacer una ciencia a partir de los sueños, esa aparente ausencia de realidad. Sin duda merece ser reconocido como pionero de la teoría del caos. Tan atrevido como el psicoanalista vienés, Calvino —el ítalo, no el ginebrino— le concede graciosamente realidad a la ausencia para luego interpretarla. A esa audacia debemos *Las ciudades invisibles*. Supongo sin embargo que cada niño, todos los niños son capaces de semejante hazaña. La interpretación de ausencias, innata, filogenética, solo se pierde con los años. Eso que algunos llaman la madurez. Pues quien ha sido niño, y tiene la dicha de no olvidarlo, aunque lo ignore ha sido Freud y ha sido Calvino; y a la sombra del maravilloso árbol de la infancia, quizá aún sepa deconstruir sueños y construir ciudades invisibles. Castillos de arena, castillos en el aire, castillos de sal si puedes.

Recuerdo la fascinación que tuve, y que nunca he perdido, por los caracoles. Fascinación que en este mismo instante renace al observar las espirales ascendentes del habano. La realidad toda se agolpa, se endurece, satinada y calcárea, alrededor del tornillo de humo. Las espirales penetran en la ausencia, la ahuecan, la retuercen, hasta que el horizonte todo, óseo, pétreo, aguarda vigilante como una ciudad amurallada, para que el mar resuene en la orilla impenetrable y por breves puentes el laberinto del oído se remonte a otros laberintos. Desde la soterrada arquitectura de Creta al vuelo de Ícaro, el Minotauro y su implacable asesino, el palacio y su ruina, escrituras lineales pero indescifrables, Minos y su también astado rival, Pasi-

fae y su astuto alcahuete, las alas enceradas y la caída derrotada, que nos devuelven al mar que tenemos en la mano, pegado al oído, todo eso está en las espirales de caracol ahora instantáneas, evanescentes, pero que pudieran tener otra duración, otro infinito, si el humo lo palpásemos en una amonita metalizada. El imán del vacío, del sueño, de nuestra muerte ajena y las incesantes resurrecciones como de ola y salitre encrespado, nos ofrece el titileo de su lomo para cabalgar ausencias. Nos alejamos *in situ*, en la firmeza de una estalagmita el vértigo nos arroja como aerolitos o murciélagos.

3

Una noche de verano descubrí que el horizonte me podía servir de trampolín. Ni siquiera necesitaba un cohete para hundirme, astronauta nato, entre las constelaciones. De día me preguntaba dónde se encontraban esos dos azules inmensos que llamaban mar y cielo. Uno lo tenía a mis pies. El otro, por mucho que me empinara, no lo podía alcanzar. Quizá, me decía, si Alfonso me llevara en el bote de remos hacia allá, lejos, el misterio se resolvería en una gota de agua. O en una aspiración. ¿Pero me darían permiso para emprender la aventura? ¿Acaso Alfonso se atrevería a llevarme sin la autorización de don Luis o doña Julia? La noche me dio una respuesta vertical. En la oscuridad el horizonte desaparece, o es otro, y solo está arriba. En realidad primero hay que aprender a borrarlo, a desaparecerlo, pues los faroles Coleman, encendidos a pulso a ras del crepúsculo, hasta la poca luna untada a las olas, recuerdan que existe, que podemos agarrarlo, y enton-

ces, cero juego. Yo me empinaba sobre la punta de los pies, arqueaba la espalda como para disparar una flecha, la cabeza volteada hacia arriba y hacia atrás, casi apuntada sobre el pelín de la nuca, así me sostenía hasta perder completamente el plano horizontal. Solo existían la oscuridad, algunas estrellas y yo. Me zumbaba la cabeza, me daba vueltas. Estaba a punto de cosechar los extraños frutos de mi ejercicio de ausencia. Entonces, de repente, caía. Pero caía hacia arriba. Aunque una y otra vez aplastara a la arena, caía hacia arriba. Así hasta que el leve mareo se acostumbraba al ritual y me vencía. Un vértigo de juguete me enseñó a precisar cuando uno cae para abajo. Porque uno también puede caer para arriba. La paradoja o el pleonasma son faltas de ausencia. Vanas interpretaciones.

4

El matemático puede ser tan doloroso como el renal. La etimología en este caso tiene una profundidad literalmente geológica. Pues la palabra deriva del latín *calculus*: "guijarrero", "piedra empleada para enseñar a los niños a contar", "tanto", "ficha", "cuenta". Obvio el puente entre el grupo de ciencias que tratan de las cantidades, las magnitudes, las formas, y sus relaciones por medio de números y símbolos, y la martirizante nostalgia geológica del riñón. Obvio también el puente construido por las piedrecillas no lanzadas sino contadas una a una por los niños y el cálculo. Obvio pero asombroso. Que una ciencia volcada a las espirales de la abstracción sea definida como concretísima aunque diminutiva piedrecilla resulta extraño. Hay que te-

ner riñones para semejante albañilería. Sumo a esa extrañeza otras que se me revelaron cuando trataba de aprender cálculo. Corrían años en que yo solo aprendía otra cosa. Escrita la frase, me detengo: los años solo corren cuando uno ya tiene demasiados, y entonces yo era un joven universitario, aprendiz, como ahora, de otra cosa. Pero sigo, corro. Estudiaba Historia y aprendía otra cosa. Estudiaba Filosofía y aprendía otra cosa. Estudiaba Química y aprendía otra cosa. Estudiaba Cálculo y por supuesto aprendía otra cosa. ¿Qué aprendía? Creo que poesía. La materia que gustosamente arrastraré hasta el fin de mis días. De la teoría del límite colegí mis propias y enormes, casi infinitas, limitaciones. Y como es lógico de una frase de Wittgenstein algo de poesía. La frase me hechizó, se me ocurre que por haber contado con piedras: "Los límites de mi lenguaje representan los límites de mi mundo". Gracias al cálculo, pues, algo de Wittgenstein y lo poco que sé de alemán, que es esa frase suya, inigualable para seducir a una alemana. Es la única que he aprendido en ese idioma repleto de mayúsculas. Única pero perfecta. Por la analítica de Wittgenstein sin duda. Pero también por mi alemán de esmerada, casi lírica estirpe. Pues desde hace décadas la pronuncio perfectamente. O casi. Escuchen: *Die Grenzen meiner Sprache bedeuten die Grenzen meiner Welt*. Así me sedujeron el laberinto y así pronunciaré este puñado de palabras hasta el límite de mis decrecientes días: unas en cursiva y otras en redonda. Unas de cal y otras de arena. Con ellas he podido engañar hasta un par de alemanas. Y es que me las

pronunció al oído, lenta y mil veces, un bello caracol: Gabriele Störmer, que afortunadamente no era celosa pero sí teutona. Con U.

Si la teoría del límite me permitió llegar tan lejos como para tropezar con mis propias limitaciones, el cálculo infinitesimal me facilitó otro raro aprendizaje. Primero, lo poco que recuerdo de esa piedrecilla, que es casi todo lo que aprendí. El área del círculo, imposible de cazar con exactitud, puede rendirse a este tratamiento matemático que algo debe, lo juro, a la cirugía. Se trata de reducir lo no mensurable a su mínima expresión, que es como cortar el vacío para que ocupe menos espacio en el restante pero cada vez mayor vacío que crece por esa reducción. ¿Entendido?

Pero acercarse al cero como límite a mí me enseñó otra cosa. Lógicamente. En aquellos años que corrían lentamente, yo aún no había superado una crisis que todavía me supera. Yo era un quiero escribir pero me sale espuma. Quería ser capaz de algún absoluto. Y expresarlo cabalmente, aunque solo fuera irrefrenable y espumosa insuficiencia. ¿Pero cómo hacerlo con el lenguaje, lleno de trampas en que yo mismo caía, amén de mis lectores, que eran, como ahora, Luis y dos o tres amigos? ¿Cómo decir siquiera una mínima verdad con tantas mentiras? Escribir es cubrir, hablar es mentir, se repetía aquel tardío adolescente que sigo siendo. ¿Qué hacer? Hallé una solución oblicua. No en un poema sino en el cálculo infinitesimal. Ante la imposibilidad de expresar absolutamente el área del círculo, diana para rigurosos cazadores, el matemático crea una ciencia que

e e e
 t t t
 ue e ue e ue e
 g gt gt gt gt
 ju ue g ju ue gt ju ue gt ju ue t
 g ju e gt ju ue gt ju ue t e e
 u u u ue ue ue ue ue ue ue ue
 j j j ju ue gt ju ue t e e
 g ju e gt ju ue gt ju ue t e e
 u u u ue ue ue ue ue ue ue ue
 j j j ju ue gt ju ue t e e
 g ju e gt ju ue gt ju ue t e e
 u u u ue ue ue ue ue ue ue ue
 j j j ju ue gt ju ue t e e
 g ju e gt ju ue gt ju ue t e e

la expresa al límite. Esa expresión límite, esa orilla del cero, me enseñó que si bien era imposible decir la verdad, sí era posible mentir menos. Mentir menos hasta que de la imposible verdad no dijera sino el cero como límite.

Hay unos versos capaces de resolver de una vez por todas la paradoja de la verdad en el poema. Solo que yo primero los intuí y luego los comprendí en alguna ecuación: *Beauty is truth, truth beauty, —that is all/ Ye know on earth, and all ye need to know.* Gracias a esa ecuación y a John Keats la belleza del círculo, soberbia y hechizante como la piel que ciertas noches regalan, y su área tan indescifrable como el disco de Festo, han estado al alcance de la mano, como un caracol. Gracias a una ciencia olvidada y a un inglés muy presente, y que pronuncio aún mejor que los límites de mi lenguaje, como el mar que retumba entre espirales, le he dado vueltas al impalpable círculo como a una urna griega. Acaso así he sido Euclides; y alguna que otra vez he podido interpretar el crecimiento en espiral de una ausencia. ¿La tuya o la mía?

5

Mi vida fue escrita por Lichtenberg de un solo tajo: "Un cuchillo sin hoja que no tiene mango". La vivió Gerónimo, aquel apache perdido en el viento. Audaz e invisible, estaba en cualquier sitio y en dos o tres sitios a la vez. Porque el viento no tiene fronteras. Tampoco la poesía. Mis poemas, escritos humildemente por Scardanelli para el humilde y demente Hölderlin, registran un notable desprecio por la historia y sus presu- midos calendarios. Soy más puntual que los reyes de Inglaterra pero me gusta ese desprecio arqueológico, casi geológico, por las fechas. El italiano le regaló una pizca de Mediterráneo a Hölderlin. También un poco de pasado y así, de paso, la inmortalidad de la locura, que es la fama. Hay poemas fechados el 24 de mayo de 1748 posteriores a otro del 24 de abril de 1849 que a su vez es anterior a *El invierno* del 24 de enero del 76. Pero de 1676. Lo que importa es el 24. Lo demás, diría Verlaine, es literatura.

¿Dónde queda el *hic et nunc* en todo esto? Habría que preguntárselo a un ave migratoria como Hölderlin. Durante su larga temporada en el invierno no se refugió en un lodoso estanque ni en la misericordiosa luna. Se refugió en la poesía, en la locura y por metamorfosis en Scardanelli. "No quiero caer de mi cielo", dijo. Así habla el filo de un cuchillo y el oscuro anhelo de un pez volador. Zaratustra y Altazor algo le deben a su perfección sin reproche y su despejada lejanía.

6

El desorden casi genético, monstruoso, el caos de un volumen nada geométrico, la algarabía unánime de los instru-

mentos, tiene una finalidad precisa, milimétrica, euclidiana. El desconcierto aparente, jubilosa teleología del azar, es el preámbulo del concierto. Un adjetivo me ha delatado. Confieso, pues, el momento que más disfruto: los músicos, cada uno por su cuenta, afinan los instrumentos que hace apenas un instante eran tallas de madera o esculturas de metal. Silba un Giacometti que fue un cetro de marfil yombe y ahora es un oboe o un clarinete; retumba, al fondo, un Brancusi que se convierte en timbal; los platillos parecen desprenderse, como almas, de unos Círculos de Gay García o de escudos micénicos; *El violinista* de Cárdenas súbitamente es un bronce de carne y hueso; un Rodin de buen tamaño muge como un bisonte en la caverna de Niaux o zumba, enorme insecto, sobre la carroña de un ñu, pero es un contrabajo; varias máscaras de Nueva Guinea y unos escudos de guerra asmat despiertan como violines o cellos.

Me siento en el puesto H9.

El espacio revuelto vibra: se ha vuelto tiempo. El metal y la madera; el enorme colmillo de elefante reducido a finas láminas de marfil y el inalcanzable cuero de antílope tensado sobre un abismo, embisten, huyen, pesan, acogen al viento y los pájaros, dan frutos. Este poco de selva que no está en ninguna partitura; rugidos de león y nerviosa risa de monos; fémures que restallan en las fauces de un jaguar; el staccato de un loro que en vano defiende el nido; los chasquidos, apenas perceptibles, de la boa que se acerca palpando el aire con su larga lengua inquieta; lo más salvaje de la naturaleza y del hombre se impone a los rituales y la parsimonia de la

cultura. La tormenta que precede a la calma. El paroxismo destinado a la templanza; el hambriento Minotauro que ya en cualquier momento va a ser sacrificado.

Entra Teseo.

La presencia del director apaga a la selva. Pero simultáneamente despierta los aplausos del público, que así se prepara, se afina, para el concierto. Instrumento de huracán y mil cuerdas, el público suma las notas de su aplauso al concierto ahora que está por comenzar, y luego, al final, como para prolongarlo. Pero el homenaje, también caótico, frenético a veces, ni ruge ni tiene colmillos. Es la cultura viéndose en un espejo. Teseo dirige la orquesta para el público, de hecho a través de la orquesta lo dirige: calla al ágora, el parloteo de la masa, el chisme de barrio y la adulación de palacio. Obliga a callar, enseña a callar. ¿Podría imponer este silencio a la selva? ¿Callarían los monos aulladores al escuchar una sonata de Mozart? ¿Cerrarían el pico las guacamayas por una sinfonía de Beethoven? ¿Enmudecerían los troncos que se quiebran, las hojas susurrantes, las hienas, las ranas? ¿Por qué no intentarlo? El silencio quizá imposible —corren las aguas entre pirañas y caimanes, entre tapirores y anguilas eléctricas, pero también sobre piedras; el viento sostiene cernícalos y avispas, pero también agita hojas y bejucos—; o el sobresalto de los animales —del incesante moscardón hasta el impasible manatí— serían un espléndido homenaje a los compositores y los músicos. Cada uno Orfeo.

¿Por qué no intentarlo, pues? Porque resulta imprescindible el público, no precisamente por su aplauso, a ve-

ces merecido y no siempre deseado, sino por su silencio, expectante, creciente, que crea un volumen en el tiempo para la música, el necesario ámbito de resonancia para cada nota, espectral pero intensamente humano. El público calla cuando aplaude pero sobre todo cuando escucha. En su copia de la partitura solo hay silencios, y tiene que saber interpretarlos. Tácito y extático, encarna al silencio musical. Es la presencia de una ausencia.

Teseo empuña la espada.

Vertebrada batuta, la espalda del director impone silencio. Cuando se voltea hacia nosotros, al comienzo y al final del programa, callan los músicos; cuando se voltea como un torero, batuta en mano, para trazar el conductor hilo de Ariadna en paredes invisibles pero ctónicas que ahora son acordes y pausas, ágiles corcheas y bemoles sostenidos en el tiempo, callamos nosotros. Es el centro de un círculo mercurial: iluminado el escenario: yin, a oscuras el auditorio: yang; vibrante la orquesta: yin, callado el público: yang. La sala como teatro de mitades intermitentes, duales y oscilantes.

Teseo levanta la espada.

Cada vez que asisto, me digo —la espada, ya lista para ensangrentarse, apunta a los violines—, siempre, ahora me lo digo tan bajito que casi no me oigo, mi silencio ha estado señalado entre las notas. El tuyo también. Las filas de butacas son una partitura; al sentarnos ocupamos en ella, y en la de papel, un espacio oscuro y simultáneo. Yo he sido un instrumento en composiciones de Chopin y Wagner, Stravinsky y Varèse, Ginastera y Orbón. Quien no lo crea, su-

surre, grite o estornude la próxima vez que vaya a uno de estos espectáculos. La burla que interrumpe y desentona es el reverso del cauce donde fluye la armoniosa corriente de notas. Director propiamente es quien sabe interpretar el silencio: el de la partitura y el del público. En su interpretación apuesta el éxito del concierto y la medida de su talento. Por eso la batuta, que nunca se oye, es el instrumento más poderoso de la orquesta. Lo que no se toca, lo que no suena, es tan esencial como lo que se toca y suena. La pausa no se reduce a abstracta y dócil cronometría: es activa. Saber callar cada silencio es la única manera de tocarlos. Hay que darles la profundidad que tienen, que les corresponde, haciéndolos callar más y más, o menos, como si ellos también fueran notas, pues no es lo mismo un silencio en do mayor que otro en sol o si. Para lograr esta variable profundidad, para callar bien el silencio, hay que saber interpretarlo. Quien solo interpreta notas ni siquiera interpreta eso; y por supuesto, aun virtuoso, nunca lo hace con maestría, pues solo en las notas, y con ellas, que preceden y siguen a los silencios, se puede lograr la profundidad requerida. En el volumen de las notas está el volumen del silencio. Y viceversa. Un cubismo en el tiempo, una arqueología que sorprende, aún vivo, al pobre Minotauro.

h o i z o n t e s
 h o r i z o t e s
 h r i z o n t e s
 o r i z o n t e s
 h o r i z o n t e s
 h o r i o n t e s
 h o r i z o n t e s
 h o r z o n t e s
 h o r i z o n t e s
 h o r i z o n t e s

7

Caminé hasta la sala de emergencia del Urológico. En la mirada del médico vi su alarma. Estaba en pleno infarto. Yo, por supuesto, no el galeno cuyos ojos azules sonaban como una sirena. Mientras me llevaban en camilla al quirófano recordé la Calzada de los Muertos. Por un instante volví a Teotihuacán y sus pirámides, aunque desde aquella tarde de 1977 nunca he salido de allá. Pensé en Violeta y Julia Cecilia. En Asela y Luis, mis hermanos, y en un amigo, José Darío. Así, imagino, me despedía de ellos. Por si acaso. Vi en algún anaquel de la mente un libro egipcio y otro tibetano que pensé repasar, pero por algún motivo mis manos no respondieron al vistazo. Traté de quitarle solemnidad al momento aplicándome el humor negro con que a veces hacía reír: es en la Clínica Vallés, decía refiriéndome a un velorio en esa funeraria. O viceversa: está recluido en la habitación 317 de la Funeraria Ávila (2). Luego recordé a mis padres. En particular, detalle curioso, trataba de recordar sus voces. El timbre de sus voces. No frases suyas que siempre me han acompañado ni palabras sueltas como rimas en su ausencia. Insisto, como entonces: sus voces, el sabor de su tono, su acento, la sazón única de su timbre. Qué difícil oír la voz de los muertos. En algunos sueños, lo sé, la he oído. Pero en aquella camilla que atravesaba la Calzada de los Muertos yo no soñaba. ¿Por qué quería oír a mis padres? Una respuesta posible se me ocurrió al cabo de varios días. Quizá me preparaba para reconocerlos entre el bullicio de la otra orilla, donde quienes ya han acompañado a Caronte esperan a sus seres queridos.

8

En cada movimiento, en cada pentagrama de cada hoja de la partitura, solo habrá silencios. Silencios y pausas. Quiero que la dirija Barenboim, pero durante un sueño. O mejor aún, que lo haga un genio muerto. Tal vez Paganini. O Furtwangler. Solo un espectro sería capaz de interpretar el espectro total de esta ausencia, que abarcaría desde el pan de flauta hasta la flauta de Pan o el fémur tallado de un abuelo taíno. Habrá silencios fósiles y pausas geológicas. Una comunión difícil y por lo visto cubanísima.

Sones de la Atlántida.

9

Vanos de puertas y ventanas; intersticios capaces de robar turistas japoneses al Empire State o al Chrysler, levantando sus imponentes moles vacías entre gigantes vencidos, rascacielos de cielo, Tao para Kahn y Senmut, para Eupalinos y Wright; mis padres; las espléndidas ruinas del pasado y las del futuro, las escalinatas de Kukulkán y los 107 pisos del World Trade Center; la economía cubana, que es una deuda, y el exilio, esa otra ruina; esculturas de Christopher Wilmarth y espejos de Robert Morris; la muerte de Martí y la locura de Zequeira; fragmentos de Safo y música callada de San Juan; las espirales del tabaco y las del caracol, no las calcáreas, las otras, las huecas, tan atrayentes como las de humo; un Blanco sobre blanco de Malevich, un Rothko azul y otro rojo y el Patíbulo de Luis que le gustó tanto a Wilmarth cuando lo vio colgado en la sala de Hampton que le preguntó el título y pidió que lo cambiara y ya no volvería a verlo con patíbulo tachado, no por estar en mi sala, aquí

en Caracas, sino porque Chris ya no está, desde que decidió ser su última y póstuma obra, ahorcándose en el taller de Brooklyn, con vista al puente, estructura de hierro y vacío, casi un Wilmarth, pero no lúgubre, plumizo, sombrío, como el Wilmarth por Wilmarth colgado por Wilmarth hace unos veinte años; unas noches de Bennington y la 11 entre quinta y sexta en Manhattan; el patio de Regino Boti y la playa del Uvero; una tetradracma de Seleuco I Nicátor que me regaló José Darío y un áureo de Nerón que mi viejo subastó en Stack's; el horizonte al hombro como una escopeta de palo; la torta de almendras de la Casa Suárez y el fufú de plátano maduro y chicharrón que me preparaba Nestora cuando no y no y no comía otra cosa; el casi ilimitado potencial para irradiar sentido de ciertos signos, y la consecuente dispersión del mismo, capaz de despertar ocultas, extrañas, insospechadas relaciones al rozar y encadenarse con otros signos, contiguos o apenas al alcance de la alusión, el rumor del lenguaje, lo saussurrante que una tarde en el Café de Flore mencioné a Severo, tonta osadía pues inmediatamente lo tradujo para Barthes de luto por su madre y aquel frasco de aspirinas que cada diez o quince minutos perdía un puñado; Severo, un pez volador que apostaba sus escamas entre la llama y el humo; los otros peces voladores, los que tratan de encaramarse al aire, y los erizos que quemábamos en la playa al comienzo del verano; objetos, rincones, recuerdos, algunos tan míos que ya son de mi tercera persona, casi ajenos, como números contados para una cifra que nunca cuadra; por algún motivo siento

que entre estas cosas ya está escrita, casi completa, una vida que jamás leeré pero tendré que vivir. [●]

h o r i z o n t e s

O C T A V I O B R A M A R A V I O C T A V I O

j u g u e t e

d e

(1) La hipótesis data de 1703. Tropecé con este obispo en la página 37 de un libro olvidado. Pudo haber sido en un tablero de ajedrez, pues su diagonal lo acredita para saltos sorprendentes. Además de la singular hipótesis, digna de encabezar cualquier teoría de ausencias, lo que me lo hizo particularmente memorable fue la grafía de su nombre, que me pareció —y me sigue pareciendo— dudosa. Imagino una H mayúscula para Gereford. Creo que en alguna otra página también olvidada respondía a esa H nada muda en inglés. Nada muda pero sí mudable. Como los pájaros satelitales.

(2) La Funeraria Vallés y la Clínica Ávila son familiares para los caraqueños. En el trastrueque se entraña la simbiosis que suele existir entre este tipo de instituciones.



Aquella mañana, sin embargo, nada de eso importaba. Mi asesino predilecto debía llevar unas cuantas horas en la unidad de policía de Zapata y C, y ya sabemos lo apapipia que es nuestra insigne PNR (Policía Nacional Revolucionaria). Ciertamente que aporrean más a los negros, pero tampoco iban a desaprovechar el chance de sacudirle el polvo al puñetero blanquito que había estado humillándolos durante meses. A las 7:59 am, cuando supe del arresto, ya debían haberle propinado su buen pase de tranca. Seguro le habían roto varios dedos, o le habían hecho escupir algunos dientes, entre otras delicadezas. Y él, claro, había cantado cual tomeguín del pinar, delatándonos a mí, a Kremlin Navarro, alias “Cocodrilo” —su proveedor de cocaína, ignaro de sus hazañas nocturnas—, y a la madre de los tomates. No sólo por el vapuleo, sino también porque enfrentaba la pena de muerte, algo que suele inducir en los reos un noble afán por *cooperar*. Y en definitiva, si su carrera criminal ya se había ido al carajo, ¿qué rayos ganaba protegiéndome? Lo raro, pues, no era que los fianas estuviesen al caer por aquí, sino que aún no hubieran llegado.

Para eludirlos yo habría tenido que pirarme de Cuba *en el acto*, lo cual no me era factible por la ruta legal. Tengo dos pasaportes: uno azul pizarra, con la *menorah* en la tapa, que se abre y se lee “al revés”, como todos los libros en hebreo, y otro azul plumizo, con el escudo de la llave y la palmita. Pero ninguno me servía para abordar el avión de Copa que despegaba cada mañana de Rancho Boyeros con destino a Ciudad Panamá y ponerme a buen recaudo en algún paisito del área que no tuviera convenio de extradición con la isla.

Mi pasaporte israelí no es válido en territorio cubiche. Nuestro gobierno, aunque las relaciones diplomáticas son muy tensas, reconoce al Medinat Yisra’el. Lo que no reconoce es la doble ciudadanía de nadie que haya cometido la imprudencia de nacer en Cuba. Para franquear el control fronterizo en cualquier aeropuerto internacional de este país, ya sea en La Habana, en Santiago o en Varadero, debo mostrar mi pasaporte cubano con alguna visa extranjera, amén de un “permiso de salida”. Y lo malo es que dicho salvoconducto hay que solicitarlo *previamente* en la oficina de la Dirección de Inmigración y Extranjería, sita en la calle J, acá en el Vedado, cuyos funcionarios te lo conceden o no, según les dé su real gana, o según dictamine la DSE (Dirección de Seguridad del Estado), trámite medio complicadito que involucra planillas, cartas, pagos, fotos, sellos y... paciencia, ya que jamás se resuelve en menos de *una semana*. ¿Soborno? ¡Juas juas! Ninguno de esos burócratas me acuñaría el pasaporte de inmediato así le ofreciera un alucinante fajo de cucos y, de propina, meterme debajo de su buró y mamarle la pinga con un fervor que ni Monica Lewinsky. Porque nadie quiere problemas con la DSE. ¡Ni hablar del peluquín!

Y cancelada la partida lícita, ¿cuáles eran mis opciones? Fletar un yate en la marina Hemingway, poner la proa hacia el Norte y huir a toda máquina rumbo a Key West. Fue así cómo el intrépido Henrik Nielsen, ingeniero

naval, logró sacar de la isla en octubre de 1999 a mi amiga Leticia junto con su hijita de cuatro años. Aquel gigante de pelaje rojizo no iba a renunciar a la mulata más bella del cabaret Tropicana sólo porque a la bola de sátrapas coño'e sus madres de Inmigración —él los insultaba en sueco— no les salía de los timbales otorgarle el jodido “permiso de salida” a Naomi, la niña de Letty.

Pero Henrik, vikingo al fin, *sabía* pilotar un yate entre el oleaje cálido e insidioso del estrecho de la Florida (90 millas náuticas con un largo historial de naufragios, hermanos que llegaron tarde al rescate, sangre en el agua y tiburones que en este último medio siglo han devorado a miles de cubanos) y maniobrar ágilmente para evadir primero a las tres lanchas guardacostas que trataron de interceptarlo y después a los dos helicópteros que le arrojaron bolsas de arena para echarlo a pique, mientras Letty permanecía en el camarote con su hija, culpándose por haber motivado aquella loca travesía y prometiéndole villas y castillas a Yemayá, reina de los mares, para que Naomi no se diera cuenta de lo que estaba pasando. Por Dios. Yo ni en sueños habría podido hacer todo eso.

Menos aún me entusiasmaba la perspectiva de transitar por la “tierra de nadie”, franja divisoria que se extiende entre el suelo propiamente cubiche y el de la base del US Navy en Guantánamo, nuestra única frontera terrestre, donde tantos han perecido al intentar futivarse de Cuba por esa vía, que es campo minado.

Tampoco podía refugiarme en alguna embajada, acogiéndome al derecho de asilo, puesto que el *affaire* Lobo Feroz no era un chanchullo político. En cierta forma lo era, pues como decía mi ex, el trotsko Rafael Bencomo, aquí TODO es política. Pero aun así no me parecía muy probable que hubiese en esta capital muchas sedes diplomáticas disputándose el privilegio de amparar a la cómplice de un *serial-killer*.

Descartadas todas esas variantes de fuga, ¿quedaba alguna otra alternativa, alguna grieta por la cual escabullirme? Tal vez. Quién sabe. Yo no veía ninguna.

Para mayor infortunio mío, a esas alturas del match el Lobo Feroz ya conocía mi *verdadero nombre*. Me refiero al que reza en todos mis títulos, contratos, tarjetas, licencias y pasaportes, en el registro civil, en la guía de Ciudad de La Habana y en el fichero de la DSE, esto es: Raquel Newman Mordzinsky, alias “Caperucita Roja”.

Bueno, lo de Caperucita no reza en ningún lugar. Nadie, salvo mi papirriqui, me ha llamado jamás así. Me endilgó ese apodo entre jadeos, en un paroxismo de calentura, hacia finales de marzo de aquel mismo año. Se la ponía como una cabilla —alardeó— el *nickname* de la chulita retozona y desobediente que mataperreaba por el bosque frondoso en busca de acción. Y siguió aplicándomelo aun después de conocer mi nombre oficial, pues ese otro le sonaba —sentenció con fingida tristeza— muy cheo. Cuando sobrevino el arresto ya me había comentado que yo, con un semejante primer apellido, New-man, traducible del inglés

como “hombre nuevo”, debía ser la chula más ñángara del planeta.

En realidad la ortografía de ese patronímico, en alemán, es “Neuman” —se pronuncia *Noiman*—, sólo que mi abuelo paterno, sabrá el diablo por qué, sustituyó la U por una W luego de su arribo a San José de Costa Rica, adonde fue a carenar en 1941, prófugo de su natal Lübeck. Ni se imaginaba que a la vuelta de unas décadas el bellaco de Shimi, para gran furia de mi padre, también chotearía nuestro apellido con W, pontificando que todos nosotros (él, Dudu, el viejuco furibundo y yo) habíamos nacido marxistas-leninistas, materialistas dialécticos, ateos, progres y fans del Che Guevara.

Pero volviendo a mi cielito azul en julio de 2007, resulta que, además de mi nombre y mi número de teléfono fijo, sabía mi *dirección*. Yo misma le había regalado ese dato, con tal de engatusarlo, como ronroneándole provocativamente al oído: *Ojo, pipo, estoy acá muy solita, encuerita, inerme... ¿qué, no te embullas a visitarme?*

En la certeza de que *nunca* iban a cogerlo, con aquella revelación había ligado mi destino al suyo. Y ahora estaba acá muy solita, encuerita, inerme, sin plan B ni salida de emergencia. Acorralada. Contra la esquina. Envuelta en llamas.

Cuando al fin logré levantarme, fui al baño intercalado entre el estudio y mi cuarto. Una tenue claridad se filtraba por el cristal de la ventana. Saqué del botiquín un sobre con tres pastillas diminutas y me las tragué con agua de la pila. En otras circunstancias jamás habría hecho eso. Me sequé las manos, que me temblaban, y volví al estudio.

En uno de los libreros, tras un obsoleto *Manual Merck* del doctor Newman, había escondido seis días atrás, para evitarme tentaciones, una botella de Chivas Regal. Cuando aquello aún esperaba que el Lobo Feroz me telefonara para salir juntos en la Nissan. Ya no. Agarré, pues, la botella y me soplé un cañangazo. Luego otro. Y otro.

De nuevo en el baño, cogí del clóset un batín de felpa negra y me lo puse. Poquito a poco iba relajándome. Entre las píldoras y el whisky, lo que tenía dentro era una especie de coctel molotov con la mecha prendida.

Regresé al cuarto. Me arrodillé frente a la mesita de noche y extraje de la gavetona mi Beretta 22. Le inserté un cargador, le quité el seguro y la rastrillé.

Me incorporé. A pocos metros había en la pared un póster de Rusell Crowe con disfraz de gladiador (ahora, en el mismo sitio, hay uno de Johnny Depp vestido como un gángster de los años 20). En la postura Weaver, con las piernas algo separadas, apunté al entrecejo del gladiador, primero con la derecha y luego con la zurda. Perfecto. Pulso firme. Cero tembleques. Nada de retortijones de barriga ni de sudor frío. Aquella opresión horrible que minutos antes me atenazaba el pecho había desaparecido por completo.

Apoltronada en la cama, con la pistola bien a mano, encendí un cigarrillo. Estaba lista. ¿Y los fianas qué? Le eché un vistazo a mi reloj pulsera. Hum. ¿Por qué se tardaban tanto? Esos imbéciles... Eran las 8:43 am, hora de verano. [●]

f r a n c i s s á n c h e z
 z e u c u r s i c u e r j

con
 per-
 dón
 del
 vie-
 jo
 en-
 te-
 rra-
 dor
 de
 la
 co-
 mar-
 ca

Oye la historia que contome un día
 el viejo enterrador de la comarca
 "Boda negra",

canción popular de Alberto Villalón y Julio Flores.

VARIOS años demoré en hallar, dentro de mí y en el encierro disperso de mi realidad, los escasos poemas del libro *Epitafios de nadie*. Aunque apunten a lo entrevisto, creo que en su mayoría no sugieren códigos desconocidos o del más allá, sino que cargan "ruidos humanos", descomposiciones del lenguaje con las que ningún médium debería probar una evasión elevada o tranquilizadora. Me duelen como rípios humanos que se han quedado sobre las bocas de las tumbas a modo de diálogos imposibles. Cartas de suicidas, fragmentos de cartas, diarios, apuntes de sueños, noticias sobrantes, avisos de última plana o la página en blanco, partituras a medio llenar, parloteos, escombros, y se precian de acercarse mal a la definición de poema. Mientras los buscaba, me sobreponía a obsesiones como la muerte, con sus rostros duros, en especial el suicidio, el exilio y el ostracismo. Muertes de toda naturaleza: física, espiritual, social, íntima, colectiva... pero sucesos siempre emocionalmente personales.

El libro *Epitafios de nadie*, el resultado de mis acumulaciones sería, por tanto, siempre una

obra incompleta. Para quitármelo de encima, por eso, cuando había pasado un buen tiempo esperando a que tomara forma definitiva, lo envié por primera y única vez a un concurso. Obtuve la mención de un evento nacional, el "Premio Oriente" (2007). Aunque entonces ciertas publicaciones dieron noticia incluso de que "hasta el último momento estuvo pugnando por el primer puesto" y "el Jurado recomendó, por unanimidad, la publicación", me asombró que la editorial gestora del certamen se comprometiera a hacer valer la sugerencia del jurado. Y, como quizás nunca recibiría otra oportunidad, al menos en mi país, pues tenía conciencia sobre las zonas minadas por las que me movía, accedí a entregar el original para la edición.

Estaba muy ilusionado. Sin embargo, cuando faltaba poco para verlo impreso, me llevé la sorpresa de que la editorial se negaba a sacarlo a la luz completo, porque —según se me informó en pocas palabras— si el total del libro se balanceaba sobre el límite de lo permisible, una sección del cuaderno caminaba por el filo de una navaja, y dos poemas o epitafios específicos se habían pasado de la raya.

Pasarse de la raya en Cuba significa que estás parado en un lugar donde va a caer un rayo. Me daban sólo dos opciones: publicar el libro sin dos de sus poemas, o no publicar nada.

Por mi parte, tenía claro que los responsables de la edición no podrían dejar pasar aquellos textos sin arriesgarse a un suicidio profesional. Bien comprendía yo la porción de inocencia o fatalidad que les tocaba dentro de la máquina discriminatoria, pero era yo quien tenía que decidir entre las únicas salidas que me daban.

Hay una economía de la culpa que, siendo propia de cualquier circunstancia abusiva, parece específicamente consustancial a un régimen totalitario: distribuir, junto con la cosecha del castigo, también los remordimientos entre las mismas víctimas. Sucede cuando quedan confinadas a un pequeño círculo donde deben ser capaces de darse y gastar, más que una vida efímera o un inestable experimento de felicidad, toda la vida, toda la felicidad posible, como por instinto natural las personas ansían que les suceda. Confinadas a un margen falso de elección, de modo que la pena o el alivio dependan siempre de sus acciones como un efecto aparentemente buscado y conseguido en esa frontera ficticia.

Llegas a convertirte entonces en tu máximo acusador. Así funciona la polisemia del verdugo que te da a escoger entre tus pecados: el daño sólo puede ser autoinfligido. Perseguirte a donde

quiera que vayas, purgar tu conciencia. Puedes hacerlo con mejor conocimiento de causa que un comisario extraño o advenedizo, cuando estás solo, incluso cuando duermes, y te fiscalizarás con la ilusión de despertar en paz contigo mismo.

“La pesca” y “Perro” son los dos poemas purgados. ¿Cuál es su aberración? ¿En qué fallan estos dos epitafios? ¿Mienten sobre la vida a que apuntan sus muertes? Según se me dijo, en estos versos se abordaban hechos trágicos del periodo de la Revolución que aún no habían sido asimilados públicamente, es decir, de los que no se hablaba con naturalidad.

En “La pesca” tiemblan espíritus inocentes que quedaran atrapados con el hundimiento del remolcador *Trece de Marzo* por guardacostas cubanos, cuando murieron más de cuarenta personas intentando emigrar, entre ellos unos veinte niños. Por el poema “Perro” pasa la voz muda de jóvenes que durante algunas horas tomaron las calles de La Habana en 1994, después de intentar abordar una lancha para salir del país: acusados de apedrear hoteles y saquear comercios, fueron reducidos a puro golpe.

Pero si mi poesía pecaba de sobrepeso —porque los textos o los acontecimientos a que aludía estaban de más, no podían dejarse volar— este era en esencia un exceso de realidad.

PERRO

Avenida del Puerto, La Habana. Agosto de 1994

La luz de una sed pura hace morder las mallas.
 En lo blanco del pan he visto una erosión
 más eterna que el mar. Persigo esta visión
 con la desaforada risa de las murallas
 espulgando mis pasos. Aúllo, me roen playas
 innumerables, larvas de extraño frío y gotas
 de lluvia, así deambulo otra Habana de botas
 y bastones y hoteles vidriados con mi piel.
 Si en su barca la Virgen de Regla me da miel
 y leche, haré silencio como unas tablas rotas.

Publicar en su momento, aunque sea a medias, es como dejar una pista en el lugar donde te secuestran: la vida pasa rápido. Tal vez mi única posibilidad de acceder a un tipo de lector sensibilizado, con dominio del código de una experiencia común, sería saliendo al encuentro de lectores de mi generación, los que habíamos compartido un fondo histórico. Para otro tipo de cómplice doliente —por ejemplo: gente de generaciones posteriores, o de otros países o culturas— iba a ser más difícil advertir algunas realidades con su drama de matices.

En este libro el esqueleto de la historia queda a veces reducido al rastrojo, al deshecho insignificante —además, inoportuno dentro de la norma poética tradicional— de una nota introductoria, una fecha, una nota al pie o lo que se conoce también como paratextos.

Le hice saber, a quien me informaba sobre la censura, sobre las leyes del ornato cementerial, que dejaba que borrarán una parte de mis lápidas, pero ya publicaría algún día la obra completa. Entonces se imprimió *Epitafios de nadie*, a fines del 2008, sin los dos poemas que parecían sobrar. No debía ilusionarme con la calidad de impresión o siquiera la posibilidad de que aquella editorial organizase alguna presentación, y así fue. Mis poemas, además de mutilados, quedaron mal enterrados. Una breve nota en la tapa del libro, daba este aviso: “El sufrimiento, la muerte, los sueños atormentantes o la locura viven y se hacen sentir en estos textos poéticos. Sólo desde el más profundo desgarramiento pudieron surgir los *Epitafios de nadie*”.

Lo cierto es que lo “más profundo” del dolor puede sobrevenir cuando acaba por no pertenecerme, cuando informa un problema y un ámbito mayores, pues el sufrimiento íntimo acumula capas de tiempo y despojos sin nombres. A mis vestigios los identifico en principio con el naufragio de generaciones escapando de una isla de la utopía. Aunque desdeñe por naturaleza el cuadro heroico, he sentido el destino doloroso de vivir triturado en el interior de un mito cultural y político, molido entre las poleas y las ruedas de una fe cuyo gran aparato —Cuba: isla, nación simbólica— parece estar hecho sólo para ser visto, ser usado desde afuera y desde lejos, desde las postimerías.

¿Debe lo poético esperar a que lo político le expida un permiso de residencia y libre tránsito para ir al encuentro de la realidad? Mis textos no pueden ser más desgarradores que los mismos hechos, espacios vividos, que dan prueba de mi organismo espiritual. Algunos renglones estaban

ya impresos en la carne de la historia, y no por mí. Pero, ¿cabe la suerte de que la vocación poética esté determinada a legitimarse, a afirmarse sólo por un metabolismo extraño, una conciencia irreductiblemente individual y trascendente? ¿Cuál es ese simulacro de personalidad, ese agujero de antimateria literaria, donde podría un poeta ponerse a salvo de su especie, de la “no poesía”, de la circunstancialidad y de las crecidas del tiempo humano, repentinas y turbias? No ver lo que me rodea y afecta, no sentirlo y hablarlo, no *instaurar mi ser en la palabra*, daría completamente a un acto mágico de desaparición que nos evitaría —a todas mis partes— aceptar las molestias de la censura y también su lado íntimo, la autocensura.

~~DEBDO
LA DE SEA
Avenida del Puerto de la Habana, Agosto de 1994
Niños del remolcador 13 de Marzo, 1994~~

~~La luz de una sed pura hace morder las mallas.
Ahondábamos el vano sueño de los mayores
En lo blanco del pan he visto una oración
con la imparcialidad dócil de los espejos,
más eterna que el mar. Persigo esta visión
Al pez mágico íbamos, del oro a los reflejos,
con la desaforada risa de las murallas
Navío hecho de astillas floreció en estertores,
espulgando mis pasos. Ahí, me roon playas
Girando por arriba y abajo reflectores,
innumerables, larvas de extraño frío y gotas
chorros de islas, piñatas, y un agua sucia o suave
de lluvia, así deambulo otra Habana de botas
fue gastándonos como los dientes de una llave,
y bastones y hoteles vidriados con mi piel.
Olas ancianas riñen solas contra el coral
Si en su barca la Virgen de Regla me da miel
soñando que nos mecén. Soñamos que al final
y locho, hará silencio como unas tablas rotas,
quizás la noche nuestra cara sin ojos lave.~~

Humanamente todos intentamos perdurar y aprendemos a manejar nuestros sentimientos de culpa, siendo quizás los vanos sobrevivientes en un naufragio que empieza con el llanto del recién nacido. Pero al parecer la poesía cubana ha devenido, por etapas, un ámbito de adaptación y supervivencia que ha pecado de extrema normalidad, demasiado eficiente o ausente. Nos ahorramos los peligros de encarnar y perder. Evitamos la escritura pesada, rota, y el vuelo icárico más intenso, el de regreso de la eternidad. Guardar pactos solemos como aquel por el cual parece que *polis* y *poiesis* hubieran partido nuestra experiencia y, con nuestros sentidos, también el universo, a la usanza del pontífice que en la época de los astrolabios dividió con una línea imaginaria y supuestamente sagrada el mundo desconocido para usura de sus conquistadores.

Así lo decretan algunos capataces, asegurándose que les dejemos llevar el libro de cuentas de nuestra vida. Así dan fe algunos oráculos literarios que creen que lo suyo sea solo la trascendencia y, mientras se nos cae el corazón a los pies, atienden siempre, con buena puntería, a otro lado. Suele tomarse la limpieza y autosuficiencia del mecanismo textual como coartada de resistencia o legibilidad, como si no hubiera otro camino que el más desembarazado, esquivar el ruido y los arañazos que la piedra imprime en nosotros.

S
D
N
C
H
Z
S
E
N
C
I
S

LA PESCA
Niños del remolcador 13 de Marzo, 1994

Ahondábamos el vano sueño de los mayores
con la imparcialidad dócil de los espejos.
Al pez mágico íbamos, del oro a los reflejos.
Navío hecho de astillas floreció en estertores.
Girando por arriba y abajo reflectores,
chorros de islas, piñatas, y un agua sucia o suave
fue gastándonos como los dientes de una llave.
Olas ancianas riñen solas contra el coral
soñando que nos mecén. Soñamos que al final
quizás la noche nuestra cara sin ojos lave.

Algunos creen que el compromiso con el lenguaje quizás sea la última frontera de la ética del escritor o de la tiranía equívoca de la historia, en la medida que un poema llegue a derramarse nada más en su forma y un verso a ser sólo eso, un verso. Pero a veces podemos aparentar que vamos al fondo de las cosas cuando en realidad probamos un nuevo método de flotación.

No me atrae la esclavitud de defender la cima de algún barrunto estético o partícula espiritual entre el infinito polvo con que vamos siendo amasados. Por ahí no quisiera llegar a ninguna parte, a ningún partido. Sin embargo, después de esta impudicia —sé que es algo que pudiera decepcionar a quien penetra la privacidad y el silencio bajo las lápidas de estos epitafios, sin inscripciones de culto—, tampoco sé mucho más sobre el lugar de donde vengo y al que quiero irme, al que pertenezco por elección, salvo lo obvio, como en

aquella dedicatoria insuperable de Juan Ramón Jiménez —“A la inmensa minoría”—: a los ningunos, a los sin voz. A los perseguidos. A los acorralados.

Para mí, católico, también es significativa esta invitación final: a los más desesperados, a los suicidas —a los de una hora última, única, y también a los de un día tras otro—. Ya desde la antigüedad se les negaba la sepultura en el camposanto, como le ocurriera a Judas, eternamente imperdonado, no por traidor, no por servir de contrafigura para que se cumpliese la profecía del Viejo Testamento, sino por escapar a los límites de la comunicación y ponerse fuera del alcance y el control con su último acto oscuro, manifestación de su voluntad, angustia y unicidad humanas.

Pude sentirme consolado por el hecho de que, aunque incompleto, al menos se imprimiese otro más de mis libros. Pero a veces uno se cansa de contribuir con la oscuridad a disimular las trampas que encuentra en el camino y la forma de cada herida propia. Uno se cansa de la oscuridad. Por eso enciendo un candelero y escribo esta leyenda discordante al pie de este libro quizás sombrío. Por tales motivos, a como dé lugar, voy a intentar a partir de hoy que *Epitafios de nadie* pueda imprimirse íntegro —lo que consideraría como su primera y verdadera edición— y estas voces se vean. [•]

con
per-
dón
del
vie-
jo
en-
te-
rra-
dor
de
la
co-
mar-
ca



f r a n c i s
z e u c h e z

Taba: Astrágalo (hueso del talón). Lado de la tabla opuesto a la chuca. Juego que consiste en tirar al aire una taba de carnero, y en el cual se gana si al caer queda hacia arriba el lado llamado carne, se pierde si es el lado llamado culo, y no hay juego si son la taba o la chuca.

¿TIENE tinta? Poco.

El día se acerca a hurtadillas como un leproso.

Dice Miller que Dios no ha muerto. Queda ósmosis en alguna parte. Todavía. Algo de articulación.

Y luego nuevamente este estar consigo mismo.

Estos mutismos.

Este ser acosado.

Me acuesto. La acción se repite *ad infinitum*.

Dos veces cuando más Gottfried Benn: pardo oscuro femenino (sucio) trastabilla sobre pardo oscuro (sucio) masculino:

Sujétame, tú. Caigo. Estoy tan cansada en la nuca...

Para que sepas, también son días animales los que vivo. Soy otra hora de agua.

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

1 / 2 m i n u t o
d e
s i l e n c i o
o c c i d e n t a l

L i a
V i l l a r e s

L i a
V i l l a r e s

L i a
V i l l a r e s

L i a
V i l l a r e s

L i a
V i l l a r e s

L i a
V i l l a r e s

L i a
V i l l a r e s

L i a
V i l l a r e s

En las tardes mi párpado desdescansa como bosque y cielo.

Tomando té, comiendo arroz... mi tiempo llega con traje de panadero trasnochado en el doble turno.

Órgano táctil no. ¿Eres alegre, estás triste..., eres triste, estás alegre?

Como volutas de polvo o ceniza esparcida, las ideas no dejan trazo de traza.

Torrente de paso, tormenta desértica de sal. Aprovecho los pétalos para hacerme un iglú a la hora anciana, resplandor que no me ciega menos.

Aletargamiento estéril contemporáneo, me concedo medio minuto de silencio occidental.

Nada que hacer, nada que ver. En mis audífonos Charly es lo que está pasando.

(Sólo el silencio vigila al silencio.)

Alguien se acerca y me dice lentamente que sea razonable, porque mis orejas son pequeñas y he de decirles una palabra sensata.

¡Yo no soy tu laberinto, puta!, grito manoteando para que me deje.

Mosca impertinente.

El sillón me suspende en la nada una fracción de tiempo congelado en delantal harinoso. Hacen el disparo y en la foto soy yo de cuatro años y medio sentada en un triciclo sepia. Sonriéndole a un vacío sepia. Delante, un trolebús. Las vías de Santiago.

Callejas. Dos motonetas ridículas esconden mis orejas.

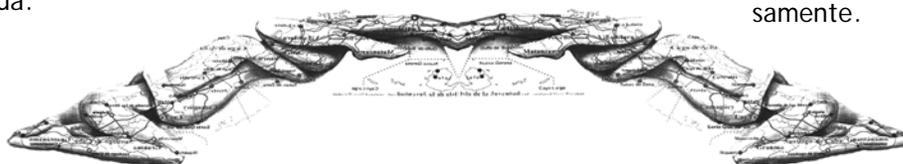
La extinción de la doble percepción.

Es *La película*, de Beckett: Expulsar a los animales, tapar el espejo, cubrir los muebles, arrancar la estampa, rasgar las fotos.

¿Ser es ser percibido? ¿Existir es dejarse percibir?

Dejo que el vaivén me balancee, me suspenda otra vez, dos veces cuando más, que el balance vaya y venga y vaya. Atrás. Adelante. Atrás.

Que no pap-pap-pap-pap. Trastabillosamente.



Manoteo de nuevo,
más ideas.

Lo espantoso es la
percepción de mí a
través de mí.

In-su-pri-mi-ble.

Bayamo boulevard
desarticulado, sol de
granito enmarmolado.

Sol de ultraviolencia.
A pesar de Bayamo
frío y ficcional,
Bayamo para los
bayameses, corred.

Recopilo muestras al
azar y cuando el
cansancio es fuerte
dejo de hacer.

Me acuesto, me
concedo medio
minuto de silencio
occidental.

Duelmo los días de
celebración nacional
como medida
preventiva a una
irritación profunda
en el cuero
cabelludo, mi
epidermis tan
sensible.

Duelmo bastante,
largamente.
Cualquier esfuerzo
productivo
rechazado.

Después saca la
cámara y convenio a
los fotofóbicos al
sepia de su atraso
ancestral, les digo al
final alguna palabra
sensata. Después de
todo la preservación
de sus almas es tan
desdeñable como sus

rostros envilecidos
en plata y gelatina.

Suavizo mis manos,
hidrato mi cuerpo
con Agua de la
Tierra, marca
registrada.

Me lamo las manos y
me revuelvo el pelo;
le lamo las patas que
sobresalen por fuera
del frutero a mi gato
y le revuelvo el lomo
azuloso.

Desayunamos un
aborto televisivo
infantil dominical
con música
estruendosa.

El deterioro y los
chirridos de una
ciudad —escribo con
tiza roja la puerta
de mi balcón— co-
rresponden al
deterioro y los
chirridos de sus
pobladores.

Es imposible evitar
—sigo escribiendo—
que el afuera
espeluznante roce
adentro.

Alguien se acerca y
me dice lentamente
que tengo una
tendencia pesimista
hacia lo negativo. Le
sonrío en mutis.

Sé razonable,
Ariadna. Me
pregunta qué coño
quiero hacer, en
serio.

No se puede andar
por ahí con mi

desorientación
generacional, con mi
cansancio y mi sueño
aletargado, mi
esterilidad y mi
propensión a la
meditación, a la
contemplación y a la
masturbación.

(Tomando té,
comiendo arroz)

Arrastrando las horas
de días apostados.
Claro estaba Lezama
cuando dijo que en
La Habana acostum-
bramos a jugarlos
los años y ganar su
pérdida.

Basta, no soy tu
laberinto, piérdete
con los días, bórrate
de la historia, mi
mutis sonriente
quiere decir que no
quiero hacer nada,
absolutamente en
serio.

Yo soy lo que está
pasando. Me
acuesto.

Quiero jugar hasta la
extenuación de
todos mis huesos,
hasta desencajarme
el alma para el
carajo. Cualquier
cosa menos tener en
cuenta donde estoy,
todavía, respirando
polvo por aire. Todo
menos este asco
matinal, este asco
flaco de café
quemado y alquitrán
por los pulmones.
Dentro y fuera los
chirridos. Dentro y
fuera. Los chirridos.
Punto y polvo.



10 momentos

V jorge e. lage

HACE poco cumplía un año de estar muerto un viejo mito de las letras norteamericanas: J. D. Salinger. Su debut literario no pudo haber sido más espectacular: *The Catcher in the Rye* (1951), la novela que apuntó al desencanto y la angustia rebelde de varias generaciones de lectores, en particular jóvenes y adolescentes. Después vino esa corta y magistral serie de relatos y noveletas. En la avalancha de artículos que siguió a su fallecimiento, se habló tanto de su obra como de su vida de escritor oculto, inaccesible, celoso guardián de su intimidad.

Hay otro escritor norteamericano cuyo nombre está asociado a la reclusión. Un heredero de Salinger en eso de esconderse, de hacerse invisible. Se trata de Thomas Pynchon, quien desde hace medio siglo vive alejado de la luz pública. Conocemos su rostro por viejas fotos de sus años de estudiante. Fuera del alcance de cámaras y micrófonos, sin ningún contacto con los medios de prensa y sin toda esa parafernalia (lanzamientos, ferias, *book-tours*) de la que suele tomar parte un escritor profesional, Pynchon ha levantado, libro tras libro, una muralla a su alrededor.

En los 70 corrió el rumor de que Pynchon y Salinger eran la misma persona. Una idea que merece desarrollo. Pero lo cierto es que, muerto Salinger, Pynchon ya puede reclamar para sí el título (¿cómo no va a ser atractivo para un escritor?) de Gran Recluso Americano. Esperemos que el azar paranoico no encadene las muertes de ambos. Que 2011 no sea el año de despedir a Thomas Pynchon; a sus 74, todavía puede darnos otra novela de las suyas. Mientras tanto, no está de más recordar la primera, su magnífico debut literario: *V* (1963).

En *V*, Pynchon ya muestra toda su ambición y registra algunas de sus marcas: lo literario es inseparable de lo científico-tecnológico; la Historia debe ser reescrita desde sus bordes, sus agujeros, sus costuras, para construir una genealogía alternativa del presente y del futuro. La trama de *V* se inicia en los años 50 y se desplaza, mediante flashbacks, por toda la primera mitad del siglo XX hasta finales del siglo XIX, y recorre sitios como Nueva York, París, Florencia, el Mediterráneo, el norte y el sur de África, la Antártida... La trama, en realidad, es una especie de conspiración demencial que no tiene centro (y por lo tanto no se resuelve nunca), o si lo tiene es un vacío inabarcable: la letra V, que lo mismo designa un país secreto, una ciudad bombardeada, una diosa y sus diversas encarnaciones (una lesbiana ciborg, una rata), una rebelión popular o un proyecto de investigación con fines militares.

A continuación, algunos momentos interesantes del libro. Recordar la fecha y todo lo que estaba en juego. Recordar que Pynchon no tenía más de 25 años.

1. Rachel Owlglass, una muchacha "menuda, huraña y voluptuosa", está sola en medio de la noche lavando su carro, un MG del 54. Pero no sólo lo está lavando, está *hablando* con él: "Tú, mi bello semental. Me gusta tocarte...", le dice al carro mientras le pasa una esponja por el parabrisas. Sin que ella lo note, contempla la escena un ex marine judío llamado Benny Profane, quien se percata entonces de que él no es otra cosa que un *schlemihl*: un desgraciado, un pobre diablo. "Ni siquiera pensé que era una perversión lo que estaba viendo", le confesará capítulos más adelante a Rachel. "Tan sólo estaba aterrizado."

2. Dos agentes de la CIA interrogan a Roony Winsome, ejecutivo de la discográfica Outlandish Records, un visionario siempre a la caza de nuevos materiales. Resulta que Roony ha estado situando micrófonos en altos escalafones del Mando Aéreo Estratégico. “¿Por qué?”, le pregunta uno de los agentes. “¿Y por qué no?”, responde Winsome.

3. Herbert Stencil, una suerte de aventurero mundial, sigue la pista de unas extrañas anotaciones en el diario que ha heredado de su padre, el diplomático y espía inglés Sidney Stencil. Interroga al doctor Eigenvalue, dentista de Park Avenue con aires de psicoterapeuta. Eigenvalue le dice: “De alguna parte ha sacado usted la sospecha de que estoy familiarizado con los detalles de una conspiración. En el mundo que usted habita, míster Stencil, cualquier agregado de fenómenos puede constituir una conspiración. Así pues, no cabe duda de que su sospecha es correcta. Pero, ¿por qué consultarme a mí? ¿Por qué no consulta la *Enciclopedia Británica*?”

4. Un individuo misterioso y peligroso a quien apodan El Gaucho, un agitador “que ha estado demasiado tiempo en la jungla”, está ahora en la Galería de los Uffizi, Sala Lorenzo de Mónaco, contemplando el cuadro que le han encargado robar: *El nacimiento de Venus*, de Botticelli. El Gaucho trata de entender y no puede. Un cuadro confuso, piensa. Un cuadro que oculta una disputa. Y la Venus, tan gruesa y tan rubia, no parece estar mirando a nadie.

5. Al Gaucho lo detienen, le vendan los ojos, lo llevan a un consulado, allí lo interrogan y lo encierran. Comparte celda con Evan Godolphin, hijo del explorador que descubrió Vheissu, una oscura región de Asia que no sale en los mapas y que ciertos poderes internacionales quieren mantener en secreto. El Gaucho y Evan escuchan a una muchacha en la calle cantar una canción a su amor, “muerto en defensa de la patria en una guerra lejana”. El Gaucho le dice a su compañero: “Canta para los turistas. Nadie canta en Florencia. Excepto, de vez en cuando, los amigos venezolanos de los que te he hablado. Pero ellos cantan marchas, necesarias para mantener la moral”. Y Evan, con la cabeza entre los barrotes: “Puede que a estas horas ya no tengas amigos venezolanos. Es probable que los hayan arrojado al mar”. Entonces el Gaucho se le acerca y le pone una mano en el hombro: “Todavía eres joven”, le dice, “sé cómo ha debido ser. Esa es la forma en que trabajan. Atacan a un hombre en su espíritu. Verás de nuevo a tu padre. Y yo veré a mis amigos”.

6. Benny Profane trabaja como vigilante nocturno en Anthroresearch, una empresa que investiga para el Gobierno. Allí sostiene conversaciones con Shroud, un maniquí empleado en los experimentos de absorción de radiaciones. Le dice Shroud: “¿Te acuerdas, Profane, de la autopista 14 en las afueras de Elmira, Nueva York? Vas por un paso elevado y miras hacia el oeste y ves el sol poniéndose sobre un montón de chatarra. Acres de carros viejos, apilados en hileras roñosas. Un cementerio de carros. Si pudiese morir, esa sería mi tumba”. Benny se muestra de acuerdo: “Mírate, disfrazado de ser humano. Deberían hacerte chatarra. No quemarte ni incinerarte”. Y Shroud riposta: “Desde luego. Como a un ser humano. ¿Recuerdas los juicios de Nuremberg? ¿Recuerdas las fotos de Auschwitz? Miles de cadáveres judíos, apilados como esas pobres carrocerías. *Schlemihl*, esto ya empezó”.



7. Hugh Godolphin, explorador de la Royal Society de Londres, llega hasta el Polo Sur. Piensa que sólo allí podrá encontrar la paz. Planta su bandera y comienza a cavar un refugio en la nieve. Unos pies más abajo encuentra hielo transparente y, bajo la superficie del hielo, un mono araña perfectamente conservado. "Creo que lo dejaron allí para mí", dirá Godolphin después. "Quizás para ver qué yo hacía".

V V
S S

8. Un ingeniero alemán llamado Kurt Mondaugen es enviado a una plantación de África Sudoccidental a investigar unas extrañas perturbaciones radioeléctricas de la atmósfera. Willem van Wijk, administrador local, le advierte que en la zona soplan aires de rebelión. Mondaugen sugiere que tal vez la rebelión pueda evitarse. "¿No es para eso que están ustedes aquí?", pregunta. Van Wijk se ríe: "Tiene usted ideas ilusorias acerca de los funcionarios públicos", dice. "La historia se hace de noche. El funcionario público europeo duerme de noche. Así pues, lo que le espera en su buzón a las nueve de la mañana, es la historia. No la combata, trate de coexistir con ella".

O O
t t
n n
e e

9. Sidney Stencil se encuentra con Demivolt, un antiguo colega del Foreign Office británico. Conversan. Dos viejos espías, casi al final del libro, extrayendo recuerdos de una complicada madeja de misiones y escenarios. Se ponen melancólicos. Están fatigados. Dice Stencil: "¿No hay forma de que Vheissu sea una carpeta archivada?". Dice Demivolt: "Si consideras que Vheissu es un síntoma, los síntomas siempre están vivos en alguna parte del mundo".

m m
o o
m m

10. Benny Profane se está tomando unos tragos con una tal Brenda Wigglesworth, una rubia que escribe poemas de estudiante afectada. Se conocieron el día anterior. Ella encuentra a Benny fascinante. "No estés triste", le dice. "Brenda, todos estamos tristes", dice él. Y ella, ya borracha y con voz ronca: "Sí, Benny, lo estamos". [•]

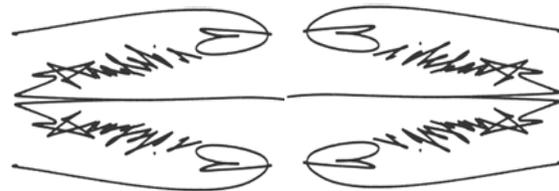
1 1
0 0

j o r g e e . l a g e
j o r g e e . l a g e
j o r g e e . l a g e
j o r g e e . l a g e
j o r g e e . l a g e

j o r g e e . l a g e
j o r g g e e . l a g e
j o r g g e e . l a g e
j o r g g e e . l a g e
j o r g e e . l a g e

EN LOS PRIMEROS días del mes de febrero de 2011 el periódico *Granma*, órgano oficialista cubano, informaba que más de seis millones de compatriotas ya habían participado en el análisis del Proyecto de Lineamientos de la Política Económica y Social, como parte del proceso de preparación del VI Congreso del Partido Comunista que, acerca de la economía, pretenden realizar el venidero mes de abril. Sobre este Proyecto de Lineamientos, documento que más bien parece una carta tardía de añoradas intenciones, se había discursado puntillosamente durante las sesiones de la Asamblea Nacional de finales del pasado año, fundamentalmente por dirigentes del sector económico. En las palabras de clausura del evento el presidente Raúl Castro señaló: “El VI Congreso del Partido debe ser, por ley de la vida —y tengan esto presente constantemente—, el último de la mayoría de los que integramos la Generación Histórica; el tiempo que nos queda es corto, la tarea gigantesca, y, sin el menor asomo de inmodestia, vanidad personal o sentimentalismo, pienso que estamos en la obligación de aprovechar el peso de la autoridad moral que poseemos ante el pueblo para dejar el rumbo trazado y algunas otras cuestiones importantes resueltas”.

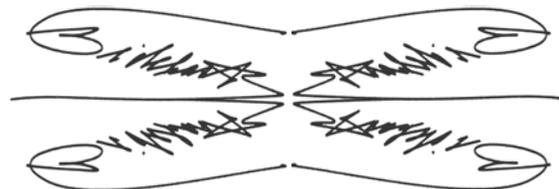
En el inicio del presente año 2011, coincidiendo con este contexto de transformaciones, se oficializó la creación de dos nuevas provincias occidentales: Mayabeque y Artemisa, en sustitución de La Habana, elevándose ahora la cifra a 15, un municipio especial y 167 municipios provinciales. Esta recién atomización territorial implica reproducir el aparato burocrático administrativo y partidista para la estrenada demarcación, lo que evidentemente conspira con la intención planteada por las autoridades del gobierno de racionalizar las plantillas y los puestos de trabajo innecesarios. Pero, el control social se viabiliza con esta nueva estructura significativamente en todos los órdenes, tanto civil como militar, al equilibrar el número de municipios y las poblaciones territoriales del occidente del país; ahora los gulags isleños de la región podrán proyectarse proporcionalmente.



rafael león rodríguez

l a t r a n s f e r e n c i a d i n á s t i c a

Ya en los diez primeros puntos del capítulo 1, titulado *Modelo de Gestión Económica, Lineamientos Generales del Proyecto*, se precisan las reglas que determinan los límites de la propuesta. Esta, como toda la obra cincuentenaria del socialismo real cubano, está determinada por la voluntad política de mantener el control total de los procesos y de sus resultados, para garantizar, en primera instancia, la continuidad de las autoridades autoritarias y su poder absoluto sobre la sociedad y el Estado. Esto también lo reafirmó en su discurso el presidente Raúl Castro cuando expresó: “Nadie debe llamarse a engaño, los Lineamientos señalan el rumbo hacia el futuro socialista, ajustado a las condiciones de Cuba, no al pasado capitalista y neocolonial derrocado por la Revolución. La planificación y no el libre mercado será el rasgo distintivo de la economía y no se permitirá, como se recoge en el tercero de los Lineamientos generales, la concentración de la propiedad. Más claro ni el agua, aunque no hay peor ciego que el que no quiere ver”.



Controlar, remilitarizar la dirección del Estado, ganar tiempo y crear las condiciones adecuadas para la transferencia del poder político en su momento a los designados por las máximas autoridades del país, parece ser el programa diseñado y puesto en práctica; uno de los escenarios posibles y probables del futuro próximo. Los escogidos para estos fines han sido, tradicionalmente, miembros del linaje de la clase dirigente principal. Esto es lo que nos ha mostrado la historia; no importa si los regímenes dictatoriales son de izquierda, de derecha o de centro. En América, Asia, África o el Medio Oriente. Los ejemplos están ahí, tanto en el presente como en el pasado, expuestos al escrutinio universal: Corea del Norte, en la que Kim Jong Il sucedió a su

padre Kim Il Sung y ahora preparan a su descendiente para repetir la transferencia del poder; Egipto, en el que el hijo del presidente Mubarak apuntaba para reemplazarlo, antes de que una junta militar tomara las riendas del gobierno provisionalmente; o Siria, en donde Bachar al-Assad también sucedió a su padre Hafiz al-Assad; Haití, en la que Jean-Claude Duvalier asumió el gobierno al morir su padre Francois Duvalier; o Nicaragua, en donde el país fue feudo privado de la familia Somoza durante varias generaciones de nicaragüenses. Esta ha sido una vieja práctica de los gobiernos autoritarios y no puede ser de otra manera, por la propia naturaleza antidemocrática de estos regímenes.

La buena noticia es que la puesta en marcha de cualquier plan de cambios, por tímido que este sea, potenciará las aspiraciones reprimidas de los cubanos durante décadas de la necesidad y posibilidad de enrumbar por nuevos derroteros la búsqueda de libertades civiles y derechos ciudadanos. A este estado de cosas, habría que añadir la presión impersonal que generan tanto la globalización de la información, como el contexto mundial de cambios socio-políticos y económicos al que asistimos en la actualidad.

Ya las autoridades dejan entrever las contradicciones que, fundamentalmente por factores de intereses económicos espurios, comienzan a mostrarse y, los obstáculos que determinadas esferas de la dirección del gobierno, valiéndose de la burocracia establecida, oponen a estos modestos procesos de descentralización y liberalización. Ahí está el rechazo que el sector más vulnerable de la población demuestra ante la posibilidad de perder, sin compensación, los insuficientes productos normados y subsidiados de la canasta básica familiar, y la incertidumbre de la sociedad al constatar que, luego de un largo y tortuoso viaje circular de medio siglo, regresa al punto de partida, al desempleo, a la inseguridad y a la angustia de la indefensión.

Todas estas señales confirman las tensiones sociales inherentes a las situaciones de cambios. Fuerzas a favor y en contra de estos, enfrentadas. La otra buena noticia es que la tendencia sociológica al cambio en las culturas es premisa fundamental para su desarrollo y por lo tanto, más tarde o más temprano, sucederá. Una de las interrogantes, sería el costo social que tendremos que asumir, todos,

por este proceso que ya parece irreversible, como cuando el genio abandona la botella.

Visto desde otro ángulo, si consideramos que Cuba y los cubanos constituimos una singularidad en el mapa geopolítico mundial de los últimos tiempos, algo que se puede documentar históricamente, podremos encontrar algunas respuestas a nuestras especificidades conductuales del presente. Nuestra apetecible posición y características geográficas, y esa lejana cercanía a los Estados Unidos, han sido también factores determinantes en la conformación de la cultura nacional y en nuestro devenir. Tampoco debemos olvidar que, de alguna manera, por acción u omisión, todos somos en parte responsables del inmovilismo inducido con el que nos han tenido atrapados durante más de cincuenta años; amén del respeto y la obediencia que el poder y la autoridad, por su propia naturaleza y condición, disfrutaban en casi todo el planeta. En nosotros será ¿Síndrome de Estocolmo o esencia de la llamada cubanía...?

El asunto es que, la desaparición del campo socialista a finales del siglo XX contribuyó, evidentemente, a repensar la necesidad y posibilidad de los procesos de cambios democráticos pacíficos en nuestra patria. Y, como entre las cuestiones fundamentales que han estado y están en juego ahora mismo se encuentra la soberanía nacional, queremos creer que la mayoría de los cubanos apostamos por los procesos políticos pacíficos y no por la compulsión desordenada. Por una visión de la política como el arte de lo posible y no como el de la continuación de la guerra por otros medios. Por la capacidad de la sociedad civil alternativa de promover y defender, desde la civilidad ciudadana, los procesos de construcción democrática, signados por una corresponsabilidad propositiva compartida.

Entonces, tanto la transferencia dinástica como la lucha por plazas y calles, no tienen que relacionarse necesariamente con nuestra realidad y legítimos intereses nacionales. [●]

[●]

[●]

[●]

[●]

[●]

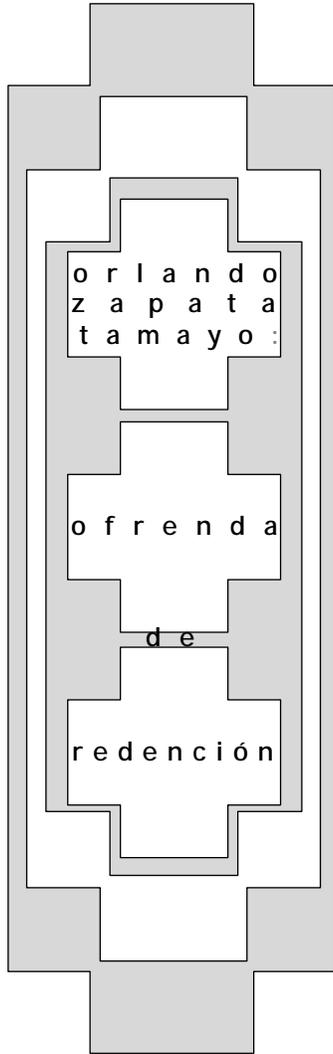
[●]

[●]

[●]

[●]

[●]



*"Nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente",
Juan 10:18.*

TIEMPO, cuerpo y mística son variaciones de la única existencia humana. Se relacionan, se limitan mutuamente, se condicionan y se redimensionan trascendentemente.

Orlando Zapata Tamayo culminó hace un año ese canon sinfónico y fecundo de protagonizar la propia vida. Terminó su tiempo, ofrendó su cuerpo y trascendió su mística. Es la partitura de todos los mártires. Es la herencia de aquellos que creen que el espíritu humano es irrefrenable e inmortal.

Por mi formación cristiana respeto la vida humana desde su gestación hasta su término natural. No recomiendo a nadie ni desearía nunca que ningún ser humano tuviera que castigar su cuerpo y apurar su tiempo por salvar la mística que defiende.

Dicho esto, no puedo, sin embargo, quedar impávido frente a la ofrenda sacrificial de una vida humana que es única, irrepetible e innegociable. El mismo Jesús nos lo desvela en esa irrupción de intencionalidad que, gracias a Dios, aparece en el evangelio de San Juan: esa decisión del don del amor sin límites que, al ser consecuente con sus opciones y coherente con la mística que lo anima —dar ánima, dar alma— en su proyecto de vida, libremente escogido, protagonizado y culminado, expresa ese amor-ágape en el don supremo de la vida.

Jesús escapó en reiteradas ocasiones del peligro de sufrir sin mensaje; y otras tantas, huyó del peligro de morir sin sentido. Sin embargo, cuando el camino de subida a Jerusalén fue desandándose consciente y coherentemente, fue dando cada paso de su Vía Crucis en la consecuencia de su opción fundamental: dar la Buena Noticia que su pueblo necesitaba y esperaba desde hacía tanto tiempo.

Esa buena nueva de verdad no era confrontativa, pero la mentira la perseguía y acosaba. Esa buena noticia de justicia para todo el pueblo no era violenta, pero la injusticia violentaba a sus activistas. Esa buena noticia de libertad y responsabilidad para todo el pueblo no buscaba eliminar al victimario, pero este empujó a la víctima hasta su Calvario.

En vísperas de esta acción-reacción de coherencia y testimonio de integridad personal, Jesús aclara: "Nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente" (Juan 10:18). Lo que equivale a decir: Pude abandonar la lucha pacífica, pude huir del lugar del peligro, pude escoger las máscaras y las sillas al borde del camino... pero si escogí libremente la entrega generosa y sin fisuras, el desenlace es la consecuencia hilvanada entre optar por la verdad y la justicia, y avanzar —por cuenta propia— hacia un estilo de vida y un proyecto de nación en que estos valores sean gestación de vida, y los que optan contra la naturaleza humana por una forma de opresión en la que estos valores de verdad, justicia, libertad y paz, sean causa de muerte.

Jesús escogió los caminos y métodos de la vida para alcanzar más vida, vida en abundancia (Juan), pero sus opresores optaron por los caminos y métodos de la muerte, muerte para los que optan por la vida. Y si la lógica del amor universal e irrestricto obliga a no devolver los mismos métodos de muerte, entonces solo queda la ofrenda o la huida. O quizá la traición del propio proyecto de vida. Así lo vivió Jesús, así lo experimentó Gandhi, así lo sufrió Zapata Tamayo.

Orlando no fue un suicida, ni un radical, ni un psicópata. Fue un ser humano normal. Pero coherente y consecuente. Fiel hasta el final. Lo que le tocó vivir y luchar pacíficamente en un régimen que no cedió como

el imperio británico frente a Gandhi, ni cambió como el gobierno racista de Estados Unidos frente a Martin Luther King. Ni siquiera ha llegado a la altura del oprobioso régimen del apartheid en Sudáfrica frente a Nelson Mandela. Los que ostentaban el poder y la injusticia ni cedieron, ni se reformaron ni negociaron frente a un joven afrocubano llamado Orlando Zapata Tamayo. Por tanto, ellos le quitaron la vida que él ofreció libre, coherente y heroicamente.

Nadie quiere eso, nadie lo quería, ni Zapata. Nadie, con excepción de los que tomaron la decisión de no ceder, de no negociar, de no cambiar. Ellos lo condujeron al martirio. Y son y serán responsables por ello, no solo ante la justicia humana sino ante el supremo tribunal del Dios de la Vida que respetó la ofrenda de su Hijo Jesús y la hizo un sacrificio redentor, liberador. Y se ha hecho desde entonces garante y defensor de cuantos, siguiendo a Jesús, han caminado pacíficamente hacia el martirio por la redención de muchos, por la libertad de todos.

Por eso, para mí el cuerpo humano no es solo, ni siquiera principalmente, un vehículo de expresión de la resistencia y la insubordinación de una persona o un pueblo. Mi visión, que está indefectiblemente inspirada en aquel Mártir pacífico y perdonador de sus victimarios desde el patíbulo que le tocó por buscar el Reino de Dios y su justicia y todas sus añadiduras, hace del cuerpo humano un santuario del espíritu encarnado en el tiempo y en la historia. Hace del cuerpo un templo de la trascendencia inmanente en el reloj de cada tiempo. Hace del cuerpo un vehículo sagrado e inviolable

del alma inseparable, de la dignidad suprema de la persona humana y de sus derechos y deberes.

Contemplo anonadado la foto con el cuerpo sacrificado de Zapata, ese mismo que iba a ser protagonista de una danza macabra a lo largo de toda la Isla para ser exhumado antes de tiempo y antes de la justicia y de la libertad. Miro a su Reina-Madre cual Piedad criolla y afriicana inclinarse desbordante de ternura sobre el "Cristo" negro de los cubanos. Tengo la íntima certeza de que ese cuerpo resucitará. En Cuba, por Cuba, para Cuba. Y digo que ya resucita en cada uno de los que, contemplando su ofrenda martirial, no vemos tanto una corporeidad insubordinada sino un cáliz redentor. No vemos tanto un cuerpo que resistió hasta el final sino un trofeo-testigo indestructible de la redención de Cuba.

De una Cuba que debe pasar de la resistencia a la redención y de la insubordinación a la reconciliación. Una Cuba que, por la intercesión de Orlando Zapata Tamayo y tantos otros mártires, sea hogar de libertad, magnanimidad y vida abundante. Donde ser bueno y querer lo mejor no conduzca al Calvario redivivo en el reloj atemporal de la ignominia.

No se trata de endiosar a Zapata. No lo necesita. Ni de una mistificación espuria. Sería absurda. Se trata de que el propio Jesús nos invitó a la entrega: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga... y donde yo voy, también irán ustedes" (Marcos 8:34-35). Así ha sido aplicado a cuantos mártires han ofrecido su vida por las causas justas de todo el mundo. ¿Por qué en Cuba debería ser diferente, o en nombre de una secularización descalificadora de lo que tiene de trascendente y "divino" todo ser humano, creado en fin, a "imagen y semejanza" de Dios? (Génesis 1:26).

A un año de la ofrenda de Zapata resuenan, desde el acosado sosiego de su nueva vida, aquellas palabras tremendas y esperanzadoras del mártir de Galilea: "Yo les digo a ustedes mis amigos: No teman a los que matan el cuerpo, y luego no pueden hacer nada más. Yo les voy a mostrar a quién deben temer: Teman a perder luego del cuerpo, también el alma" (Lucas 12:4-5).

Contemplemos a Orlando, el joven obrero cubano, en la paternidad de una vida que va más allá de los hijos que no llegó a tener. Veneremos en Zapata al joven cubano al que quitarse las máscaras le costó la vida. Él la ofreció por ese futuro de luz para cada uno, incluidos sus verdugos, en una Cuba donde nunca más haya que acudir el recurso extremo y doloroso de la huelga de hambre, donde no exista la pena de muerte, ni la cárcel para el justo, ni los muros para el pensamiento y el amor.

Veamos por fin en Zapata la semilla sin exhumar de la Vida y la Resurrección de Cuba. [●]



LA MUERTE por inanición del prisionero de conciencia Orlando Zapata Tamayo, ocurrida el 23 de febrero de 2010, no sorprendió a los corresponsales extranjeros acreditados en La Habana ni a los comunicadores alternativos que asumen su voz social, si no al gobierno y sus voceros, puestos contra las cuerdas ante la resonancia internacional del suceso, indicador de un antes y un después en la actitud de las naciones europeas frente al régimen cubano, acostumbrado a subestimar la resistencia cívica y evadir el costo de sus errores.

La inmolación del huelguista despertó el aviso mediático e institucional en Europa y Norteamérica. La Unión Europea, decenas de gobiernos, partidos y entidades ciudadanas demandaron el cese de la represión en la Isla y el respeto a los derechos humanos. Cientos de intelectuales y artistas, legisladores y hasta aliados tradicionales del castro en América Latina apostaron por los cambios y el retorno a las libertades cívicas, secuestradas en nombre de una revolución cuyos protagonistas siguen anclados en la Guerra Fría.



¿Quién fue este hombre que elevó la dignidad humana tras las rejas? ¿Qué razones anidaron en su alma? ¿Por qué convirtió su cuerpo en escudo de resistencia e insubordinación? ¿Acaso es heredero de nuestra tradición de suicidios? ¿Existen antecedentes inspiradores?

En busca de respuestas hablé el domingo 13 de febrero con Reina Luisa Tamayo, madre del mártir, quien al salir de la misa en Santa Rita de Casia, asevera que a su hijo "no le quedaba otra alternativa que el desafío a costa de su propia vida. Es como si Orlando dijera ¡basta de golpizas y humillaciones! Solo exigía respeto y mejores condiciones en la celda, pero los carceleros respondían con golpes y palabrotas; se ensañaban con él porque hablaba en nombre de los que callaban".

c u e r p o _
r e s i s t e n c i a
c o m o

"No es que quisiera jugar al duro y hacerse el guapo, mi hijo amaba la vida como los demás, pero no sabía soportar tantos abusos. A partir del 2002, sin cometer crímenes ni promover la violencia, le elevaron a 57 años la condena. Durante su última huelga de hambre le negaron hasta el agua... Es difícil sobrellevar su ausencia, lo dejaron morir por protestar en vez de escucharlo".

i n s u b o r d i n a c i ó n e

Si bien las razones dependen de la percepción humana y política, del posicionamiento ante la dictadura y del nivel de información sobre la situación del país, todas delatan la desesperanza social, la rigidez carcelaria y la insensatez de las autoridades, empeñadas en conservar la gobernabilidad a costa de negociaciones posibles y necesarias.

Orlando Zapata Tamayo, el joven albañil de Banes, enviado a La Habana a construir hoteles para turistas, apasionado defensor de los equipos orientales en la pena deportiva del Parque Central, donde conoció a los opositores capitalinos que le enseñaron el ABC de la lucha pacífica, apenas conocía los espacios mediáticos y los juegos políticos, pero apostaba por acciones concretas contra los desmanes del sistema. Su desafío personal, caracterizado por el valor y el autocontrol, lo convirtieron en símbolo de resistencia e insubordinación a costa de su propia vida.

Zapata Tamayo es una banderilla en el lomo de la dictadura. Su imagen, proyectada en cancillerías y parlamentos de Occidente, dio la vuelta al mundo a través de la prensa escrita y virtual. Orlando, como Mohamed Bouazizi, el tunecino inmolado que desató las revueltas en el norte de África, demuestra el potencial de las acciones cívicas en nuestra isla, impredecibles como la historia misma.

Al distanciarse de la obediencia y enfrentar a los represores, Orlando no sabía que Cuba es una de las naciones con mayor índice de suicidios a nivel mundial. Desconocía el nombre de las personalidades públicas in-

moladas en circunstancias extremas y de la decena de huelguistas muertos tras las rejas, de los cuales solo trascendió Pedro Luis Boitel (1972), otra espada de luz en el corazón del dragón verde olivo.

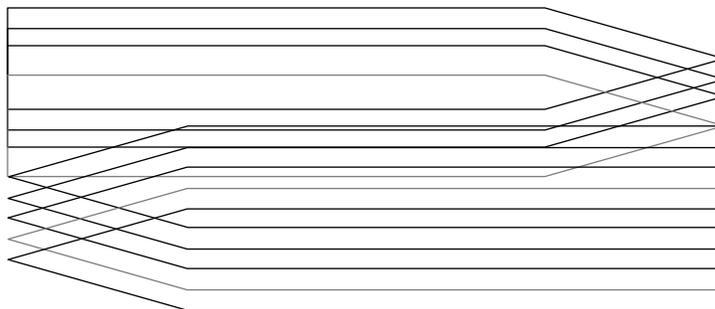
La manipulación de la tragedia de Zapata Tamayo por los medios de comunicación castrenses disminuyó el impacto interior de su muerte. Quisieron convertir su ejemplo en tabú, y diluirlo dentro de la exuberancia ideológica, el miedo y el adoctrinamiento que paraliza a la nación desde hace medio siglo; pero Guillermo Fariñas Hernández y otros defensores de los derechos humanos optaron por la huelga de hambre como forma de resistencia e insubordinación, lo que obligó al régimen a iniciar la excarcelación de prisioneros políticos y promover cambios favorables a la autonomía personal respecto al Estado.

Un año después del sacrificio de O.Z.T, su nombre es sinónimo de resistencia y esperanza. Ni el bajo perfil de la crítica en nuestros diarios ni el demencial interés por resucitar hechos y figuras del pasado que cobijan el discurso oficial, silencian el heroísmo del humilde albañil que elevó el listón de la insubordinación y convirtió su cuerpo en escudo contra el despotismo de un régimen esclerótico.

Los exiliados y opositores que evocamos su imagen, pensamos en "la libertad como una llave maestra para salir del horror". La inmolación de Zapata Tamayo pudo ser el comienzo de una historia fantástica contra medio siglo de dictadura, pero los sueños de libertad y democracia de la población cubana chocan aún contra el muro de la manipulación, la corrupción como instrumento de dominación, el sistema de prebendas de los militares y funcionarios y las tinieblas mediáticas impuestas por el gobierno.

Dado el anacronismo y la inmovilidad predominantes en nuestra isla, vale la pena observar las precipitaciones y secuelas políticas del movimiento civil desatado en el norte de África; pero para agujerear la censura, la difamación y la dependencia que paralizan a los ciudadanos en Cuba no basta con ejemplos aislados de resistencia, insubordinación y eticidad como el protagonizado por Pedro Luis Boitel o Zapata Tamayo.

Para que no sea en vano el sacrificio de O.Z.T, escudo de entereza y espejo de libertad, hay que mirar hacia adentro, despertar la conciencia crítica de los cubanos, proceso espiritual que exige riesgos y acciones pues pasa por la pérdida del miedo y las máscaras innecesarias. Ya estamos en el camino. [●]



UNO

LA ICONOGRAFÍA nacional cuenta con una nueva muestra, una víctima que ha trascendido el umbral del anonimato debido al efecto bumerán de su propio martirio. Orlando Zapata se transformó a partir de febrero de 2010 en el látigo más eficaz que pudiera encontrar el régimen socialista cubano dentro de sus propias entrañas.

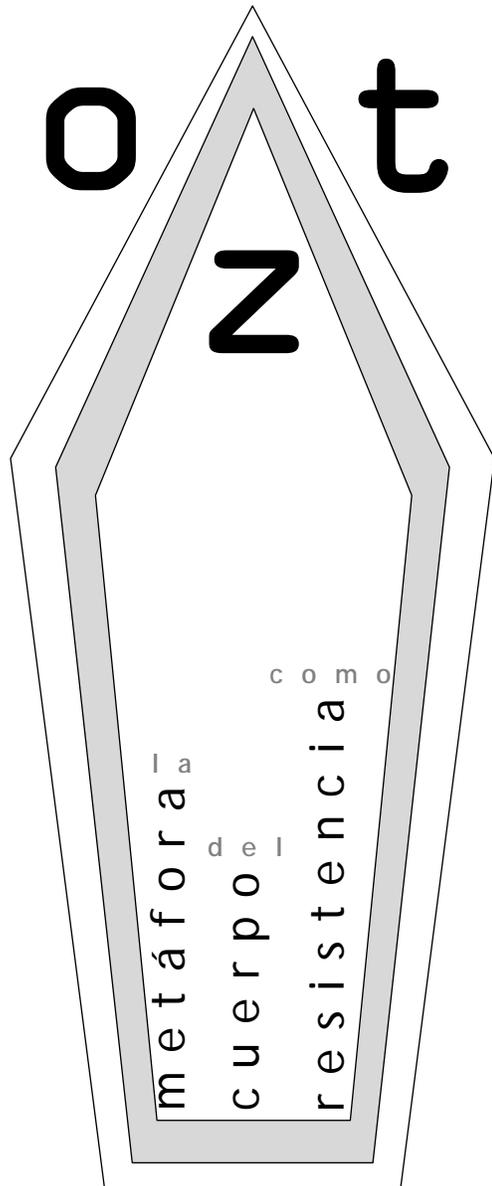
Para el vehículo del cuerpo como metáfora de la resistencia, Zapata contó desde el principio con tres elementos que pueden ser tomados como una trilogía de la desgracia. Ser negro, oriental y disidente. Tres pecados capitales en el entramado ideológico de la maquinaria del régimen comunista de La Habana. Lejos de lo que ha promocionado la avalancha informativa de rechazo internacional a esta muerte en prisión, al sufrimiento corporal de la huelga de hambre —ocurrida entre el 3 de diciembre de 2009 y el 23 de febrero de 2010— el martirio de Zapata va desde su condición de niño negro en un barrio pobre de Santiago de Cuba primero, y en Banes después, pasa por los malabares de todo cubano para agenciarse un documento de identidad con domicilio habanero, hasta el acto suicida de poner el pie en la raya y decirle que no, de frente, a las autoridades.

Recordemos que antes de Zapata afrontar los golpes de sus carceleros en las distintas prisiones a donde fue conducido, recibió golpes técnicos de boxeo, fue un púgil de cierto éxito provinciano. Para todo adolescente cubano la decisión de asumirse como deportista de combate casi siempre viene ligada a una prueba de barrio: el acto de demostrarla en las peleas callejeras inicialmente y luego subir al cuadrilátero de la mano de los especialistas. Por tanto, es fácil asumir la presunción de que en Zapata se daba la condición de mártir preparándose para el combate.

La prueba del cuerpo como identidad ideológica en Zapata Tamayo asumía así, a inicios de los años 80, su prueba de fuego. Al hecho ya mencionado de radicarse en La Habana, se suma el de ser residente en el Oriente de la isla, y albañil de oficio, lo que suponía una ventaja-desventaja. Hagamos memoria que se trataba de la década 1980-1990, época en que la alta dirección del gobierno decidió utilizar mano de obra barata y casi única para la construcción de hoteles para el turismo internacional y otras obras de gran envergadura, por lo que necesitaba

una cantidad inusitada de obreros jóvenes, fuertes, y que no pusieran muchos condicionamientos a los contratos de trabajo. De modo que entre el Banes desolado y sin atractivos económicos, y una Habana de albergado pero con una remuneración nunca antes pensada, Zapata entró de lleno a la larga lista de aspirantes a quedarse en “la capital de todos los cubanos”.

Por más de 50 años, militares, ingenieros, médicos, maestros y dirigentes de provincia han sido estimulados con una promoción hacia la capital del país, temporal en muchos casos, pero definitiva para la mayoría después de algunas piruetas burocráticas, algún soborno o la decisión de enfrentarse a las leyes, pase lo que pase.



DOS

Raza y desigualdad: la primera prueba de fuego. Lo que define cuánto sufrió Zapata todavía está por ser alumbrado. Entre la primera golpiza propinada en prisión y el último insulto contra Reina Luisa Tamayo, su valerosa madre, hay un abismo que hace un mapa bastante claro de cuánto pesan los rasgos negroides en el ser social cubano de este siglo XXI. A la valla propagandística oficial de convertir a Cuba en “el país más culto del mundo”, le salen todos los días unas manchas que se convierten en su propio color, su textura más exacta. Los temas de raperos como Los Aldeanos, los cuadros de Roberto Diago, y las incursiones estilístico-verbales de un orador y ensayista negro como Roberto Zurbano, por solo citar tres casos, son prueba de la mancha negra del racismo en la sociedad cubana. No basta con denunciar el racismo desde una tribuna alternativa como lo hacen los raperos mencionados; las sutilezas de Diago en su pintura muy poco han hecho en la conciencia de quienes llevan la política de la defensa de los Derechos Humanos en los aparatos de gobernación; así como los aciertos quedos, susurrados al oído que ha hecho Zurbano, y que en ocasiones son solo atendibles y entendibles entre un puñado de intelectuales, tampoco mueven al civilismo de plantar bandera y decirle que no, definitivamente, al racismo acendrado en Cuba.

El pretexto más socorrido por los llamados “intelectuales orgánicos” de la Revolución es el de salvar la nación por encima de todo. Y ese todo casi siempre va acompañado de injusticias que solo han intentado repararse al pasar de los años, cuando sus víctimas nada hacen con una simple disculpa o con la disculpa privada ante la ofensa cruelmente pública. A solo un año del centenario de la matanza de los Independientes de Color, una Comisión organizada al efecto ha contado con una breve nota en el periódico oficial *Granma* y escasos ensayos y otros escritos en la prensa digital en la isla, un campo literalmente virgen para el 90% de la población adulta cubana.

El debate franco, abierto y clarificador no aparece. Por ello no me asombró a pesar del dolor de aquellos días, que en vez de los consabidos mensajes de condolencias al efecto —como debiera ocurrir en una sociedad civilizada— ante la muerte en prisión de Zapata, el Partido Comunista de Cuba decidiera prestar sus instrumentos de pro-

paganda para una feroz campaña de descrédito personal a quien yacía en una tumba, pero se levantaba como una inequívoca prueba acusatoria, inesperada ante el reclamo internacional.

Pero, ¿fue por negro, por disidente o por “bocón” que los carceleros actuaban así con Zapata Tamayo? Desde la temible prisión de Taco-Taco, en Pinar del Río, la inhumana Kilo 8 (Régimen Especial Nacional) en Camagüey, hasta la Prisión Provincial de Holguín, donde según testimonios de otros reclusos, el 27 de noviembre —cinco días antes de entrar en la huelga definitiva— le propinaron la última golpiza, en todas, además de las reprimendas por ser opositor “fuerte y claro”, recibía, SIEMPRE, ofensas como “negro de mierda”, “negro desagradecido” o “negro equivocado”. Visto así, la marca de la discriminación no estaba en él únicamente, sino con el complejo de superioridad racial de sus carceleros, ciudadanos de a pie, que circulan por cualquier parte del país con uniformes verde olivo de campaña, caras adustas y alargadas, cargados con las malas noches en vela entre asesinos, pederastas, ladrones y —en ese entonces— más de 300 presos por motivos políticos. Es la marca de la discriminación en el cuerpo del Otro, el que la infringe y con el discurrir del tiempo se la agencia para llevarla como un blasón.

La decisión de Orlando Zapata Tamayo de ingresar a las filas de la oposición pacífica desde finales de los años 90 le hizo sumarse a la lista de los marcados para siempre en un país donde la autocracia se empina por encima de cualquier acto institucional. La vigilancia personalizada y colectiva, el repudio institucional y formal —en el vehículo más que bochornoso del acto de repudio—, la persecución policial, los arrestos arbitrarios y las golpizas, componen ese *parcour*, el camino recorrido, las trazas de un destino final. Ahora es más fácil de visualizar los campos de batalla por los que atravesó para hacerse visible en medio de una Habana de finales de los 90 donde había una floreciente disidencia pacífica, pero pública. El Parque Central fue su cuartel, su nuevo ring de boxeo, pero con las palabras, con un hecho tan concreto como una “Peña disidente”.

Lugar de peñas deportivas y saraos de vocerías e impropiedades llenos de originalidad, humor y pasión, el Parque Central le sirvió para distribuir ejemplares de la Declaración

Universal de los Derechos Humanos, traer y llevar amigos hacia y desde la disidencia al Parque y del Parque a la disidencia. En cambio, se había expuesto a la mira de los represores, ante los ojos abiertos de la gente y los agentes, de los soplones y los sorprendidos porque un espacio público informal como las peñas deportivas tuvieran un singular parangón en una discusión de política antigubernamental. Estaba —junto a cientos de cubanos más— exponiendo el cuerpo a las balas invisibles, a los latigazos por venir. Construía su cárcel imaginaria sobre su cuerpo para cuando la afrontara de verdad.

f
e
l
i
p
e
r
o
j
a
s

NOTAS

TRES

El cuerpo como cuerpo del delito y acto de resistencia. Le pregunté unos meses antes de ser deportado a Juan Carlos Herrera Acosta (condenado a 20 años en la conocida Causa de los 75) por qué se autoagredía. Me preocupaba cómo un joven como Herrera Acosta —que había ejercido el periodismo independiente y se había hecho de cierto nivel cultural de forma autodidacta entre prisión y prisión— podía atentar contra sí mismo, si a la vez defendía los Derechos Humanos, y era capaz de protestar e irse a la huelga de hambre debido a los abusos cometidos contra sus compañeros de celda aunque no fueran presos políticos. La respuesta fue contundente, pero nos duró toda una conversación de varios días, entrecortada por la lógica represiva de los carceleros de la penitenciaría provincial de Holguín. “Lo hago —cortarse con una hoja de afeitar o coserse la boca con un alambre— porque es una de las pocas formas de protestar que son verdaderamente efectivas aquí adentro, hermano”. Aún guardo la grabación y la he sacado hoy para completar este escrito.

Zapata apeló pocas veces a la auto-agresión. Sin embargo, su voz estentórea retumbaba por todo el penal. Lanzarse al piso, negarse a cubrirse el cuerpo con el uniforme azul-gris que llevan los reclusos comunes, abstenerse de probar agua por varios días, gritar consignas antigubernamentales por horas y horas, lanzar los alimentos al pasillo de los destacamentos, son algunas de las vías de resistencia que usó Zapata Tamayo para combatir los abusos y las imposiciones absurdas con que en ocasiones intentaban rebajarlo, humillarlo, marcarlo ante sus semejantes. Con una conducta así muchas veces fue tildado de desequilibrado mental, la dulce locura del adelantado sorprendía a “los normales”.

De todos modos, y aunque sea un poco morboso decirlo, Zapata a través de su cuerpo tejía un intercambio, un diálogo sordo con sus carceleros, oficiales de la policía política a cargo suyo, y con sus hermanos de la oposición más cercanos. Ante la noticia de que en pocas horas entraría en huelga de hambre, Reina Tamayo, su madre y más fiel seguidora, dejaba escapar gritos de su garganta que llegaban a ensordecer a los propios torturadores. Una maquinaria operativa por parte de la Seguridad del Estado se desplegaba junto a esta mujer que luchó desde el mismo día del encarcelamiento, meses

después de la conocida Primavera Negra de 2003, por lo que lo cree aún hoy un injusto encarcelamiento, un ajuste de cuentas y un castigo “por ser negro”, como ha repetido en numerosas ocasiones.

Las golpizas a Zapata han ido más allá del cuerpo del negro albañil del viejo barrio de La Güira, en Banes. Los arrestos y malos tratos físicos a sus hermanos de lucha, cuando se plantaban frente la prisión en que él estuviera, provenían, de rebote, de las manos de los carceleros al cuerpo de Zapata y finalmente a los activistas pacíficos. Su cuerpo se extendía al atropello de los otros, aquellos que seguían sus ideales.

El contexto en que fue encarcelado en el 2003 poco cambió estando en prisión, y si cambió fue para mal. Con el traspaso de poder de Fidel Castro a su hermano menor, Raúl Castro, se recrudecieron en 2006 los actos de repudio, las golpizas públicas. Volvió a ascender el número de encarcelados por motivos políticos hasta más de 300, se sucedieron una tras otra las incautaciones de pequeñas “bibliotecas” independientes, computadoras y otros efectos de uso doméstico.

El cuerpo con que entró Zapata a la cárcel fue madurando su fortaleza entre golpizas y ayunos voluntarios en el interior de aquellas mazmorras, y afuera, extendido en el de sus semejantes, sufría lo mismo por medio de las vejaciones públicas y las restricciones a la libertad en que se movía por la serpenteante geografía de la isla.

Hay dos cuestiones que no se aclaran aún un año después de aquella muerte innecesaria. Entre víctima (Zapata) y victimarios (¿?) se ha creado una relación de puja informativa que no tiene fin. Entre los más profundos analistas que he leído o escuchado prima la teoría de que fue la mano NÚMERO UNO quien decidió dejarlo morir en la huelga. Zapata y el Dr. Oscar Elías Biscet —negro, médico pediatra y disidente—, afirman, son dos de sus rehenes más caros. Con el primero perdió la batalla, y su reputación ha ido cayendo en picada con sonadas reprimendas internacionales como la decisión de la Unión Europea de no levantar sanciones económicas impuestas a raíz del encarcelamiento masivo de disidentes en el 2003, por lo que arguyen que decidió jugárselas todas con el humilde albañil, pero no previó sus consecuencias. Con Biscet es una relación de odio en quien puede estar viendo al joven decidido, inteligente, firme en sus con-

vicciones y que atenta —a mediano o largo plazo— contra su dinastía.

La otra cuestión radica en el empeño irracional de intentar justificar la muerte de Zapata Tamayo con la injerencia de una potencia extranjera, en este caso Estados Unidos, como referente histórico del dife-rendo. Con los restos aún tibios del fallecido joven opositor, los forenses y otros especialistas sirvieron en bandeja de plata al auditorio nacional —que desconocía de la existencia del huelguista y sus reclamos— la lógica de la duda. ¿Por qué el empeño de justificar la muerte haciendo alusión a su voluntad y engrandeciendo las atenciones del sistema nacional de salud y no mencionar las disímiles golpizas que sufrió? ¿Por qué intentar manchar la imagen de alguien que ya fallecido no se puede defender e intentar utilizar —otra vez a Reina Luisa, su madre— grabaciones de una consulta privada, íntima, como prueba de sentimientos y agradecimientos que entorpecen la búsqueda del verdadero *leitmotiv* de la muerte?

Cientos de arrestos y reclusiones domiciliarias en toda la geografía nacional a raíz de la muerte de Orlando Zapata, las golpizas propinadas a las Damas de Blanco —entre las que se vio a Reina Luisa y su hija Reina María— y expuestas ante los ojos del mundo a través de la prensa acreditada en el país, reafirman la teoría de la extensión del cuerpo de Zapata en el cuerpo del Otro. La resurrección del cuerpo como un acto único, último, como un acto de resistencia. [•]

mmettäfforaccwē
rrpporressiisttēmcii
armettäfforaccw
errpporressiisttē
ciiarmettäfforacc
werrpporressiisttē
mcciiarmettäfforra
ccwerrpporressiisttē
emcciiarmettäfforr



*fernando
pérez*

